

JUAN

AUTÓNOMA DE NUEVA

UNIVERSIDAD DE BIBLIOTECA

25 CIO

EROUY

na Nochn
de Boda

1

PQ2625

.E53

N68

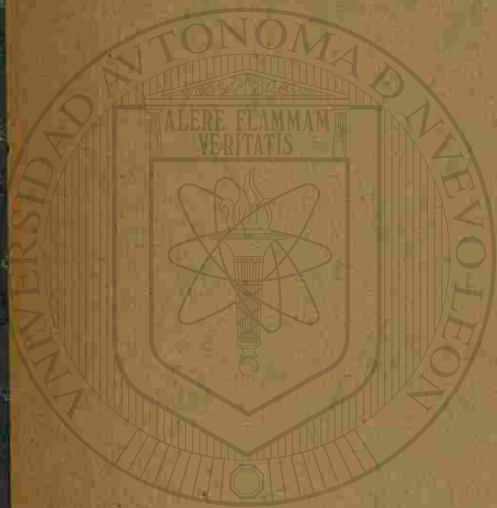
v.1



1020027067

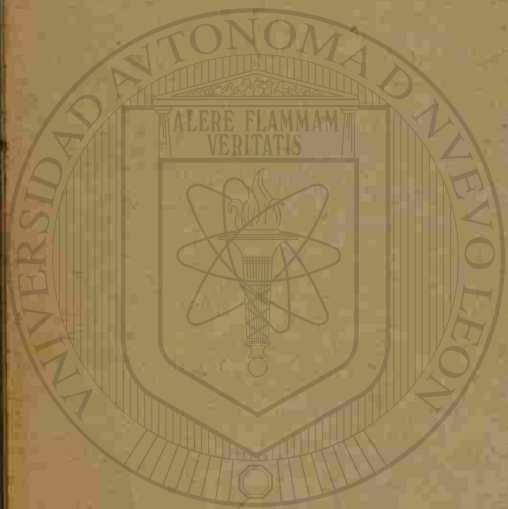


UNIVERSITÀ AUTONOMA DI NEROLO
DIREZIONE GENERALE DELLE BIBLIOTECHE



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Num. Clas. ^N
Núm. A. ^M 567 m
Núm. A. ³⁰⁵⁷⁰
Procedencia ⁸⁻
Precio
Fecha
Clasificación ²⁹
Catalogo



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL

Vol. Capel
BIBLIOTECA
ESMERALDA

Tina

Noche de
Bodas

POR

CARLOS
MEROUVEL



30570

843

M.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

ABRAHAM SANCHEZ ARCE, EDITOR.

UNA NOCHE DE BODAS

FOR

Charles Merouvel

U.A.N.L.



MEXICO.

85635

TIPOGRAFIA ECONOMICA.

CALLE SUR A 5, NUM. 30
ANTES CAZUELA 10.

1902

PQ 2625

F53

N68



UNA NOCHE DE BODAS.

I

EL PACTO.

El 5 de Enero de 1880, á las nueve de la noche, se habían reunido cuatro jóvenes en el café Inglés, en derredor de una mesa en la que el rico servicio de porcelana y cristal despedía vivos reflejos á la luz de arañas y candelabros.

Todos los *gentlemen* del orbe que han residido en Paris conocen, á lo menos de fama, este célebre café situado en la esquina del boulevard de Italia, nos y de la calle de Marivaux.

La escena pasaba en un gabinete.

La comida iba á terminar.

No había ningún oriado.

Las puertas, terminado el servicio, estaban cuidadosamente cerradas.

El comensal que parecía presidir aquel festín íntimo, hizo con la mano una señal para reclamar silencio, y sin levantarse, pronunció las siguientes palabras:

— Señores, nos hemos reunido con un objeto serio. Creo llegado el instante de ocuparnos del asunto que aquí nos ha traído.

Los otros tres dieron muestras de asentimiento.

El orador era de mediana estatura, recio y cuadrado de hombros. Vestía frac negro y corbata blanca. Tenía cabellos castaños, casi negros, muy espesos, bastante bastos y cortos, pómulos salientes, fuertes mandíbulas, nariz achatada y fisonomía vulgar aunque enérgica y realzada únicamente por el brillo intenso de sus ojos penetrantes, gris de acero, singularmente expresivos.

Frente á él se hallaba un joven que pudiera tomárselo por su sombra, tan notable era su parecido.

Los otros dos, sentados á derecha é izquierda ofrecían también algunos rasgos de semejanza, que indicaban más bien que parentesco, comunidad de razas.

Los cuatro, en efecto, eran oriundos de Bretaña.

El de la derecha, alto y flaco, de rostro afable y benévolo, cabellos rojos y ojos del color azul propio de la raza celta, se llamaba el conde Hugues de Plélau.

Al salir de Sainte-Barbe, donde había hecho sus estudios con sus tres amigos, se había matriculado en la facultad de medicina. Los otros estudiaban en la escuela de derecho.

Hugues de Plélau diseccionó cadáveres durante cinco años y estudió á fondo la anatomía, la química, el *Codex* y todas las ramas, en fin, de la á menudo ilusora ciencia de curar.

Tomó la investidura de doctor, no para tener una profesión de que vivir, sino por gusto, por emplear útilmente el tiempo, por ser útil á sus paisanos, cuando se retirase al fondo de su Bretaña, á la vieja mansión que sus padres habían habitado durante toda su vida, y antes de ellos sus antepasados.

Plélau es una aldea de la circunscripción de Ploermel, en el Morbihan.

Los médicos no abundan en ella y el conde Hugues pensaba tener allí campo libre y vasto donde ejercer gratuitamente su profesión.

El comensal de la izquierda era un joven de la misma estatura, pero chispeante y malicioso, de crespos cabellos, gruesos labios y exalente humor. Transcurridos algunos años, debía hacer casi célebre el nombre de Jorge Renaudet. En los últimos tiempos del imperio pasaba por una de las glorias del foro parisiense, y en lujoso despacho de la calle de Cambon vió, entre sus cuatro paredes forradas de terciopelo verde, desfilar clientes sin cuento, y oyó secretos interesantes, algunos de los cuales podrían servir de asunto á conmovedores relatos.

El orador se llamaba el barón Noel Bresson.

El que se parodiaba á él era su hermano menor, Santiago Bresson.

Ambos desde época ya lejana, se hallaban al frente de la casa de banco tan conocida en el comercio serio y formal con la denominación de «Bresson hermanos.»

Los Bresson, de antigua familia dedicada á operaciones financieras, gozaban de universal reputación de honradez.

Todos los comerciantes de buena ley conocen el camino de las oficinas de la calle Bergere, y la caja Bresson no se ha cerrado nunca, ni aun durante el formidable cataclismo de 1848.

Los Bresson tienen el título de barón desde el primer imperio.

Su abuelo, Noel Bresson, cuyo nombre lleva en la familia el hijo primogénito para honrar al antecesor, era proveedor de Napoleón durante las campañas de Austerlitz y Jena, y muy estimado por el emperador, que sabía apreciar el mérito de los hombres.

Los Bresson, aparte del talento administrativo de que gozan, tiene una terquedad más que mediana.

Han conservado todas las virtudes de su raza y algunos de sus defectos.

Un grueso clavo de aloeano morbihanés no es menos duro que el cráneo de estos hombres metalizados, y solo ciertos mulos del Poitou pueden competir con ellos en obstinación.

En ciertas ocasiones, fuerza es correatarlo, la ter-

quedad elevada á semejante grado, llega á ser de incalculable poder.

Muy honrados, por otra parte, leales á toda prueba y poseedores de estimación tan bien adquirida como su fortuna, merecen ayudas de toda ley.

—Crao, respondió el barón Noel, después de haber consultado con la vista á sus tres amigos, que somos del mismo parecer respecto á las bases de nuestro acuerdo.

—Completamente, dijo Renaudet.

—¿Nos obligamos, bajo juramento, á prestaros apoyo y auxilio en todas las circunstancias de la vida?

—Entiendo y os agradezco vuestra generosidad, añadió Renaudet. Plelau es, si no rico, independiente por lo menos. Noel Santiago posee millones. Yo soy el único que nada traigo á la asociación.

Renaudet era hijo de un simple molinero de Morbillan, en los alrededores de Scaer, casa patrimonial de los Bresson é inquilino de Plelau, dominio del conde Hugues.

Los Bresson y el conde le habían ayudado con su bolsillo durante sus estudios, dispensándole también su poderosa protección.

—Nos basta tu amistad, dijo el barón Noel. Hace quince años que nos conocemos. Te apreciamos como mereces. Eres un buen compañero, y llegarás por tus méritos á una posición honrosa. Preeligo. Al primer llamamiento de uno de nosotros, acudirán los demás. Nos ayudaremos enérgica-

mente en el peligro. Juramos avisarnos y defendernos recíprocamente, ya se trate de la fortuna, del honor, de la familia ó de cualquier otro interés.

Todos inclinaron la cabeza en señal de asentimiento.

—Esta alianza debe permanecer secreta. Ni mujeres, ni hijos la conocerán. Nos basta nuestra palabra. Para perpetuar el recuerdo del compromiso de honor que nos obligó, he hecho grabar tarjetas con nuestras iniciales y una fecha: 5 de Enero de 1860. Hélas aquí.

Cada comensal tomó uno; chocaron las copas, y el baron Noel llamó.

—La cuenta—dijo.

Esta alianza tan sencilla y dignamente estipulada, no se había hecho á la ligera.

Los cuatro amigos se profesaban grande estimación.

Udidos desde su infancia como los dedos de la mano, estaban seguros de que aquel compromiso se cumpliría rigurosamente.

Fueron á terminar la velada en la Opera, donde se cantaban *Los Hugonotes*.

En la bendición de los puñales, se miraron, y no pudieron menos de sonreirse.

Su asociación, para permanecer sumergida en el más profundo silencio, no ocultaba objetos novelescos ni proyectos ilícitos contrarios á las leyes de la moral ni á la del código del honor.

Debía ser más tarde pues ta á prueba en una aventura imposible de prever entonces.

No produjo al principio más que un efecto: el de mantener entre ellos la más estrecha amistad y allanar á Jorge Renaudet, el nuevo favorecido por la fortuna, los obstáculos que encuentra, entre la compacta muchedumbre de concurrentes, un joven ambicioso que trata de abrirse camino en cualquier carrera.

Los Brassens, que acaban de heredar de su padre y poseían cada uno más de quince millones, destinados á duplicarse en diez años durante el periodo de febriles especulaciones que siguió á la comida en el café Laglé, le apoyaron poderosamente.

Le procuraron multitud de clientes escogidos entre los industriales que frecuentaban su casa.

Un banquero es una especie de consejero y de confesor para los comerciantes á quienes sostiene y patrocina.

Gracias á los dos hermanos, Renaudet fué en poco tiempo uno de los abogados que más trabajaban en París y no tardó en hacer una fortuna considerable.

Hugo de Plelau, que sólo poseía un capital de cien mil francos, además de sus propiedades, y que no sentía el estímulo de la ambición ni la codicia, se limitó á dividir el tiempo entre el pequeño entresuelo que ocupaba en la calle Trouchet y su hacienda de Bretaña.

Aquella hacienda, capaz de deslumbrar con su extensión á un habitante del Mocráis, acostumbrado á apreciar por pies el suelo, comprendía un bos-

que, una landa tan inmensa como inculta, llena de estanques, y una docena de granjas.

En junto dos leguas cuadradas de superficie: que un año con otro no producen más de treinta mil francos de renta.

Debemos reconocer que el conde es el más bondadoso de los propietarios.

Sus gastos nunca escendían del producto de su hacienda, administrada por una familia de antiguos servidores, los Rebec, que se componían veintitrés años más tarde sólo de sus personas, el padre Lorenzo Rebec, y una hija de dieciocho años, Ivona Rebec, de la cual era padrino el conde.

El conde vivía de sus rentas y no se cuidaba jamás del producto de su capital depositado en la caja de los Bresson y encomendado á sus cuidados.

Lo reservaba para el incierto día en que habría de casarse para que no se extinguiese el linaje de los Plelan, que se remonta á las más apartadas edades.

El 1883 el conde Hugués tenía cincuenta años y continuaba soltero.

El mayor de los Bresson, el baron Noel, le daba ejemplo en esto.

Los dos hermanos, entonces inmensamente ricos, vivían en dos casas contiguas, construídas en la Avenida del Messine, sobre terrenos que formaban parte del beneficio obtenido en una operación de esas que sólo pueden emprender capitalistas cuyas cajas rebosan dinero.

El menor, Santiago Bresson, había contraído

matrimonio siete años antes con una huérfana de quien se había enamorado violentamente, al encontrarla en el salón de uno de sus amigos.

Al casarse tenía Santiago cuarenta años.

Los dos hermanos se amaban ciegamente.

Todo era común entre ellos, fortuna, afición é ideas.

Habían vivido juntos en su casa de la calle Bergerie hasta el matrimonio de Santiago.

La futura, en cuyo obsequio se construyeron las casas de la avenida de Messine, ocupaba en ellas una habitación digna de una reina. Era de deslumbradora hermosura.

Hija de un coronel muerto en Sedan, Luisa Renaud sólo poseía algunos miles de francos y parecía condenada á una medianía próxima á la miseria cuando llamó la atención del riquísimo banquero.

Puede creerse que lo que en él la atrajo fué principalmente la fortuna.

Luisa Renaud era ambiciosa y experimentó alegría inmensa la noche en que Santiago Bresson, después de reflexionar algunos meses, le preguntó sencillamente entre dos vases:

—¿Quiere usted hacerme el honor de concederme su mano?

El banquero merecía, no obstante, ser amado por su noble carácter y generosos sentimientos.

La joven llegó á ser el ídolo de los dos hermanos, ganó su confianza y reinó desde entonces soberanamente en la opulenta casa.

Dotada de superior inteligencia, supo lisorgear delicadamente á aquellos dos hombres, que frecuentemente pasaban todo el día en su despacho, y que, por la noche, hablaban en sus casas el orden más perfecto.

No ignoraba la amistad de los Bresson con el conde de Pielau y Jorge Renaudet. Los veía á menudo en sus recepciones, en las comidas de confianza ó en la habitación de su marido; pero no sospechaba el pacto que los unía y no los conceptuaba sino amigos un poco más afectuosos y queridos que los demás.

En la época en que da principio este drama, la baronesa Bresson se acercaba suavemente á los treinta años por un camino espolizado de flores.

La menor nube no había empañado la felicidad de los esposos: nunca la menor sospecha había empañado la reputación de la joven baronesa. Nunca había manifestado ésta deseo que no hubiera sido satisfecho al instante.

Adorada por su marido, mimada por su cuñado, como hijo predilecto, podía pasar por la mujer más feliz y más digna de envidia.

Su belleza, por otra parte, iba en aumento, y la maternalidad vivante deseada por los dos hermanos, no defumaba con su casto de maravillosa frescura.

Brillaba en todo el esplendor de rubia, magníficamente hermosa, y rara vez se pronunciaba su nombre sin añadirle este epíteto: la hermosa señora Bresson.

Nadie lo merecía mejor que ella.

De elevada estatura, esbelta y fuerte á la par, blanca como un cisne, de cabellos rubio-claro abundantísimos, con ojos de un azul comparable al del más cauro zafir, cutis deslumbrador, brazos y dientes magníficos, estaba formada para inspirar verdaderas pasiones.

Libre como el aire, iba por donde quería, gobernaba á su antojo su vida y su casa, segura de ser acogida por los dos hermanos con la amable sonrisa que le probaba el acrecimiento del poder que había sabido adquirir sobre aquellos dos poderes.

Santiago se creía y podía creerse amado, si no con pasión, por lo menos al ceremonial.

No podía más.

La astucia de la baronesa adormecía su suspicacia.

Era preciso un cataclismo para despertarle.

II

LA CITA.

El 26 de Febrero de 1863, por la noche, un cupé magnífico estaba parado en la plaza de la Opera ante un círculo que pasa por ser uno de los más lujosos y temibles garitos del mundo.

Un hombre, joven todavía, esbelto, de elevada estatura y que por su rápido paso parecía tener

Dotada de superior inteligencia, supo lisorgar delicadamente á aquellos dos hombres, que frecuentemente pasaban todo el día en su despacho, y que, por la noche, hablaban en sus casas el orden más perfecto.

No ignoraba la amistad de los Bresson con el conde de Pielau y Jorge Renaudet. Los veía á menudo en sus recepciones, en las comidas de confianza ó en la habitación de su marido; pero no sospechaba el pacto que los unía y no los conceptuaba sino amigos un poco más afectuosos y queridos que los demás.

En la época en que da principio este drama, la baronesa Bresson se acercaba suavemente á los treinta años por un camino espolizado de flores.

La menor nube no había empañado la felicidad de los esposos: nunca la menor sospecha había empañado la reputación de la joven baronesa. Nunca había manifestado ésta deseo que no hubiera sido satisfecho al instante.

Adorada por su marido, mimada por su cuñado, como hijo predilecto, podía pasar por la mujer más feliz y más digna de envidia.

Su belleza, por otra parte, iba en aumento, y la maternalidad vivante deseada por los dos hermanos, no defumaba con su casto de maravillosa frescura.

Brillaba en todo el esplendor de rubia, magníficamente hermosa, y rara vez se pronunciaba su nombre sin añadirle este epíteto: la hermosa señora Bresson.

Nadie lo merecía mejor que ella.

De elevada estatura, esbelta y fuerte á la par, blanca como un cisne, de cabellos rubio-claro abundantísimos, con ojos de un azul comparable al del más cauro zafir, cutis deslumbrador, brazos y dientes magníficos, estaba formada para inspirar verdaderas pasiones.

Libre como el aire, iba por donde quería, gobernaba á su antojo su vida y su casa, segura de ser acogida por los dos hermanos con la amable sonrisa que le probaba el acrecimiento del poder que había sabido adquirir sobre aquellos dos poderes.

Santiago se creía y podía creerse amado, si no con pasión, por lo menos al ceramente.

No podía más.

La astucia de la baronesa adormecía su suspicacia.

Era preciso un cataclismo para despertarle.

II

LA CITA.

El 26 de Febrero de 1863, por la noche, un cupé magnífico estaba parado en la plaza de la Opera ante un círculo que pasa por ser uno de los más lujosos y temibles garitos del mundo.

Un hombre, joven todavía, esbelto, de elevada estatura y que por su rápido paso parecía tener

prisa, envuelto en un abrigo de pieles, salió del monumental vestíbulo de aquella casa.

Aquel *gentleman*, conocido por todo el París viicioso, se llamaba el duque Huberto de Vandrey-Langou.

Tenía entonces treinta y dos años y reputación de elegancia y de talento indiscutibles, y sobre todo fama de hombre de buena suerte, justificada por su lujo y brillante aspecto.

Hallábase aquella noche, según las experiencias, de un humor detestable. Las cartas le habían sido contrarias, sin duda, y era jugador empedernido.

El juego es una peste de este siglo, tan peligrosa como todos los tifus y filoxeras del mundo.

La aguja del reloj neumático del Registro marcaba las once menos diez minutos.

El señor de Vandrey se dirigió rápidamente á su carruaje, y dijo al cochero:

—Avenida Velazquez. Pronto.

El tiempo estaba seco y frío; los transeúntes eran escasos.

El caballo enfiló con suava trote hacia el boulevard Malesherbes, y subió por el rápidamente hasta la verja del parque Monceau.

Allí se detuvo.

El duque bajó, despidió al cochero con un gesto, levantó el cuello de su abrigo, tanto para no ser conocido como para evitar el frío, que era penetrante, franqueó la verja y atravesó el parque de extremo á extremo.

Bajó después por la avenida de Messine, y al lle-

gar al centro se orientó y volvió á la esquina de la calle de Teheran.

A unos cien pasos de la avenida se detuvo algunos instantes en la acera y dirigió adelante y atrás una penetrante mirada.

La calle estaba desierta, casi completamente á obscuras. Sólo á su extremo, de las ventanas de un primer piso, se proyectaban sobre el pavimento luces bastante intensas y se oían debilitados los acordes de la orquesta de un baile.

El duque se acercó á una puerta baja, abierta en un muro de sillería que parecía cerrar por aquella parte el jardín de una casa suntuosa y empujó la puerta que cedió sin resistencia.

En el fondo del jardín, á la izquierda, se distinguía confusamente la silueta imponente de un palacio Luis XV, cuya fachada principal debía dar á la Avenida de Messine.

El duque, después de detenerse corto tiempo, se dirigió hacia el palacio por una ancha calle circular que giraba en derredor de un pradillo lleno de grupos de arbustos; apenas habia andado algunos pasos, cuando fué recibido por una mujer que, destacándose del tronco de un castaño donde se ocultaba, dijo en voz baja.

—¿Es usted, señor duque?

—Sí.

—Haga el favor de seguizme. La señora le espera impaciente.

Y echó á andar delante sin añadir más palabra.

Subieron ambos por una escalera escusada, abierta en una especie de pabellón avanzado al extremo del palacio, hacia la calle de Teheran.

La escalera estaba alumbrada por un solo mechero de gas.

Toda la fachada del palacio, como si no estuviese habitado, estaba á oscuras, excepto dos ventanas de la esquina.

—Los criados están en sus habitaciones ó han salido—dijo el Señor de Vandrey su guía, doncella cuyo nombre era Luciana—La señora baronesa y yo estamos casi completamente solos esta noche.

En el primer piso abrió una puerta que daba á la habitación particular de su señora.

El duque atravesó primero una sala de baño lujosísima.

La bañera de plata, encajada en madera de encina, brillaba en la penumbra á luz de la bujía que la doncella llevaba delante del duque.

Gruesa alfombra ahogaba el ruido de sus pasos.

En la tercera puerta, Luciana separó un flexible y pesado tapiz, el más hermoso que las fábricas de Lyon han producido, se apartó para dejar paso al nocturno visitante, y dijo:

—Entre usted, señor duque.

El tapiz volvió á caer sobre la alfombra con suave ruido.

El señor de Vandrey había llegado.

Desde la puerta de la habitación en que estaba, pudo gozar del espectáculo más delicioso que el amor reserva á sus favoritos.

Una mujer de rara elegancia, envuelta en un peinador de satén color malva, se incorporaba á medias sobre el diván bajo y ancho en que estaba medio echada y murmuraba, al verle, estos monosílabos llenos de recriminaciones y promesas:

—¡Por fin!

El duque se adelantó sonriendo, se inclinó sobre la mano que le tendía, apoyó en ella sus labios con un prolongado beso.

Los dos enamorados—pues sin duda se trataba de una cita amorosa—eran dos modelos notables de la hermosura humana.

Pero aunque la mujer era hermosísima, el hombre la superaba.

Huberto de Vandrey pasaba, con razón, por uno de los hombres más hermosos y seductores de su tiempo.

Al mirarle, se explicaba que se viese, por decirlo así, agobiado de triunfos amorosos.

Su sonrisa tenía, cuando deseaba, una dulzura inefable. Ningún pincel, por hábil que fuera, podría expresar el brillo y la penetración de su fascinadora mirada.

Sus dientes menudos y blancos, sus labios rojos, sus cabellos negros y su cutis mate, ligeramente moreno, su bigote fino, su continente esbelto y vigoroso y su aspecto de noble abolengo, hacían de él una verdadera obra maestra.

Hablamos de lo físico.

En lo moral era lo contrario.

El duque era robusto como aquellos que tienen perfectamente proporcionado su cuerpo.

Diestro en todos los ejercicios corporales, jinete de primer orden, tirador de mérito, había cultivado con pasión el manejo de la pistola y del sable, pensando que es preciso ser, en ciertas ocasiones, dueño de la vida de los otros.

Un observador hubiera descubierto fácilmente en sus ojos, tan agasajadores de ordinario, cierta dureza rayana en crueldad, mientras la comisura de sus delgados labios expresaba en ocasiones altivez despreciativa y feroz egoísmo.

Dieciocho meses antes, durante su estancia de algunas semanas en su castillo de Langou, situado á tres leguas próximamente de Scaer, residencia favorita de los Brésson, y á igual distancia de Plelan, hacienda del conde Hugues, había emprendido por pasatiempo la conquista de Luisa Renaud, que hacía cinco años era esposa de Santiago Brésson, y se había metido en una intriga que lisonjaba su orgullo, pero que se apoderó de su alma más de lo que hubiera deseado.

¿Era solo la hermosura de la joven lo que le había prendado, ó su fortuna ejercía sobre él una atracción á la cual cedía inconscientemente como si el oro tuviese las virtudes del imán?

Lo cierto es, que según disminuían sus recursos y crecía el desastre, ó más bien la ruina de sus negocios, ruina que más tarde explicaremos, había meditado muchas veces sobre la influencia casi mágica que ejercía sobre Luisa Renaud, ya conver-

tida en su amante, la cual, viuda y dueña de la fortuna de su marido, hubiera sido una ideal duquesa de Vaudrey.

Pero lo que podemos anticipar es que, de los dos cómplices, el más criminal era la hija del coronel Renaud.

Este cálculo en que el duque no se atrevió á fijarse sino vagamente en los momentos críticos de su ruina, lo había hecho ella en aquel palacio donde la colmaba de favores el hombre honrado á quien vendía.

Ella se había dicho claramente:

—¡Qué fastidio no ser viuda y libre! Me llamaría duquesa de Vaudrey.

El duque, al perseguir con sus galanteos á la joven, había despertado en ella pasiones que dormían desde su matrimonio.

Los primeros años habían transcurrido en trece los goces de aquella fortuna régia que hasta entonces solo había podido entrever en sueños y como espejismo inalcanzable.

Cada día experimentaba nuevas sorpresas bastante extraordinarias para no dejar entrada á otros deseos.

Las magníficas residencias de Scaer en Bretaña; de Villiers, en Seine-et-Marne; una *villa* régia que su marido hizo construir en Tourville, cerca de Dieppe y el palacio de la calle de Mesina le produjeron al principio deslumbramientos que le impedían fijarse en los homenajes que la granjaban su

gran hermosura, realizada por el lujo que le permitía su nueva opulencia.

Cuando el duque la encontró en las soledades del Morbihan, donde la proximidad de las dos residencias engendraba una serie de relaciones sociales, las seducciones de aquella fortuna no eran ya tan poderosas.

Se había habituado á ellas.

La saciedad venía, y con ella otras aspiraciones.

El joven, con su perfecta experiencia, comprendió que el terreno estaba admirablemente preparado, y con habilidad infernal supo aprovechar las circunstancias que le entregaban aquella soberbia presa.

Luisa Renaud había codiciado ardientemente la riqueza.

Nada le quedaba que ambicionar por esta parte.

Deseó el amor.

Cayó, en la edad de los deslices temibles, en las redes de una violenta pasión por el brillante noble que realizaba su ideal.

Se entregó á comparaciones que no fueron ventajosas para su marido.

Si el uno era más firme, más seguro, más sincero, más digno de estimación y afecto, el otro estaba más ricamente dotado de los atractivos frívolos y de las exterioridades graciosas que arrastran y seducen á las mujeres.

La baronesa no tardó en pensar que hubiersido para ella la suprema dicha haber hallado antes al duque Humberto de Vaudrey y haber sido duque-

sa, en vez de arcadernarse con vínculos que se le hicieron insoportables en cuanto aquel amor adúltero, dos veces criminal por la gratitud debida al hombre que la había elegido pobre para colmarla de bienes, se apoderó de su corazón y la enloqueció completamente.

El duque le describía su pasión con términos tan ardientes, que se dejaba sorprender por sus protestas mentidas y vanas, pero dichas con la gracia teatral, que era, sin duda, la más real de sus cualidades engañosas.

La baronesa llegó á concebir el monstruoso pensamiento de que sería para ella una inmensa felicidad poner á los pies de su amante los millones que debía á ternura de su marido á quien de día en día aborrecía, pagándole su amor con la más vil ingratitude y la traición más odiosa.

Cuando entró el duque parecía preocupada y descontenta.

Sus brillantes ojos se fijaron en los ojos negros de su amante con una tenacidad y persistencia que sorprendieron al duque.

Esta se sentó á su lado en el diván y la atrajo á sí, diciendo:

—¿Qué ocurre? ¿por qué tan mal humorada?

—¿Quieres saberlo?

—Sin duda.

—Pues bien, estoy celosa.

El lanzó un suspiro como quien se quita un peso de encima.

—¿No es más que eso? dijo.

El dormitorio donde le recibía era un verdadero nido de amor.

El lecho, adosado á la pared, se adelantaba frente á la chimenea bajo una nube de paños azules y grises de colores apagados, cuya sola vista producía una sensación de bienestar.

Una alfombra de pálidas flores apenas perceptibles cubría el suelo, y en las paredes, los mismos colores acariciaban los ojos á la luz de dos lámparas con pantallas de encaje.

Apenas si el oro de alguna talla de los muebles brillaba acá ó allá sobre aquel fondo suave en la semi-obscuridad de aquel retiro cuya puerta solo el marido hubiera debido franquear.

—Luego piensas darme, añadió el duque, una escena de recriminaciones y de quejas? Ea, querida Luisa, ya te escucho.

El lanzó en derredor una mirada recelosa y la fijó en el reloj, indiferente á los encantos de las tres mujeres desnudas que se enlazaban bajo la esfera en voluptuosa danza.

Y como su amante callase:

—Tienes, le dijo, una audacia... que acabará por producir alguna catástrofe.

—¡Y eres tú quien tiembra! repuso la baronesa. ¡Temes una sorpresa! ¡Antes no pensabas, en eso! ¡Kra viva llama! Ahora reflexiona... Calcula... Luego, no me amas. Por eso he querido verte.....

—¿Por qué no me has citado en el sitio de costumbre? Allí, al menos, nada teníamos que temer.

Vernos aquí, en el palacio del barón, es temerario.

Le cogió las manos y le habló más dulcemente.

—Seamos razonables, dijo. Tu marido puede sospechar algo. Es frío, político, callado. Esto constituye su fuerza. Si quiere emplear su penetración en averiguar nuestros amores, lo logrará sin duda gracias á tus imprudencias. Puede ganar á los criados... comprar á tu confidente á esa Luciana.

—Respondo de ella como de mí misma.

—Sea. Pero ¿y los otros? Sólo por tí temo, porque yo ¿qué riesgo corro?... Una estocada ó un balazo no me espantan... pero, con razón ó sin elle, teigo presentimiento...

Se volvió con viveza hacia la puerta del tocador.

—Y mira, precisamente, dijo frunciendo las cejas, no me engaño. He sentido pasos por esa parte. Se lanzó hacia el oscuro gabinete.

Era una vasta cámara llena de muebles bajos y de objetos preciosos, espejos admirablemente cincelados, cajas de polvos, frascos de plata que podrían ser la fortuna de una casa; y, en fin, todo el aparato lujoso más bien que necesario, de la coquetería femenina.

Una lamparilla cogida del florón del techo en que unos Amores de Chaplin, el pintor elegante, jugaban en un cielo azul, lanzaba sobre aquel paraíso de las Gracias su luz amortiguada por cristales grabados.

El duque nada vió y pareció contrariado.

El gabinete estaba vacío.

Nada indicaba en él la presencia ó el paso de un importuno.

Pareciale imposible haberse engañado, pero había que rendirse á la evidencia.

—¿Y bien?—le preguntó burlescamente su amante cuando volvió á su lado.

—Nada.

—Padeces extrañas alucinaciones—le dijo.

—Sea.

—En otro tiempo hubieras pasado entre llamas por hallarte á mi lado; por lo menos así lo decías. ¿No te acuerdas?—siguió la baronesa.

—¿Es cierto?

—No se si te crea. Yo soy como tú, Haberto; tengo miedo también; pero no á las sospechas de mi marido, que no piensa en nosotros.

—¿Pues á qué?

—Conozco que tu amor se apaga, que te alejas..

—¡Delirios!

—Que no eres el mismo.

—Ilusiones.

—Y, en fin, he oído palabras que me han aterrado.

—¿Con qué motivo.

—¿No se trata del matrimonio?...

—¿De quién, justo cielo?

—Tayo.

El duque, que hasta este momento respondía con distracción, atento al gabinete de tocador, como si estuviese alterado y esperando ver á cada instante levantarse la cortina y aparecer algun fantasma, se

echó á reír algo forzosamente, y, levantando los hombros, dejó el divan y fué á apoyarse en la chimenea.

—Comprendo al fin—dijo.—Esa es la causa de esta locura y de tu prisa por interrogarme, que no te ha hecho retroceder ante una profanación del santuario conyugal! ¿Un matrimonio? ¿Para disipar tu temor, necesitaré jurar que no he pensado en semejante cosa ni un instante?

—¿Es cierto?

—Por las cenizas de mis antepasados, te lo juro.

—¿Y en adelante no pensarás en ello?

—¡Oh! eso es de lo que no podrías responderte...

Las facciones de Luisa Renaud se contrajeron tan súbitamente, que el duque añadió espantado:

—Si no te amase tan apasionadamente,

Pero el golpe estaba dado.

El duque prosiguió con su desdefiosa ironía:

—La verdad es que me haría falta un buen dote para arreglar mis asuntos.

La joven se acercó á él bruscamente, y hundiendo su mirada en los ojos de su amante, como para penetrar en su pensamiento:

—¿Has tenido pérdidas?—preguntó.

—Enormes.

—¿Andas quizá apurado?

—A veces. No soy como los Bresson. No tengo sangre de proveedores en mis venas. No sé calcular ni ahorar, y se ha insinuado en mi fortuna

cierto desarreglo. No podría decir con exactitud lo que me queda. He sembrado dinero á la ventura.. Pero dejémonos de estas miserias. A los comerciantes y notarios con ellas.

—¿Y—siguió la baronesa—tu matrimonio podría arreglar esa situación dificultosa?

—¡Diantre!

—¿Tú crees?...

—Sin duda. Esta mañana me ha visitado mi administrador; y este hombre, que habla como el más sabio, así me lo asegura.

—¿Y qué sería yo entonces?

El respondió cínicamente.

—¿Tu, mi querida Luisa? Pues lo que eres ahora: la baronesa Santiago Bresson, la mujer legítima de un banquero dorado de la cabeza á los piés, de los desvanes á la cueva, ¿me impediría esto idolatrar-te? Aunque yo me casase, ¿no estás tu también casada?

La baronesa se mordió los labios, se estremeció y volviendo á su idea:

—¿No es verdad?—dijo—¿no es cierto? ¿no piensas lo que dices? Quieres ponerme á prueba. Es una burla cruel. Te amo tanto que si tuviese que renunciar á tu amor...

Luisa vaciló un segundo.

—¿Qué—preguntó el duque.

—No podría vivir.

—¡Bah!

—Me mataría creeme.

—¿En medio de estas magnificencias?—repuso burlonamente el duque—¿En este palacio? ¡Sería una locura! ¡Renunciarías á esta vida de lujo, de triunfos y placeres! Déjate de eso.

—¡No se de qué no sería capaz por defender mi dicha!

—¿Pero hasta ese extremo?

—Si.

—Me espantas.

—Oye—dijo ella con pasión—tu eres para mí cuanto amo en el mundo; te pertenezco en cuerpo y alma, pero has de ser exclusivamente mio. Y mira si deseaba tenerte aquí esta noche, era para figurarme después que te veía aquí siempre. Ya que no puedo tener la realidad quiero tener el sueño.

Si se hubiese fijado en los dedos de Vaudrey, los hubiera visto crisparsse por una impresión de hastío.

—Es eso es lo que yo temo—dijo el duque.—Detesto las exageraciones, las violencias, los temores ridículos, las sospechas, las cavilaciones y todo el odioso cortejo de unos infundados celos. Si á veces te evito, Luisa, es por necesidad y por prudencia. Nuestras relaciones no son de las que puedan ser anunciadas por carteles, como el programa político de un candidato. Es preciso guardar las conveniencias, tener miramientos sociales, pensar en los miles y miles de ojos que nos observan como otros tantos espías. En una palabra, lo que yo defiando, amada mía, es tu reputación, y tú, en vez de dar-

me quejás debieras: bendicirna por ello y darme fervientes gracias. ¡Cuántos conozco que, enorgullecidos por tan lisonjera conquista, publicarían á son de trompeta su felicidad en calles y plazuelas!

Tener una amante como tú, Luisa mía, la mujer más bella y encantadora que puede lisongear los sentidos y la vanidad del hombre, es un verdadero triunfo, y bien sabes cuántos hay que querrían conseguirlo, para jactarse de él y comprometerse. Sé, pues, razonable, y considera que te amo discreta, pero ardentemente; que todos mis pensamientos, cerca ó lejos de tí, sean siempre tuyos; que mi mayor felicidad sería vivir constantemente á tu lado, no dejarte un momento, darte mi nombre, y ser siempre y exclusivamente tuyo, lo cual, por desgracia mía, es imposible.

Habíase animado poco á poco, electrizado por la magnífica hermosura de la baronesa, que escuchaba en voz vibrante con el arrobó de una melodía deliciosa.

—Ese es también mi deseo—murmuró Luisa. No hay hora en que no piense en tí. ¡Si fuese libre! ¡Qué embriguezuel! ¡Qué alegría!

—Por desgracia—dijo amargamente el duque—no piensa el barón en dejar á otro su puesto. Vivirá cien años. Esos bretones son de granito, hechos de cal y canto. Fuerza es rendirse á la necesidad y contentarse con la parte que nos toca. Volvió á sentarse junto á la joven y la cubrió de besos.

—Sea lo que Dios quiera, querido duque—dijo

ella estremeciéndose de gozo,—quiero creerte. Ordena y serás obedecido. Tú lo eres todo para mí: ¡mi señor y mi dios!

Y bajando la voz.

—Pero repíteme que me amas—añadió.

—¿No lo sabes?

—¿Que me amarás siempre?

—Siempre.

Luisa estaba irresistible.

—¡Juráme que no te casarás nunca!—añadió.

Sus lánguidos ojos le miraban fijamente con estremada ternura.

Sin embargo, no respondió el duque.

Levantó la cabeza y volvió á aplicar el oído.

Luisa Renaud hizo un movimiento de impaciencia.

—Jamás te he visto así, dijo.

—Cierto.

—¿Pues qué tienes?

—¡Yo? respondió Vaudrey muy turbado y nervioso.

—¿Qué te inquieta?

—No lo sé.

—¿Todavía?

—Experimento una impresión extraña. Me parece que nos amenaza una desdicha.

—¿Eres supersticioso?

—No.

—¿Entonces tu alma se halla en otra parte?

—No podría negarlo. ¿Dónde está el barón?

—En su castillo de Villiers, cerca de Corbell, pa-

ra llevar á cabo obras y dar órdenes. Ya sabes á qué extremo lleva el arraglo en todo. Ejecuta punto por punto cuanto ha decidido. Volverá pasado mañana. No se anticipará ni un minuto. Además, Luciana está alerta.

— ¡Luciana! observó con desconfianza el duque.

— Déjate de temores, dijo la baronesa.

Y se burló de su miedo.

¿Santiago Bresson? ¡Bastante pensaba en ella! No dejaba de ocuparse en otros asuntos más urgentes. El dinero era el único que podía apasionarle. Todas las noches hacía el balance del día, calculando cuánto más rico era que la víspera.

Lo puso en ridículo con el descoco de las mujeres que pisotean al hombre á quien no han amado ó á quien ya no aman, para sacrificarlo á su ídolo.

Hacia algunas horas, poco antes de partir, se había estado su marido en aquella sala donde todo invitaba al placer, hablándole de negocios, explicándole que su capital pasaba, por fin, de treinta millones, sin contar la parte de su hermano!

Le hizo una descripción tan falsa como burlona de aquel marido glacial como un autómeta. Se explicaba en sforismos, hablaba de números y se iba como había venido.

Muy generoso, por otra parte, sin negarle nada de cuanto se adquiere con dinero, dispuesto á anticiparse á sus caprichos, y envenecido con la inmensidad de sus recursos.

Ella confesó por fin que no le hacía justicia; pero no le amaba y le era imposible amarle.

Después de todo, ¿era suya la culpa?

¡La eterna queja de todas las adúlteras!

Se había casado por necesidad, por horror á las privaciones á que la condenaba su pobreza. Había dado, por fuerza, su consentimiento para evitar las humillaciones consiguientes á las muchachas sin fortuna.

¡Qué diferencia, si en vez de aquel banquero de seco corazón y formas rígidas, se hubiera casado con el duque! ¡Con qué delicia se le hubiera entregado! ¡Con qué placer se le entregaría si cualquier accidente imprevisto la libraba de la odiosa cadena.

A él, á él solo amaba; á él solo llamaba con todo su corazón, cuando lo adivinaba, sin conocerlo, en sus insomnios de doncella.

— ¡Ahl tú reprendes mis imprudencias, exclamó la baronesa; pero si he querido verte aquí, en esta habitación, es para que te llene tu recuerdo; es porque por una hora que en ella pases, ¡me dejarás años enteros de ilusión y de dicha! ¡El peligro? ¡Qué me importa! ¡Por poseerte siempre descendería hasta el crimen!

Describióle su amor con impudor supremo.

Mostróse feroz é implacable con aquel marido que la hacía tan feliz y envidiada.

Logró por fin enardecer con el fuego de su entusiasmo, la inquieta frialdad de su amante.

— Tienes razón, suspiró el duque en un arranque de deseo; olvidémoslo todo.

Se dejaba caer á sus piés, cuando la cortina del gabinete se separó de nuevo.

Por muy ligero que fuese el ruido, lo oyó la baronesa.

Enderezóse de un salto, y se soltó de los brazos de su amante, ahogando un grito.

Su marido estaba delante de ellos.

El barón Santiago estaba pálido como un cadáver, pero parecía tan tranquilo, tan dueño de sí, como si oyese á un cliente en sus oficinas de la calle Bergere.

Paseó una mirada firme por la sala, dejó caer la cortina sin pronunciar una palabra, echó el cerrojo á la puerta é hizo lo mismo en las otras salidas del dormitorio.

Volvió después á la chimenea, se apoyó en ella y dijo con la mayor sangre fría:

—Ahora estamos solos y podemos hablar. Nadie puede interrumpirnos.

III

EL BALANCE DEL SEÑOR DE VAUDREY.

Para que se comprendan los pensamientos que asaltaron al señor de Vaudrey al presentarse el barón Santiago, preciso es que retrocedamos algunas horas y reñramos la escena ocurrida en el mismo

día en la casa del duque, calle de Vancau, barrio de San Germán.

Esta casa apenas es visible para los transeúntes, que sólo distinguen de ella una hermosa verja del siglo XVII, con corona ducal, en otro tiempo dorada, y una pared muy alta, cuya cima desaparece bajo profusa vegetación de glaucias, yedras, sauces y mil plantas trepadoras.

La casa, vasta construcción de líneas severas, se levanta en el fondo del jardín, flanqueada á izquierda y derecha por grandes árboles que encuadran á maravilla su majestuosa fachada.

Su solo aspecto, en suma, basta para inspirar respeto hacia el propietario, que se comprende que no puede ser un cualquiera.

A eso de las nueve de la mañana, un ayuda de cámara, como de cincuenta años, se había detenido un momento frente á una puerta de dos hojas en el fondo de un largo corredor que dividía en dos el primer piso de la casa.

Aplicó el oído á la puerta.

En la habitación no se oía el menor ruido.

El criado estuvo indeciso algunos segundos.

—El señor duque ha pasado la noche jugando y no quiere que se les despierte, pensó. Sin embargo el Sr. Chapuzet ha dicho: para un asunto urgente. ¡Y el señor Chapuzet es un perreñaj!

Después de un momento de perplejidad, aquel servidor que parecía formal y reflexivo, adoptó una resolución.

Entró de puntillas, echó una mirada á la alcoba

Entrega 82.— Mayo 14 de 1902.

Se dejaba caer á sus piés, cuando la cortina del gabinete se separó de nuevo.

Por muy ligero que fuese el ruido, lo oyó la baronesa.

Enderezóse de un salto, y se soltó de los brazos de su amante, ahogando un grito.

Su marido estaba delante de ellos.

El barón Santiago estaba pálido como un cadáver, pero parecía tan tranquilo, tan dueño de sí, como si oyese á un cliente en sus oficinas de la calle Bergere.

Paseó una mirada firme por la sala, dejó caer la cortina sin pronunciar una palabra, echó el cerrojo á la puerta é hizo lo mismo en las otras salidas del dormitorio.

Volvió después á la chimenea, se apoyó en ella y dijo con la mayor sangre fría:

—Ahora estamos solos y podemos hablar. Nadie puede interrumpirnos.

III

EL BALANCE DEL SEÑOR DE VAUDREY.

Para que se comprendan los pensamientos que asaltaron al señor de Vaudrey al presentarse el barón Santiago, preciso es que retrocedamos algunas horas y reñramos la escena ocurrida en el mismo

día en la casa del duque, calle de Vancau, barrio de San Germán.

Esta casa apenas es visible para los transeúntes, que sólo distinguen de ella una hermosa verja del siglo XVII, con corona ducal, en otro tiempo dorada, y una pared muy alta, cuya cima desaparece bajo profusa vegetación de glaucias, yedras, sauces y mil plantas trepadoras.

La casa, vasta construcción de líneas severas, se levanta en el fondo del jardín, flanqueada á izquierda y derecha por grandes árboles que encuadran á maravilla su majestuosa fachada.

Su solo aspecto, en suma, basta para inspirar respeto hacia el propietario, que se comprende que no puede ser un cualquiera.

A eso de las nueve de la mañana, un ayuda de cámara, como de cincuenta años, se había detenido un momento frente á una puerta de dos hojas en el fondo de un largo corredor que dividía en dos el primer piso de la casa.

Aplicó el oído á la puerta.

En la habitación no se oía el menor ruido.

El criado estuvo indeciso algunos segundos.

—El señor duque ha pasado la noche jugando y no quiere que se les despierte, pensó. Sin embargo el Sr. Chapuzet ha dicho: para un asunto urgente. ¡Y el señor Chapuzet es un perreñaj!

Después de un momento de perplejidad, aquel servidor que parecía formal y reflexivo, adoptó una resolución.

Entró de puntillas, echó una mirada á la alcoba

en que descansaba su amo, y volvió al cuarto haciendo algo de ruido con evidente intención de interrumpir un sueño al parecer tan profundo.

Aquel criado no tenía lo que pudiera llamarse mal aspecto.

Al contrario.

Su rostro, á primera vista, inspiraba confianza.

Aquella cara tersa, cuidadosamente afeitada, surcada por algunas arrugas, blanca como si estuviera cubierta de polvos, parecia casi respetable.

Pero más prudente hubiera sido no fiarse de él sin ciertas reservas.

Sus ojos grises como los esbellos eran inquietos y falsos.

No se fijaban en nada. Su gesto expresaba recelo. Su mirar parecia inseguro y oblicuo como el de los zorros.

Si hallais personas apreciables que se parezcan á aquel digno servidor, desconfiad de ellas.

Era turenés y se llamaba Germán Riboux.

No honra á su país, cuyos naturales valen mucho más que el Riboux; pero de una buena capa puede brotar un mal sermiente alguna vez.

Por lo demás, German no tenía orímenes sobre su conciencia hasta entonces: algunos pedrillos, mujeres engañadas, amigos vendidos, picardias de hombre astuto que suplanta á otros y aprovecha el fruto de los negocios en que los demás han salido mal.

Esto no es más que habilidad, y por tan poca

cosa no le arrojarían la primera piedra los maliciosos del día.

Pasados algunos minutos, German, perdiendo la paciencia, dejó caer sobre la alfombra un pesado cepillo.

El ruido fué pequeño, pero produjo el apetecido resultado.

El dormido se enderezó sobresaltado y miró en derredor suyo frotándose los ojos.

—¿Qué hay, German? preguntó. ¿A que viene ese estrépito? ¿Qué hora es?

—Las nueve y cuarto, señor duque.

—Entonces vete; ¡déjame en paz!

—El señor duque considerará que no me permitiría despertarle por gusto. El señor tiene ya una visita.

—¿Que vaya al demonio!

German sonrió con zalamería.

—No me hubiera atrevido á despedirla, dijo.

—¿Pues quién es?

—El señor Chapuzet.

Este nombre produjo un efecto mágico.

El rostro del duque se alteró súbitamente y dió muestras de singular disgusto.

—El señor Chapuzet se ha instalado en el despacho. Lee su periódico con los pies sobre los morrillos, y me ha encargado que no dé prisa al señor duque. Pero yo he creído que acaso tendría el señor gusto en verle.

—Indudablemente... indudablemente. Pero ese excelente Chapuzet no tenía necesidad de moles-

tar. Bastaba que me hubiera enviado lo que le pedía con uno de sus escribientes, porque tiene tantos escribientes como tres notarios juntos. El oficio de administrador es siempre excelente; pero como nadie es bastante rico para mantener una persona de la importancia del señor Chapuzet, este señor nos clasifica y nos encasilla por orden alfabético.

Para que el Sr. Chapuzet, el doctor Chapuzet, doctor en derecho, en el buen sentido de la palabra, que administra en sus oficinas de la calle Jacob la fortuna de treinta familias poderosas del barrio de San German, se hubiese tomado la molestia de acudir en persona á la calle Vaneau, por fuerza tenía que comunicar á su cliente algún grave y espinoso asunto.

German, mientras se entregaba á sus reflexiones puso al silencio de su amo todo lo necesario para vestirse de mañana.

El duque se preparó en un instante.

Pero la visita del Sr. Chapuzet le producía impresión penosa.

¿Qué motivo podía obligarle á molestarle á aquella hora?

Enojoso sin duda.

El duque Huberto de Vaudrey tenía por otra parte sus razones para sospechar el motivo de la visita.

Ulrico y último representante de una familia ilustre, había recogido la herencia de su padre, en cuanto fué mayor de edad, ó sea once años antes,

Siempre es funesto para un joven hallarse demasiado pronto al frente de su fortuna.

Y esta era considerable.

Los Vaudrey-Laugou son duques desde Francisco I.

Su nobleza no es, por consiguiente, de ayer, como la de muchos barones y condes cuyos antepasados no son fáciles de hallar en los documentos históricos de Francia.

Los Vaudrey han sido ilustres en diferentes conceptos: como militares en las campañas anteriores á la revolución; como ministros ó embajadores hasta Luis XVI; distinguieronse los últimos por su odio cordial al régimen que les obligaba á expatriarse, y por su energía, en fin, para disputarse una parte de los famosos millones de los emigrados, que les permitió reconstituir un patrimonio verdaderamente quebrantado por las confiscaciones y las ventas nacionales.

Huberto de Vaudrey había vivido con un desduido ó más bien con un desprecio de sus intereses verdaderamente insensato.

Era, haciéndole justicia, un caballero de intachable corrección que, con encantadora exterioridad, disfrazaba un profundo egoísmo y un desprecio á la vida y costumbres de los demás.

Arrastraba lujoso tren: tenía parte en una conocida cuadra de caballos para carreras, queridas de todas clases, jugaba fuerte, apuntaba quinientos luses con la mayor naturalidad; ganaba sin pesta-

fiar, lo que era poco frecuente, y perdía lo mismo que era lo ordinario en él.

Nadie, y él quizá menos que nadie, se ocupaba en sus asuntos.

Se sabía que su fortuna era de consideración: conocidos eran su magnífica residencia de Langou, en la Bretaña, su casa y coto de caza en el Seint-et-Marne, abundante por demás.

Se le conocían varias casas en París y se suponía con razón, que con su apellido y sus rentas, el duque de Vandrey, joven y brillante, era un personaje digno de todo menos de compasión.

Habrera sido una insensatez.

Son pocos los que nacen bajo tan feliz estrella.

La luz entraba en el dormitorio y en el vasto gabinete de tocador que lo completa por tres altas ventanas, pero era una luz de invierno fría y melancólica, velada por nieblas que daban escalofríos.

El señor de Vandrey se detuvo frente al único cuadro que adornaba aquella habitación, verdadero retiro de célibe mundano.

Era un retrato de mujer, joven todavía, en cuyas facciones se notaba indefinible expresión de dolor.

Si fuese posible prever el porvenir, se hubiera dicho que la duquesa, muerta de debilidad á los treinta años, adivinaba, al contemplar á su hijo con apagados ojos, las espantosas peripecias del drama que vamos á referir y el fin desastroso de su raza.

Se decía que había vivido muy retrada, que se dejaba ver poco y que su marido la abandonaba

por correr amorosas aventuras; pero á los murmuradores les hubiera costado sumo trabajo proporcionar pruebas, ni aun detalles, de aquellas aventuras, porque el duque de Vandrey así como su hijo, á quien había transmitido, con su sangre, su carácter, unía una impenetrable discreción á un altivo desdén que impedían adivinar sus intenciones, y menos todavía sus secretos.

Al fin, después de haber dado una vuelta por el dormitorio, el joven se decidió á presentarse al Sr. Chapuzet.

Pero su rostro se contraía cada vez más.

El duque no gustaba de censuras. Quería arruinarse sin observaciones, si, tal era su gusto, y Chapuzet se había permitido ya ciertas reticencias y alusiones sobre lo excesivo de los gastos al remitirle las sumas que el duque le pedía de improviso, sin más explicación que esta: ¡las necesito á tal hora, sin falta, y á cualquier precio!

Parecía, pues, muy preocupado cuando entró en su despacho.

Este era un salón del piso bajo, amueblado con estremado lujo, aunque casi nunca se habitaba.

El duque apenas si pasaba por él todas las mañanas para recoger apresuradamente su correspondencia.

Hay en París muchos gabinetes de trabajo en que nunca se trabajó. Estos por lo común, son los más suntuosos.

El duque pasaba la vida en el círculo, en casa de sus amigos, en la fonda, en el teatro, en los hi-

pódromos, en el campo, en los baños, y rara vez en su casa.

Al verio, el señor Chapuzet se levantó lentamente, doblando su periódico.

Chapuzet tendría unos cuarenta y cinco años: era grueso, bajo, redondo, rubio y molettudo como un amor. Sus ojos azules revelaban gran perspicacia. Sus labios sonrosados no se desplegaron sino á sabiendas.

—Lo he hecho esperar, y le siento—dijo el señor Vaudrey.—¿A qué debo el honor de su visita?

El señor Chapuzet volvió á sentarse tranquilamente, se golpeó las rodillas con sus dedos carnosos, cuidados como los de una coqueta, y respondió:

—A una circunstancia, señor duque, que desgraciadamente, debe usted tener prevista.

El duque no se conmovió.

—No, en verdad—dijo;—soy muy torpe, lo confieso.

El señor Chapuzet sacó de su cartera una carta y la mantuvo suspendida entre el índice y el pulgar de la mano derecha.

—¿No me escribió usted ayer estas cuatro letras?—repuso.

—Sí. A media noche.

—¿Me pide usted cincuenta mil francos?

—Sin duda.

—¿Los necesita usted con urgencia?

—Hoy mismo por la mañana.

—¿Diabli!

—Debo entregar veintiocho mil á las doce del día. El resto me hace falta para otras cosas.

—Comprendo.

El señor Chapuzet se rasó suavemente la cabeza.

—Sin duda—siguió el joven—¿tendrá usted alguna dificultad para procurármelos?

—Acaso.

—Y que, ¿no podré tenerlos para la hora citada?

El señor Chapuzet golpeó de nuevo sus piernas como para invitar á su cliente á oír con atención profunda y dijo con acento más animado:

—Tendría un verdadero recordimiento en no sacarle de apuros.

—¿E tá bien!

—Pero

—¿Hay un pero?

—Desgraciadamente.

—Explíquese usted.

—Es un nuevo esfuerzo que no puede exigirse.

—¿Por qué?—preguntó con cierta altanería el duque.

—Porque estamos completamente arruinados. No hay otra razón.

Si el doctor Chapuzet pensaba hacer gran efecto, se llevó chasco.

Su revelación falló como un cartucho mojado.

El señor de Vaudrey se encojió de hombros y se sonrió.

Su sonrisa puso de manifiesto dos magníficas filas de dientes.

30570

Usted conoce la divisa de mi familia, señor Chapuzet—dijo.

—Sin duda.

—¿No es: he valido, valgo y valdré?

—En efecto.

—Pues bien, querido doctor, he valido, no valgo ahora, pero valdré.

Chapuzet se inclinó y sonrió á su vez.

—¿Por un matrimonio?—dijo.

—¡Ay! sí. Puesto que es necesario, me resigno.

Buscaré un dote.

—Iba á aconsejárselo. ¿Quiere usted que le ayude?

—Gracias.

—¿Quizá la tiene usted ya entre ojos?

—¡Aún no! Pero la hallaré.

Hubo un momento de silencio, verdadero armisticio entre los dos combatientes.

Chapuzet defendía su caja contra los ataques de su oponente. Había llegado la hora del peligro. Dos millones de los Vaudrey-Laugou se habían derretido como cera al fuego de un gaeto loco.

El resto de la hacienda de la opulenta casa estaba abrumado de hipotecas, peste de los patrimonios.

Habría de Vaudrey, en sus escasas horas de juicio, se entregaba á veces á reflexiones que nada tenían de tranquilizadoras; pero prefería aturdirse, y no creía tan próximo el cataclismo.

Respecto al remedio del matrimonio que podía enriquecerle y, según la frase de ritual, dorar sus blasones, no había pensado seriamente en él, retra-

sado siempre la fecha en que tendría que enseñar una libertad, de la cual le parecía su sacrificio el perder la menor parte.

En su negativa de aceptar el auxilio del señor Chapuzet entraban tanto la vanidad como la confianza en sus propios recursos.

Había pensado en la baronesa Bresson, pero sin forjarse ilusiones respecto á los insuperables obstáculos que les superaba.

—Dejémos á un lado el matrimonio—dijo—y hablemos de negocios.

—Con ese objeto vengo—respondió el señor Chapuzet desdoblado un pliego amenazador, cubierto de guarismos, que presentó á su interlocutor.

—¿Qué es esto?—dijo el duque.

—Examinando este balance en que sus haciendas y bienes de toda especie están tasados en su valor actual, podrá usted ver que somos víctimas de la baja enorme que experimentan todas las propiedades inmuebles. Las tierras sobre todo, pierden lo menos un tercio de su valor. Es una desgracia imprevista de prever hace algunos años y que nos hiera en el corazón de nuestros intereses. La liquidación se impone, pues, fatalmente y es de temer que sea desastrosa.

El Sr. Chapuzet hablaba con una precisión desoladora.

Aquel hombreillo de rosada tez cortaba como una navaja de afeitar.

—Sin el recurso de que hemos hablado—continuó—nos ahogaríamos junto á la orilla; pero af-

tunadamente aun lo tenemos. Usted no puede hallar obstáculos para agradar á las más opulentas herederas, y no faltarán solteras ó viudas que deseen poner una corona ducal y las armas de los Vaudrey en sus carruajes.

—¿Puede usted ofrecarme un año de tranquilidad sin que me vea obligado á rehusar el tren de mi casa? preguntó el duque.

Chapuzet reflexionó:

—¿Un año? dijo.

—Sí.

—¿Por qué esa demora?

—La necesito: es preciso buscar con calma, reflexionar, no comprometerse á la ligera en esa gran empresa del matrimonio.

—¿Pero se ocupará usted activamente en ella?

—Puesto que es preciso, murmuró el duque.

—Me lo promete usted.

—Sin duda.

—Es formal su resolución.

—Completamente formal.

—¿Y necesita usted un año para llevarla á feliz término?

—Cábal.

—No comprendo.

—Ni hace falta.

—Obra usted como le agrada. Aunque con sentimiento, le concedo ese plazo. ¡Pero no más locuras! ¡no más falta! No podemos cometerlas ya.

—Comprendido. ¿Y los cincuenta mil francos?

—Los tendrá usted aquí dentro de una hora.

—Es usted un hombre inestimable, señor Chapuzet.

El doctor se levantó.

—Le dejo esta nota, dijo. Examínela usted despacio. Es una invitación á tener juicio.

—Graciss.

—Piense usted en su matrimonio, señor duque. Un título como el de usted constituye un valor de primer orden; pero, en general, no se negocia más que una vez.

Chapuzet saludó á su cliente, que le acompañó hasta la puerta y salió.

El señor de Vaudrey volvió á sentarse cerca de la chimenea, recorrió con la vista las columnas de guarismos que comprobaban su ruina é hizo un gesto de cólera.

—Un Vaudrey-Laugou, reducido á vivir como un propietario de provincias é un especiero enriquecido, murmuré; porque no podía admitir la idea de una miseria completa y sin recursos; esto no se verá, aunque para reponerme tuviera que tomar una ciudad á sangre y fuego.

Arrojó al fondo de un cajón las cuentas del señor Chapuzet, y su semblante se serenó de pronto.

—No me costará tanto trabajo, pensó tomando varios retratos fotográficos de mujer esparcidos en desorden.

Los examinó distraidamente.

—Las mujeres me han arruinado, dijo; una mujer me enriquecerá.

Permaneció largo rato abismado en la contempla-

ción de una mala fotografía hecha en Rennes, á juzgar por la inscripción grabada detrás de la tarjeta.

Era el retrato de un mujer sencillamente vestida, casi una colegiala acabada de salir del convento; pero su cabeza tenía una gracia sin igual, angélica virginal, con sus grandes ojos oscuros, sus cabellos trenzados que caían sobre los hombros algo delgados tal vez y el puro óvalo de su rostro dulce y casto.

—Si estas viudas, si estas hijas de advenedizos, continúa el duque, estas herederas entre las cuales tengo que elegir, tuvieran solo la mitad de encantos que esta joya que se llama Ivonna Rebec, pronto adoptaría una resolución. ¡Qué delicadeza! ¡qué talle! ¡qué cabello! ¡qué ojos, grandes, ingenuos y persuasivos! ¡Con esta aldeana y mi castillo de Langou, hubiera sido feliz como un rey! ¡Qué mala vida llevo! ¡Hace un año que no puedo apartarla de la imaginación! ¡Qué tiene para interesarme de este modo? ¡Dulce criatura! ¡Deliciosa muchacha!

Volvió la fotografía al cajón y arrojó las otras sobre la mesa al azar, con movimientos nerviosos y cortados.

Levantóse después y dió algunos pasos por la habitación.

—Es asombroso, pensó, cómo el recuerdo de esa niña me hace amar el campo, ¡á mí que no lo puedo aguantar! ¡Oh! la campiña, los bosques, los prados, los horizontes sin límites, el canto de los pájaros, ¡qué hastío! Tiene razón Chapuzet. Un buen

matrimonio puede arreglarlo todo. Lo pensaré. ¡Y ese dinero, que no acaba de llegar!

Al punto, como si para verlo cumplido le hubiese bastado formular un voto, abrióse la puerta y Garmán se apartó para que entrase uno de los escribientes del doctor Chapuzet, que dejó sobre la mesa un paquete de billetes de mil francos.

—Sirvase usted contarlos, señor duque, dijo el curial.

—¿Cincuenta? preguntó el señor de Vaudrey.

—Sí, señor.

—Su principal es la exactitud personificada.

—¿Trae usted recibo?

—Aquí está.

—Traiga usted.

Lo firmó con letra mala y ligera y lo devolvió al escribiente, que saludó y partió.

Garmán volvió al punto.

El joven le dió uno de los paquetes.

—La sota de bastos me trata mal, dijo. Que lleven esos billetes á la casa de Vernier, que enganchen á Sultán al cupé.

Salió al ayuda de cámara y volvió al instante.

Traía una esquila en la mano.

—Es de la señora baronesa, se dijo con misterio. Después del dinero, el amor.

—¿Quién la trae?

—Luciana.

—¿Dónde está?

—En un coche.

—Que entre.

—Está bien.

El señor de Vaudrey rompió el sobre de la es-
quela y la leyó con avidez.

He aquí su contenido:

«Necesito verle esta noche. Luciana te esperará
á las once en el jardín. No tienes más que empujar
la puerta de la calle de Telleran. Estaré sola. Ven.
Lo quiero.»

Y debajo:

«Tuya siempre,

LUCIA.»

El duque se mordió los labios.

—¡Está loca! dijo. ¡Qué temeridad!

Una mujer de treinta y cuatro á treinta y cinco
años, elegantemente vestida de negro, con sencillo
pero irreprochable sombrero, alta y delgada, more-
na como una criolla, y cuyo único encanto lo consti-
tulan dos ojos negros, brillantes como carbunclos,
entró sin hacer ruido.

No andaba, se deslizaba sobre el pavimento. Se
detuvo ante la mesa del señor de Vaudrey.

—¿Conoce usted el contenido de este billete, Lu-
ciana? preguntó el joven.

Actuata se sonrió y plegó ligeramente los delgados la-
bios de la sirvienta.

—La señora baronesa, dijo, tiene para mí pocos
secretos.

—Le sería difícil.

—¡Oh! exclamó modestamente Luciana.

—Si su señora los tuviese, usted los descubriría.

La doncella bajó los ojos.

—Su ama de usted ha estado muy poco acertada,
añadió el duque.

—Esa misma observación me ha permitido ha-
cerla.

—Tiene usted razón. ¿Por qué no la ha atendido?

—La señora no quiere oír nada de eso. Pretende
que tal recuerdo será el más hermoso de su vida.

—Puede sorprendernos el barón.

—El señor barón se va de París por dos días.

—¿Adónde?

—A su castillo de Villiers.

—¿Y si volviese?

—El señor barón jamás altera sus planes. Tiene
la regularidad de un cronómetro. Ha dicho dos
días, pues estará dos días.

El duque hizo un gesto de indiferencia.

—Basta, dijo. Ya comprenderá usted que si te-
mo, no es por mí, ciertamente. Debo guardar mi-
ramientos sólo en consideración á su señora. Hasta
ahora, gracias á la lealtad de usted, hemos cubierto
las apariencias. Nadie, creo, sospecha unas relacio-
nes para mí llenas de encanto. Pero semejante atre-
vimiento puede dar con todo al traste.

Luciana se encogió de hombros.

—La señora lo quiere, dijo, ¿qué le respondo?

—Iré.

—Está bien, señor duque.

Huberto de Vaudrey parecía haber dado al ol-
vido sus cuidados. Su rostro estaba radiante.

La doncella se retiraba.

El duque la llamó:

—¡Luciana! dijo.

—¡Señor duque!

—Vamos, sea usted franco, si es posible. ¿Es cierto que el barón ama á su mujer tan apasionadamente como ella se figura?

—¡Es tan bella la señorial!

—Cierto. La maravilla de las rubias.

—El señor barón, por otra parte, se lo ha demostrado al casarse con ella, aunque nada tenía.

—El era rico por diez. ¿Y continúa el cariño?

—Más bien crece. No hay atenciones ni obsequios de que el señor y su hermano, el barón Noel, no colmen á mi ama. Casi podría decirse que tiene dos maridos, mirando cómo la esgarajan. El mayor es muestra más solícito y más cariñoso que el otro. No se casa, porque dice que no puede encontrar mujer semejante á su cuñada. Además, los dos hermanos se adoran. Nunca hay desacuerdo entre ellos. ¡Y tan ricos!

—Sí, la antigua banca de los Bresson ha ido viento en popa, dijo arcargan ante el duque. Para esas gentes es el mundo. La casa Bresson hermanos y los judíos están en alza. ¡Todo sale bien á esos negociantes en dinero que trabajan como empleados desde la mañana hasta la noche! Los millones abundan en sus cajas.

—¡Es muy cierto! suspiró la doncella.

Una sonrisa perversa contrajo los labios del señor de Vaudrey.

—Sólo hay un punto obscuro en ese brillante

cuadro, dijo: esa encantadora mujer á quien ha colmado de todo. ¡Oh, miseria!

Nada respondió Luciana. Limitóse á pensar que su señora había sido para su marido, Santiago Bresson, una mujer ideal é irreprochable hasta que el conde de Vaudrey, por capricho y entretenimiento de sus ocios, había venido á tentarla y á remover en ella la mala leyadura que fermenta en el fondo del corazón humano.

—Hasta la noche, Luciana, dijo el duque.

Era una despedida.

La doncella volvió á su carruaje.

A la puerta del palacio, Sultán, soberbio corcel, negro azabache, esperaba á su amo.

Tres minutos después, el duque, balanceándose suavemente sobre los almohadones de su excelente cupé, atravesaba el Sena por el puente de Solferino, y repetía:

—¡Un buen matrimonio, es la salvación, sin duda!

Y añadía:

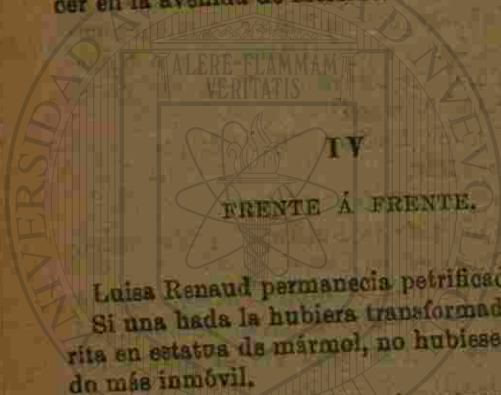
—¡Ah! ¡si la baronesa estuviese viuda! ¡Veintisiete años! ¡Una perla y montones de oro, como si el pacto corriese por su casa! ¡Pero desgraciadamente es una quimera! Sin embargo, ¿de qué depende la vida del hombre? ¡De un hilo! ¡Y estoy seguro de que me ama hasta condenarse eternamente si yo lo quisiera!

Pero después de todo, qué más me dá ella que otra!

A las doce en punto el negro caballo pisaba

junto al café inglés y el duque se apeaba del coche con una rosa en el ojal y la sonrisa en los labios.

Ya sabemos lo que debía pasar en la noche del mismo día y lo que el duque de Vaudrey iba á hacer en la avenida de Messine.



Luisa Renaud permanecía petrificada.

Si una hada la hubiera transformado con su varita en estatus de mármol, no hubiese permanecido más inmóvil.

Con su aguda inteligencia comprendía de un golpe todas las consecuencias de la fatal aventura.

El terror producido por aquella inesperada aparición, agrandaba enormemente sus ojos.

La trivial comparación de un peesante herido por el rayo bajo un cielo sin nubes, jamás pudiera aplicarse más exactamente.

El rostro del señor de Vaudrey, por el contrario no manifestaba espanto alguno.

Conservaba su aire altanero, estragado, con un ligero tinte de hastío. Sólo por alguna llamarada que iluminaba sus ojos hubiera podi lo notarse en él algo parecido á la plaidad que ilumina el cere-

bro del hombrs que acaba de hallar un pensamiento.

Por lo común, el amante cogido en flagrante delito por el marido justamente irritado, tiene siquiera un momento de turbación natural en ocasión semejante.

El duque permanecía frío en la apariencia y desdofioso como si estuviese jugando una partida que no le interesase.

Limitóse á echar á su cómplice una mirada que significaba claramente:

—¿Lo ves? ¿Qué te decía yo? ¿No te lo habia prevenido? Con tus extravaganeiss teníamos que llegar á este extremo.

—Señor de Vaudrey, comenzó el banquero, tenemos que arreglar una cuenta; ya me entienda usted.

—Caballero, contestó el duque cortesmente, estoy á sus órdenes.

—Podría matarle á usted. Es mi derecho. E a, lo confieso, ha sido mi primera intención, y su vida ha estado pendiente de un hilo. Lo he pensado mejor. Puede decir con justicia que nada hallo reprehensible en mi pasado. Quiero poder afirmar lo mismo en lo futuro. No le asesinaré, por tanto, ni aun legítimamente. Podria su espectro venir á turbar mi sueño, y no quiero esponerme á ese disgusto. Pero, como uno de los dos está demás en el mundo, voy á hacerle una proposición, que creo aceptará usted de buen grado.

—Caballero, respondió el duque con el mismo

estremo de cortesía, sus palabras son muy interesantes.

El barón llevaba la levita negra abrochada que usaba así siempre. Sobre esta levita tenía un abrigo gris, en uno de cuyos bolsillos ocultaba la mano derecha.

Sacó entonces la mano en la que tenía dos pistolas.

El señor de Vaudrey no pudo reprimir un movimiento, no de temor, sino de asombro.

No dijo, sin embargo, una palabra, y esperó tranquilamente.

El banquero observó aquel movimiento y tranquilizó al duque con un gesto.

—Caballero, le dije, hace dos horas vivía yo en la confianza más completa. A cien leguas estaba de sospechar la traición que me hiere en medio del pecho. Tenía la debilidad de amar á esa mujer que me engañaba con detestable astucia. He vuelto por casualidad á mi casa. No me atraía á ella la menor sospecha. Ninguna delación les ha perdido. He venido, he visto y he oído. Me es imposible dudar no sólo acerca de la infidelidad de esa mujer á quien ligué una existencia desde ahora destruida, sino sobre los móviles y sentimientos que la han dirigido.

Todo lo he comprendido en un instante. Mil detalles que antes, en mi ceguera, no había percibido, han surgido en tropel en mi memoria. Podría decirles dónde han comenzado sus odiosas relaciones y cómo han continuado. Pero sería perder el

tiempo. No se engañaba usted, señor duque; estaba ahí, cuando me buscaba usted, en ese gabinete por donde pasaba sin recelo. Por una palabra la he comprendido todo, y he tomado mi resolución en un segundo. He arreglado mis cosas en cuatro renglones. Estoy preparado para morir. Mi primera idea ha sido matar á usted, que viola como un malvado esta casa, cuyo umbral no debiera haber pisado por decoro. He elegido otro medio de resolver nuestro asunto.

La joven volvía de su estupor lentamente.

Recobraba la facultad de pensar.

Aquellas palabras del barón: "He arreglado mis cosas en cuatro renglones" le habían herido también en medio del corazón.

La fortuna con tanto afán codiciada ¿podría escaparse de las manos?

Conocía á su marido: conocía su inteligencia clara y precisa, su decisión rápida, su perspicacia maravillosa en los negocios.

¿Qué peligro le amenazaba?

El banquero, con la prudencia característica de los Bresson, había tomado al casarse, precauciones para el porvenir. Su generosidad respecto á la huérfana había de ser regulada en lo sucesivo por el grado de cariño que le inspirase, ó por su conducta ulterior, en una palabra.

Luisa se mordía los labios y reflexionaba.

Pensó que iban á desvanecerse todas sus esperanzas de fortuna; que cualquiera que fuese la conduc-

ta de su marido respecto al duque, no la perdonaría jamás la infamia de su traición.

El banquero, en un momento de pasión había escrito de su puño y letra un testamento que ella guardaba en su escritorio. Aquel hombre, inflexible como su hermano tocante al deber y al honor, la arrojaría indudablemente de su casa, después de anular las disposiciones testamentarias hechas á su favor.

Se vió pobre, deshonrada, reducida á un rebajamiento que le pareció insoportable. Sordo furor agitó todos sus nervios y su abrasada cabeza buscó un medio de evitar la ruina y el deshonor.

Observaba furtivamente á su marido y nada bueno esperaba de aquella aparente tranquilidad desmentida á cada instante por el glacial relámpago que iluminaba sus pupilas grises.

Las últimas palabras del banquero debían decidir la suerte que la esperaba.

—Caballero—continuó el barón,—no le oculto que le aborrezco de muerte; para usted su ociosa existencia en trastornar casas ajenas; el hogar, símbolo de la familia y compendio de todo cuanto debe respetar una persona verdaderamente decente, es, para usted, una palabra vacía de sentido. Me casé con una mujer á quien amaba con toda mi alma. Mi hermano y yo la hemos rodeado de todo género de respetos y atenciones. Le aseguro que no puede tener la menor queja y que ha sido tratada como una reina en esta casa, de que pudiera haber sido el encanto y á la que ha traído la deshonra.

Parecía, sin duda, á otras muchas, y cifraba su dicha en gozar en paz de una existencia plácida y tranquila. Presentóse usted, y desde aquel día todo este edificio de felicidad, laboriosamente levantado, vino de golpe á tierra. La baronesa Bresson, arrastrada á una pendiente funesta, se ha lanzado á esas intrigas detestables de citas en entrasueños sombríos, de cartas amorosas, de encuentros en el bosque ó, lo que le era á usted todavía más fácil, en las soledades del Morbihan, donde ella se complacía en vivir, mientras mi hermano y yo permanecíamos sujetos como esclavos al trabajo, que sostenía su lujo y le permitía arrojar el dinero á manos llenas. Desde entonces todo ha sido en su vida pretextos, falsedades é infamias. Nunca la perdonaré. Manana, si vivo, su cómplice abandonará esta casa. Acabaré de deshacer los lazos que ella ha recto. La baronesa Bresson se llamará Luisa Renaud, como de soltera, y vivirá de ciertas rentas que me dignaré asegurarle. Podrá usted tenerla á su lado si el resultado de la lucha le fuese favorable...

—¿Dice usted...?—interrumpió el duque.

—Digo que vamos á batirnos. He aquí dos revólvers. Ellos, como un juicio de Dios, dirimirán nuestra contienda. Tendremos el derecho de disparar hasta que uno de los dos fenezca.

—Es un duelo salvaje.

—Se verificará en este cuarto.

—¿Cuándo?

—Ahora mismo.

—¿Y si rehúso?

—Le levanto la tapa de los sesos.

—¡Diablol!

—¿Acepta usted?

—Sin duda, puesto que me obliga.

—Firme usted cuatro letras en que consten nuestras condiciones. Lo baronesa nos dará lo necesario.

—¿Está usted dispuesto?

—Sí, señor.

La joven sintió un estremecimiento nervioso.

Levantóse del diván en que se había dejado caer.

—Santiago,—dijo con voz suplicante,—tú no cumplirás esa amenaza.

—Lo juro que sí.

—¡Espúlsame, mátame, si quieres; pero no llesves á cabo ese duelo espantoso! ¡El duque no es culpable! Lo soy yo, ¡yo sola!

—¡Mucho le ama usted cuando tanto se cuida de su vida!

—Sí, le amo,—dijo ella irguiéndose delante de su marido, y soy capaz de un crimen, para defenderle si vive y para vengarlo si muere.

—Déjeme usted,—dijo el banquero rechazándola.—Me da usted horror, señora.

—¿Persistes en tu designio?—repuso la baronesa.

—Sí.

—¡Pues Dios nos juzgue!

Luisa abrió su escritorio, sacó el papel y pluma y lo puso delante del duque, que se había aproximado, y al mismo tiempo acercó á su mano un objeto que designó con una mirada terrible.

Hay miradas mil veces más significativas que un discurso.

Comprendiéronse el duque y su querida. Ambas habían coincidido en la misma detestable idea. Vaudrey buscaba una arma desde que había entrado el banquero.

Estremecióse de gozo.

El barón, siempre apoyado en la chimenea y con los revólvers á su lado, parecía que meditaba. Pensaba acaso en su felicidad destruida.

Con los labios apretados, arrugada la frente, frunció el ceño y la vista fija en el suelo, se parecía á esos generales que presencian transidos de dolor la derrota de sus tropas y la ruina de sus postreras esperanzas.

El duque se había sentado y escribía ó fingía escribir.

El ruido de la pluma sobre el papel arrancó de su meditación al banquero.

—Si tiene usted algunas disposiciones que adoptar—dijo—hágalo en dos líneas. Hay que prevenirlo todo.

El señor de Vaudrey se detuvo y volvió la cabeza.

Santiago Bresson continuó:

—Hé aquí nuestras condiciones. Le dejo la elección de revólver. Los dos son iguales. Nos colocaremos en los extremos del dormitorio. ¿Qué lado elige usted?

—Este.

—Cuando el reloj dé la una, lo cual será dentro de cinco minutos, podremos romper el fuego.

—Bien.

—¿Ha acabado usted de escribir?

—Sí.

—Luisa, dijo el barón con voz en que se percibían los últimos latidos de un amor que siente extinguirse, déjenos usted. Podríamos herirla.

Luisa no se movió.

Sus ojos, por los cuales surcó sangrienta llamada, buscaron los de su amante y le inspiró el valor, que acaso le faltaba, para cometer una infamia espantosa.

El duque se levantó y dió un paso hacia delante.

Tendió súbitamente el brazo y se oyeron dos detonaciones apagadas por la alfombra, los cortinajes y tapices de la magnífica estancia, cerrada como un estuche.

Santiago Bresson se llevó la mano al pecho, sus facciones expresaron soberano desdén, y estas últimas palabras cayeron sobre el duque como latigazo tremendo:

—¡Miserable! ¡Asesino!

Inclinóse hacia delante; trató en vano de asirse al respaldo de una butaca, agitó los brazos y cayó sobre la piel de oso blanco tendida al pie del lecho.

Dos balas le habían atravesado el pecho.

La joven que había armado á su amante contra su marido, se precipitó sobre el moribundo, no para socorrerle, sino para asegurarse de su muerte.

Santiago Bresson espiraba.

Pero aun tuvo fuerza suficiente para rechazarla con un gesto sublime.

Tenia el estertor de la muerte.

—¡Querías espulsarme, murmuró ella inclinada sobre el moribundo, y mueres! ¡Querías que fuese pobre y ser rica! ¡Querías matar á mi amante y será mi marido!

El duque permanecía inmóvil, aterrado contemplando con estupor á aquella mujer perfumada, fresca como una rosa, blanca, envuelta en sedas, que acababa de impulsarle, á él, duque de Vaudrey Laugou á un asesinato horrible, inexcusable, vergonzoso, del marido á quien engañaban y que les había perdonado.

¡La más execrable y la más vil de las infamias!

Arrodillada junto al moribundo, sobre cuyo corazón posaba la mano, espiaba su postrer latido.

No esperó mucho tiempo.

Una suprema convulsión sacudió los miembros del herido. Ligeramente soplo se escapó de sus labios, que enrojeció sanguinolenta espuma.

Había muerto.

Los dos cómplices quedaban solos, frente á frente, junto á aquel cadáver.

Quedaban unidos, como dos forzados, por aquella cadena de infamia.

El duque oía retumbar en sus oídos las palabras que su víctima le había dirigido al caer. Nunca podría olvidarlas.

La baronesa se pasa las manos por los ojos como para borrar de ellos la última mirada de su marido, aquella mirada despreciativa, irónica y amenazadora á la vez, como si el desdichado hubiera previsto que no recogería ella el fruto del crimen y de la sangre derramada.

Durante algunos minutos permanecieron mudos con los ojos clavados en el cadáver, cuya presencia les acusaba, escuchando el silencio de la casa, creyendo oír pasos de las personas que debía acudir, atraídas por las detonaciones.

Las manecillas del reloj de las tres bañistas desnudas señalaban la una y diez minutos.

Nadie se presentó.

Los culpables estaban tranquilos por este lado, pero su situación no era menos crítica.

No la dominaba el hombre, sino Luisa.

La baronesa estaba feroz delante de su víctima, discutiendo el modo de salir de la terrible aventura.

¿Cómo?

Era preciso borrar las huellas del crimen.

Caer de tan alto al banquillo de los acusados era lo que no quería.

El duque, completamente aterrado é incapaz de coordinar sus ideas, estaba lívido como el condenado á muerte que ve á dos pasos el cadalso, irguiendo entre las brumas matinales su siniestra cuchilla.

—Es horrible lo que hemos hecho—dijo.

—¡Horrible! ¿Por qué?—dijo la baronesa.—Te he

salvado la vida y me he defendido. Me amenazaba. ¿Había de consentir que me echase como una criada? ¿Había de renunciar á una posición bien ganada por cierto con un matrimonio odioso? ¡Condena que ya he recobrado la libertad! ¡El porvenir es mío! ¡Es posible semejante abatimiento! Si tienes ánimo, te lo daré todo, amor y fortuna. No hay batalla sin muertos. Y si queremos, ¿quién sabrá lo ocurrido?

Hablaba con voz ronca, agitada, llena temor, de no al castigo que no creía posible, sino á la amenaza contenida en las últimas palabras de su esposo.

—¿La fortuna?—siguió—¿la tengo todavía? Ha debido arreglar sus asuntos. ¡Era un gran hombre para eso! ¡Sabía lo que quería y lo que hacía! ¡Si ha roto el testamento, como aseguraba! ¡Si lo hubiese revocado con dos líneas!

No era la mujer elegante, tranquila y majestuosa conocida por todo París, admirada en su palco del Teatro Francés ó de la Opera, que paseaba arrogante por el Bosque, recostada en una victoria de ocho ballestas, con su tronco de veinte mil francos; era una ladrona dispuesta á todo por guardar el fruto de su crimen, espantosa en su ferocidad y audacia.

Arrancó del bolsillo del gaban de su marido una cartera negra con cantoneras de oro, y la registró con ira.

—Nada—dijo.

Y dándose una palmada en la frente.

—Quizá en su cuarto... Veremos.

Y como si una idea le hubiese sugerido otra, avanzó un paso, se tocó los cabellos y dijo:

—Ya he hallado.

Vióse obligada á coger por el brazo á su amante, y sacudirle.

—Por lo pronto hay que llevarlo. Ayúdame.

—Volvió á abrir con precaución una de las puertas, que el barón al entrar había cerrado.

La puerta daba á un salón intermedio entre la habitación de Santiago Bresson y aquella en que acababa de verificarse el drama.

Más allá de esta pieza se veía el cuarto abierto, alumbrado sólo por una sola bugía.

—Por allí ha venido—dijo Luisa.

El duque y la joven transportaron el cadáver á un lecho encerrado en una alcoba cubierto por gruesos tapices antiguos.

Aquella alcoba, con el cadáver tendido sobre la colcha de seda casi negra y en gran y crucifijo de marfil, destacándose sobre lo oscuro de la pared en la cabecera, tenía aspecto lúgubre.

Santiago Bresson parecía dormido.

En su vestido no se advertía el menor desorden.

La baronesa le había quitado el abrigo para echarlo al descuido sobre el respaldo de una silla.

Su sombrero y sus guantes estaban sobre la chimenea.

Descansaba en el lecho con la levita abrochada. Las dos balas, al penetrarle en el pecho, apenas

habían dejado señales en el exterior, produciendo un derrame interno, causa de la muerte.

La joven, con terrible sangre fría, colocó junto á su mano el arma empleada por el duque.

Era una preciosa pistola de dos cañones. La baronesa la usaba á menudo para tirar al blanco, ejercicio muy de su gusto y en el cual tenía cierto tino.

Para confirmar la intención de suicidarse del barón, encerró en el cajón de un armario los revólveres cargados destinados al desafío del barón con el duque.

Tomadas estas medidas, revolvió con furor los muebles del dormitorio y del salón vecino, registró todos los papeles del escritorio, los examinó con precipitación y no descubrió nada.

Entonces volvió á su cuarto, cerrando detrás de sí las puertas y poniéndolo todo en orden; arrojóse sobre la alfombra, é hizo desaparecer la huella de unas gotitas de sangre que la manchaban en el sitio donde había caído su esposo.

Lanzó un grito de triunfo.

—¡Salvados!—dijo.

Los culpables respiraron.

El crimen no había tenido testigos.

Ellos solos conocían la escena que acababa de ocurrir, y por muy inverosímil que fuese el suicidio, no lo era menos el asesinato.

La causa continuaba en el más profundo silencio.

La baronesa tomó de su escritorio el testamento redactado dos meses antes por su esposo.

Dividida por partes iguales su fortuna, cualquiera que fuese, entre su mujer y su hermano, invitando á su viuda á dejar la gestión de los negocios á Noel, cuyo carácter y afecto estaba muy seguro.

El testamento, escrito todo por Santiago Bresson estaba redactado en términos cariñosos que hubieran debido producir en el corazón de la joven una explosión de remordimientos.

Lo leyó sin que se le humedeciesen los ojos.

—Quince millones y duquesa; dijo.

En el frenesí de su amor se abrazó al duque.

—Nada nos espera ya, murmuró con ternura. ¡Miel ¡mío para siempre!

El duque permanecía frío y silencioso, aturdido por los hechos en tan escaso tiempo acontecidos, que poco le faltaba para creerse víctima de un sueño pavoroso.

Dudaba de la realidad y le parecía imposible que en tan lujosa estancia, hubiera podido cometerse un crimen en presencia de la mujer cuyas facciones recobran gradualmente la tranquilidad y la calma.

—Ahora, dijo Luisa; óyeme con atención. Es preciso que todo el mundo, excepto Luciana ignore nuestro amor y que has venido esta noche. De lo demás yo me encargo. ¿Has comprendido?

El duque se inclinó sin articular una palabra. Luisa llamó.

Faltando á su costumbre, Luciana tardó algunos minutos en presentarse.

Dispénsame usted señora, dijo á la observación de la baronesa; me había dormido.

Sin embargo, al entrar en la habitación hizo un ligero movimiento de sorpresa no advertido por Luisa.

Evidentemente la asombraba la tranquilidad de los amantes.

Buscó con furtiva mirada una persona ó un objeto, cuya falta le sorprendía.

—Luciana, mandó la baronesa, acompáñeme usted al señor duque. ¡Sin ruido!

—Bien, señora.

El duque tomó la mano que le tendía su amante y la estrechó entre las suyas sin besarla.

Le parecía que estaba mojada y enrojeada por la sangre.

Al llegar á la puerta se volvió.

Luisa Renaud le sonreía con un dedo sobre la boca.

Tal sonrisa en semejante momento le oprimió el corazón.

No respiró libremente hasta que se vió en la calle de Teheran y oyó el casi imperceptible ruido de la puerta del jardín que se cerraba.

Bajó la avenida de Messins con la precipitación del fugitivo que se aleja del puesto en que lueven las balas, y en el boulevard Haussmann tomó un carruaje y se metió en él diciendo al cochero:

—Plaza de la Opera.

En la puerta del círculo, siempre brillantemente alumbrado, de donde había salido tres horas antes despidió el coche, subió, entregó el abrigo á un camarero y entró en la sala de juego, donde ganó gruesas sumas sin darse cuenta de lo que hacía, con su impensabilidad ordinaria.

Sentis necesidad de aturdirse, de ser visto, de llamar la atención y de prepararse la coartada como los asesinos vulgares.

¿Qué le importaba ganar ó perder unos miserables billetes?

¿No tendría, cuando quisiera, los millones de su víctima.

A las cinco de la mañana, lívido y preocupado volvió á su casa.

En su habitación no se atrevió á mirar el retrato de su madre. Parecíale que aquella melancólica cabeza de mártir no le miraba con el mismo cariño y que fijaba en él ojos severos y tristes.

Volvia con la cabeza baja, abrumado por execrable delito, por la vileza y cobardía de una acción para la cual no hallaba disculpa.

Y se veía enlazado á una mujer á la que no sabía si aborrecer ó amar, y cuya sangre fría le espantaba.

Inquieto y agitado, perseguido por el fantasma de Bresson, se acostó y cerró los ojos.

El último de los Vaudrey-Langou era ya un asesino tembloroso en aquel palacio de donde habían salido tantos generales, tantos prelados y caballeros brillantísimos.

Abrumábase el peso de su infamia.
Pero pronto habria de enderezarse al impulso vigoroso de su cómplice.

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
BIBLIOTECA HISTÓRICA
"ALICIA" DE LA
Año. 1925

V

LUCIANA.

La doncella, después de cerrar la puerta del jardín, volvió, como le habían mandado, al lado de su ama.

La hija del coronel Renaud tenia una cabeza vigorosamente organizada.

En algunos minutos habia trazado su plan como si hubiera tenido semanas enteras para disponerlo á su gusto.

No podríamos asegurar que el valiente militar á quien debia la vida fuese gran estrategico, pero la hija estaba dotada de golpe de vista rápido y seguro, el golpe de vista con que se ganan las batallas, y el padre le habia transmitido á lo menos parte de su denuedo.

Sin embargo, tenia en Luciana un poderoso adversario.

No era fácil engañarla. Tenia en su favor su ingenio sutil y penetrante, mezcla de astucia, agudeza malicia y malas artes. El logro de sus victorias se debía al disimulo.

En la puerta del círculo, siempre brillantemente alumbrado, de donde había salido tres horas antes despidió el coche, subió, entregó el abrigo á un camarero y entró en la sala de juego, donde ganó gruesas sumas sin darse cuenta de lo que hacía, con su impensabilidad ordinaria.

Sentía necesidad de aturdirse, de ser visto, de llamar la atención y de prepararse la coartada como los asesinos vulgares.

¿Qué le importaba ganar ó perder unos miserables billetes?

¿No tendría, cuando quisiera, los millones de su víctima.

A las cinco de la mañana, lívido y preocupado volvió á su casa.

En su habitación no se atrevió á mirar el retrato de su madre. Parecíale que aquella melancólica cabeza de mártir no le miraba con el mismo cariño y que fijaba en él ojos severos y tristes.

Volvia con la cabeza baja, abrumado por execrable delito, por la vileza y cobardía de una acción para la cual no hallaba disculpa.

Y se veía enlazado á una mujer á la que no sabía si aborrecer ó amar, y cuya sangre fría le espantaba.

Inquieto y agitado, perseguido por el fantasma de Bresson, se acostó y cerró los ojos.

El último de los Vaudrey-Langou era ya un asesino tembloroso en aquel palacio de donde habían salido tantos generales, tantos prelados y caballeros brillantísimos.

Abrumábase el peso de su infamia.
Pero pronto habría de enderezarse al impulso vigoroso de su cómplice.

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALICIA"
Año. 1925

V

LUCIANA.

La doncella, después de cerrar la puerta del jardín, volvió, como le habían mandado, al lado de su ama.

La hija del coronel Renaud tenía una cabeza vigorosamente organizada.

En algunos minutos había trazado su plan como si hubiera tenido semanas enteras para disponerlo á su gusto.

No podríamos asegurar que el valiente militar á quien debía la vida fuese gran estrategico, pero la hija estaba dotada de golpe de vista rápido y seguro, el golpe de vista con que se ganan las batallas, y el padre le había transmitido á lo menos parte de su denuedo.

Sin embargo, tenía en Luciana un poderoso adversario.

No era fácil engañarla. Tenía en su favor su ingenio sutil y penetrante, mezcla de astucia, agudeza malicia y malas artes. El logro de sus victorias se debía al disimulo.

No tenía además ninguna especie de escrúpulos. Su provecho: esta era la norma de sus actos.

Pero este provecho lo entendía á maravilla.

Su pasado podía servirle de disculpa.

Luciana tuvo en los albores de la juventud horas amargas.

Nacida treinta y cuatro años antes en una aldea de la Eure, cerca de Andelys, podía alegar en su favor como circunstancia atenuante que no concurría en el duque, ni en la baronesa, la estremada miseria de su infancia, de que quería resarcirse.

Había perdido á sus padres antes de conocerlos.

Los desdichados no ocupaban brillante posición en el mundo. El padre era pastor en una alquería y la madre vaquera en otra. Toda la herencia consistió en algunas ropas usadas, por las cuales no hubiera dado cien sueldos un trapero.

La niña fué recogida por unas hermanas de la caridad, que le dieron una instrucción con la cual se puede esperar por principio una plaza de niñera.

Esto, en ocasiones, es bastante, y todas las niñas nacidas en la triste condición de la hija del pastor y de la vaquera no llegan siempre á ese puesto.

Luciana entró de niñera en casa de un tendero de la calle de San Martín, de donde no tardó en escaparse como de un calabozo. El camaranchon donde dormía se le parecía... por lo feo.

Después de algunas pruebas de igual clase, tuvo la suerte de tener por vecina de boardilla á una joven costurera que trabajaba en uno de esos talleres de modistas que por lo comun tienen en el ró-

tulo estas tres palabras: Trajes abrigos. La obrera buena y amable, se interesó por su vecina y pudo hacerla entrar en la casa.

Ya estaba con el pie en el estribo.

La ganancia era escasa.

No pasaba de tres francos y medio al dia. Tres francos y medio, cuyos cuatro quintos eran absorbidos por la comiducha á quince sueldos y el alquiler de la bohardilla que era preciso pagar. Las niñas tienen por lo menos la ventaja indiscutible de estar mal alimentadas y peor alojadas, pero exentas de pago por su mal alojamiento y comida.

Quizá en su taller de la calle del Cuatro de Septiembre Luciana, como tantas otras pudo percibir algun suplemento de procedencia dudosa.

Pero, puestos á decirlo todo, es de advertir que cuando, al dar las doce emprendia su vuelo el recogido enjambre para buscar su parte en los alrededores, jamás se fijaban en Luciana las lentes de ociosos y transeuntes.

Luciana estaba mal dotada respecto á atractivos naturales.

Pero, lo que vale más, tenia en su inteligencia una compensación brillante.

En dieciocho meses de taller aprendió á conocer la sociedad de París, estudiándola desde abajo, método mejor que otro cualquiera para conocerla á fondo.

En todas las capas sociales son parecidas las pasiones de los hombres. La diferencia estriba casi siempre en el estilo y los modales.

El estudio de Luciana no se había limitado á sus compañeras é iguales. La clase á que pertenecía mantiene relaciones con las superiores, y á menudo, de escalón en escalón, las historias de lo más alto, las de las señoras que visten trajes de tres mil francos, bajan hasta las que los cortan y cosen.

Luciana aprendió algo más.

Pronto supo vestirse y adquirir cierto aire de elegancia, cortarse trajes para sí, y terminarlos sin más que sus propias manos.

A los veinticuatro años, la discípula de las hermanas de la Caridad podía elegir entre un establecimiento de provincias donde hubiera podido ejercer su habilidad en servicio de las burguesas de una subprefectura de tercera clase, y una plaza de doncella en la casa de una de las parroquianas más ricas del taller en que había hecho su aprendizaje.

Luciana no vaciló.

Un normando decía:

—¡Dios mío! no te piño que me des riquezas, sino que me pongas al lado de los que las tienen.

Luciana no era normanda, pero pensaba de igual modo.

Los ricos están en París.

Luego en París estaba el filón que podían explotar las mujeres de su carácter.

Considerad las que acuden á París de los cuatro puntos cardinales y las que se resignan á vivir en parte.

Luciana lo comprendió, mediante su positiva

intuición de los vicios de su tiempo y del provecho que de ellos puede obtener un orlado ingenioso.

Su buena estrella le hizo al entrar al servicio de la baronesa de Bresson poco después del matrimonio del banquero.

Luisa Renaud pudo felicitarle de tener á sus órdenes tan buen sabueso, y nunca tuvo motivo de queja.

Luciana estaba, pues, desde hacia unos siete años al servicio de la baronesa cuando ocurrió la catástrofa que acaba de ser contada.

Tenia ya grandes ahorros, treinta y cuatro ó treinta y cinco primaverales y vasta experiencia adquirida á espensas de las varias señoras á cuyas órdenes había trabajado.

Cuando las dos mujeres se encontraron frente á frente en la habitación de la baronesa, se miraron un instante como dos combatientes antes de cruzar los aceros.

La señora Bresson desconfiaba por primera vez de Luciana.

La pregunta de su amante: «¿Estás segura de esa mujer?» surgía en su memoria.

Venal le era; la hermosa rubia lo sabía mejor que nadie, pues para comprar su silencio, le daba cuanto quería, sin que se tomase el trabajo de pedirlo;

Necesitaba conservarla á cualquier precio; revelándole lo menos posible del secreto fatal, pero procurando conservarla amiga.

Por fortuna, la muerte de Santiago Bresson,

aquella muerte deplorable que podía perderla, ¿no la hacia inmensamente rica? ¿Y no era preciso ante todo, y costase lo que costase disipar sus sospechas?

—Luciana,—comenzó la baronesa,—¿dónde estaba usted hace una hora?

La doncella respondió astutamente.

—¿Me permitirá la señora baronesa contestar con otra pregunta á su pregunta?

—Como usted quiera.

Ringiendo con la mayor habilidad, siguió Luciana:

—¿Por qué me pregunta usted dónde estaba? Bien sabe la señora que ejecuto sus órdenes al pie de la letra: La señora me ha mandado que no me alejase.

—¡Ahl! estaba usted ahí?

—Es decir no estaba lejos.

—He llamado y no ha venido usted.

—¿Ha llamado usted?—dijo la criada con una mueca incrédula.

—Dos veces.

—Es asombroso. No he oído nada.

—¿De veras!

—Estaba en mi cuarto, y me he dormido sin duda.

Era una buena mentira.

El cuarto de Luciana estaba contiguo al de tocador.

La baronesa pensó:

—Nada sabré por ella.

Y Luciana,

—Aguárdate. Ya veo por donde vas.

En realidad, Luciana, que no estaba lejos, no sabía todo lo ocurrido, aunque había procurado enterarse escuchando á las puertas. Había oído distintamente, no dos campanillazos, sino dos tiros de pistola. Pero ignoraba quien los había disparado, lo cual la tenía llena de curiosidad extremada.

A su entender debía haber sido el barón, cuya voz había percibido claramente, aunque sin distinguir sus palabras. Su asombro al entrar en la habitación provenía de no ver en ninguna parte al hombre que esperaba ver en pie; y de haber encontrado vivo á quien creía encontrar tendido sobre la alfombra.

Quizá—aunque no podamos asegurarle—su señora la hubiera ganado para su causa, con una confesión sincera, acompañada de una gruesa suma, pero debía herirla en lo más vivo tratando de disimular y de superarla en astucia.

Luciana quería engañar á los demás, pero con ser engañada nunca transigiría.

Cada cual tiene su vanidad.

La de Luciana se subleva á esta idea.

—Tengo fino el oído—dijo con tono en que se traslucía un poco de ironía.—Si la señora ha llamado, como dice, no lo entiendo, porque el ruido más pequeño me despierta. Además mi sueño no ha sido largo, y puedo asegurarle que no he salido de mi cuarto.

La baronesa se mordió los labios.

El acento de Luciana era seco. Daba á entender que estaba ofendida y apercebida á la defensa.

Si no lo sabía todo sabía lo suficiente para ser peligrosa.

Podía además haber escuchado después de las dos detonaciones. Con su excelente oído de que con justicia se preciaba era imposible que no las hubiera oído.

La baronesa la miraba atentamente, con el rostro contraído.

—¿Pero qué ha pasado?—preguntó Luciana con el tono más natural del mundo. Me espanta usted señora.

—¿Luego no sospecha usted nada?

—Sí,—dijo sencillamente Luciana.

Los ojos de la baronesa la interrogaban con ansiedad mal disimulada.

Luciana era, á su juicio, el único testigo que importaba comprar.

—Me ha parecido,—prosiguió la doncella,—que hablaban alto.

He oído, á decir verdad, que el señor baron de... bía haberse presentado de repente, porque he conocido su voz en la disputa. Hubiera podido asegurarme de la verdad, pero ya sabe usted que llevo la discreción hasta el extremo.

—Sin duda ¿Nada más?

Sí. A continuación de la disputa, me ha parecido oír una doble detonación. No quiero engañar á usted. He sentido terror espantoso y me he acercado á la puerta del gabinete.

—¡Ah!

—La señora comprenderá que por ella era mi inquietud. El ruido había cesado... luego nada.

—¿Y entonces?...

—He pensado que todo se arreglaba y no me he atrevido á entrar.

Luciana hablaba con tan bien fingida sinceridad que hubiera engañado á un juez de instrucción. La doncella era una artista de primera fuerza, pero la astucia de la baronesa era superior.

Luisa estudiaba á hurtadillas, sin dejarse engañar por el acento franco de Luciana, los menores movimientos de su rostro.

Nada revelaba fición: el gesto, la voz y la posición de la cabeza, concordaban admirablemente.

O Luciana era sincera, lo cual parecía dudoso, ó tenía el genio de la mentira.

En uno ú otro caso era preciso contar con ella y atraerla á su partido.

La Baronesa quemó sus navas.

Hallábase por otra parte, en uno de esos momentos en que el crimen ahogaría al criminal, de no tener un confidente en quien descargar el atroz peso.

Por desdicha, el secreto de la baronesa era tan odioso, que no se atrevía á revelarlo en toda su enormidad.

—No se ha engañado usted—dijo por último. Ha habido una escena espantosa. ¿Puedo contar con usted?

—Bien sabe usted que sí. Me ha hecho usted

tantos favores que sería una ingrata si no se los agradeciese.

—Pues voy á revelárselo todo.

—Me espanta usted, señora.

—Nos han hecho traición.

—¿Es posible?—exclamó Luciana.

—Sí, cuando íbamos á separarnos el duque y yo, hemos oído ruido en el gabinete y se ha presentado mi marido.

—Me lo temía.

—Al ver al duque, se ha quedado estupefacto. He temido por la vida del señor de Vaudrey; pero, con gran asombro mío, después de algunas palabras incoherentes que revelaban su cólera, su agitación y cierto desorden de ideas, nos ha dejado: ha entrado en su habitación, y casi al instante dos detonaciones nos han dado á conocer el desenlace fatal. El infeliz se había suicidado.

—¿De veras!

La exclamación de Luciana era bastante equivocada. Los tiros habían sido en el gabinete de la baronesa y no en el de su marido. Luciana estaba segura de ello.

La señora Bresson tuvo alguna inquietud.

Estaba visto que Luciana quería permanecer impenetrable y tener en jaque á su ama para mantenerla á su disposición.

—Me ha asegurado usted su adhesión—dijo Luisa casi en tono de súplica—es la mejor ocasión de demostrarlo. ¿Sabe alguno que el duque ha estado esta noche aquí?

—Nadie.

—Es preciso que nadie lo sospache. Es preciso, ¿entiende usted?

—Se callará usted?

—¿Si usted me lo manda!

—No se lo mando, se lo suplico. Gracias á usted nadie conoce mis relaciones con el señor Vaudrey. Atribuyo la resolución desesperada de mi marido al dolor que le ha causado, el conocer mi falta. Su muerte será para mí un remordimiento atroz. El fianco del infeliz era amarme más de lo merecido. La enorme fortuna que me deja no podrá borrar mis remordimientos. Mi honor está en manos de usted. Luciana. Lo que más me aterra es que en el asunto se haga luz, y usted puede evitarlo. Mi gratitud por tal servicio no reconocerá límites. ¿Puedo contar con usted?

Luciana vió llover sobre sí un diluvio de oro.

Aquella semi-confesión y la mal disimulada inquietud de la baronesa demostraban la existencia de faltas más graves que las reveladas, y le prometían beneficios sin fin.

—¿Tiene usted necesidad de preguntármelo—respondió.

—¿Dónde están los demás criados?

—En sus habitaciones.

—¿Conoce alguno el espantoso suceso.

—Nadie.

—¡Loado sea Dios! Hasta mañana no se sabrá la triste nueva. ¡Qué despertar, Dios mío! Claro

esta, que debemos sorprenderlo tanto como los demás. ¿No le parece á usted así, Luciana.

—Nada más natural. Tiene usted razón.

—Indagarán la causa del extraño suicidio; ¡pero cuántas otras muertes no quedan sin explicación!

—Es verdad.

Luciana añadió, no sin aviesa intención.

—De no ser cogido desvalijando á un transeunte en la calle, se puede contar con la impunidad. ¡Pero que dirá el barón Noel? ¡Los dos hermanos se adoraban!

Aquí estaba el peligro.

Luciana lo señalaba con esta frase breve pero amenazadora.

La hermosa rubia inclinó la cabeza sobre el pecho al sentir aquella especie de flecha.

Pero pronto la irguió, y amenazó con el puño á una persona invisible como si la quisiera desafiar.

Levantóse y dijo brevemente.

—¿Me promete usted callar?

—Sí.

—Me basta. El resto no me importa. Silencio y hace usted su suerte.

—¿Se queda usted sola?

—Sí.

—¿No me necesita usted ya?

—No... mañana al amanecer levántese usted, y venga á llamarme.

—Bien, señora.

Luciana arregló la habitación, preparó el lecho de su señora, y se fué.

La joven echó el cerrojo á su puerta para poner un obstáculo entre ella y el cadáver que había de turbar sus sueños más de una vez.

No durmió.

Lo mismo que el duque, tenía constantemente ante los ojos la lívida cabeza del hombre que la había elevado de la nada para hacerla objeto de envidia por su hermosura y su opulencia. Aquella amenazadora faz la seguía á todas partes, y junto á ella otra, la del barón Noel, cuyos ojos escudriñaban el fondo de su alma, mientras «¿qué has hecho de mi hermano?» repetía su voz.

La noche le pareció un siglo.

Amaneció, por fin, un triste y plomizo día de invierno, menos lúgubre y negro que el fondo de su corazón.

VI

EL BARÓN NOEL.

Es raro que transcurra un año en París sin que la curiosidad pública sea excitada por algún ruidoso suicidio ó alguna muerte misteriosa cuyo secreto permanece impenetrable.

Durante algunos días promuévese ¡un rumor confuso, una multitud de suposiciones más ó menos erróneas y un montón de historias que honran

esta, que debemos sorprenderlo tanto como los demás. ¿No le parece á usted así, Luciana.

—Nada más natural. Tiene usted razón.

—Indagarán la causa del extraño suicidio; ¡pero cuántas otras muertes no quedan sin explicación!

—Es verdad.

Luciana añadió, no sin aviesa intención.

—De no ser cogido desvalijando á un transeunte en la calle, se puede contar con la impunidad. ¿Pero que dirá el barón Noel? ¡Los dos hermanos se adoraban!

Aquí estaba el peligro.

Luciana lo señalaba con esta frase breve pero amenazadora.

La hermosa rubia inclinó la cabeza sobre el pecho al sentir aquella especie de flecha.

Pero pronto la irguió, y amenazó con el puño á una persona invisible como si la quisiera desafiar.

Levantóse y dijo brevemente.

—¿Me promete usted callar?

—Sí.

—Ma basta. El resto no me importa. Silencio y hace usted su suerte.

—¿Se queda usted sola?

—Sí.

—¿No me necesita usted ya?

—No... mañana al amanecer levántese usted, y venga á llamarme.

—Bien, señora.

Luciana arregló la habitación, preparó el lecho de su señora, y se fué.

La joven echó el cerrojo á su puerta para poner un obstáculo entre ella y el cadáver que habia de turbar sus sueños más de una vez.

No durmió.

Lo mismo que el duque, tenia constantemente ante los ojos la lívida cabeza del hombre que la habia elevado de la nada para hacerla objeto de envidia por su hermosura y su opulencia. Aquella amenazadora faz la seguía á todas partes, y junto á ella otra, la del barón Noel, cuyos ojos escudriñaban el fondo de su alma, mientras «¿qué has hecho de mi hermano?» repetía su voz.

La noche le pareció un siglo.

Amaneció, por fin, un triste y plomizo día de invierno, menos lúgubre y negro que el fondo de su corazón.

VI

EL BARÓN NOEL.

Es raro que transcurra un año en París sin que la curiosidad pública sea excitada ¡por algún ruidoso suicidio ó alguna muerte misteriosa cuyo secreto permanece impenetrable.

Durante algunos días promuévese ¡un rumor confuso, una multitud de suposiciones más ó menos erróneas y un montón de historias que honran

la inventiva de quienes las propalan, comunmente sin otro fin que el de pasar por mejor informados. Al mes el suceso queda sepultado en el abismo del olvido.

Ha espirado su término.

Creemos, en honra de la policía, que ésta conoce muchos misterios y los envuelve en benévola sombra.

De otro modo su ignorancia daría mediana idea de sus aptitudes.

La muerte del barón Santiago Bresson dió origen á infinitos comentarios.

Tenia cuanto puede hacer grata la existencia.

Su fortuna no era de las inolvidadas entre las escandalosas acumulaciones de millones producto del agiotage ó de las sociedades viciosas que dan golpes sinjistros en esa selva de Bondy, llamada la Bolsa, sino de las logradas entre los honrados negocios comerciales é industriales de la antigua Francia. Era bastante sólida para resistir los más feroces combates.

Santiago Bresson gozaba, como su hermano Noel de universal aprecio.

La intimidad de los dos era notoria. Pasaban, con razón, por los hermanos Siameses de la Banca.

Su constitución era robusta y le prometía largos años de vida.

En fin, para colmo de dicha, el barón Santiago tenía una mujer de ingenio y hermosura sorprendente, y nada ignoraba que el amor había sido el fundamento de su eulace.

El duque de Vaudrey había tenido al menos la delicadeza de la discreción, que no es frecuente.

Los dos esposos pasaban por modelo de matrimonios. Luisa había sabido conservar intacta su reputación.

La noticia de la catástrofe, que cayó como un rayo, sorprendió á todo el mundo.

Se entrevió un misterio, quizás un drama; pero ¿cuál?

A las seis de la mañana se dió la voz de alarma á los moradores de la calle de Messine.

Véase como:

Los dos hermanos eran muy trabajadores.

Todas las mañanas, á las seis en punto, el aynda de cámara de Santiago Bresson llamaba indefectiblemente á su puerta.

Este criado era un licenciado del ejército y cumplía con exactitud su cometido.

Diez años más joven que su amo, era también bretón, pero bretón de pura sangre, nacido en el mismo castillo de Scaer, en casa de los Bresson, donde su padre, el anciano Cleguer, administraba la hacienda de los banqueros.

El criado se llamaba Juan-Maria, nombre frequentísimo en Bretaña.

Juan-Maria adoraba á sus señores.

Por ellos se hubiera dejado cortar piés y manos.

La amistad de los Bresson y los Cleguer databa de larga fecha.

Unos y otros eran fruto del Morbihan, testarudos,

honrados y leales, valientes é incapaces de la infidelidad más pequeña.

Los Bresson eran los amos y los Cléguer los criados; pero, sin dejar de guardar las conveniencias se entendían á media palabra, y tenían confianza mutua, seguros los Clégues de que los millonarios jamás los abandonarían, y ciertos éstos de la adhesión y fidelidad de sus servidores.

En suma, los Cléguer se consideraban como de la familia, con razón sobrada.

Ahora bien, Juan María estaba zeceloso, y su recelo no databa de la víspera.

Juan María tenía la vista perspicaz del basilisco y ciertas frases de Luciana, cuando bromeaban juntos, le habían hecho aguzar el oído.

Había, además, que Luisa Renard, encontraba con frecuencia en las soledades de Scaer y Langon al hermoso duque de Vaudrey, que no le inspiraba confianza.

El duque jamás había podido captarse las simpatías del leal servidor.

Y, para decirlo todo, Juan María tampoco había visto con gusto el matrimonio de su amo con la hija del coronel.

¿Per qué?

No podía explicárselo.

Juan María sentía, respecto á la deslumbradora rubia una aversión parecida á la que algunos tienen á los ratones y arañas.

Una aversión instintiva.

Guárdabase, sin embargo, de manifestarla.

Ningún criado le ganaba en corrección en su servicio, y se veía obligado á reconocer que la baronesa no daba el menor motivo de censura.

Parecía impecable.

En la mañana del asesinato, Juan María Hamó puntualmente á la puerta.

No obtuvo contestación.

Ya conocemos la causa.

Volvió á llamar algo más fuerte.

Igual silencio.

Esto era muy singular, teniendo en cuenta que el amo se levantaba ordinariamente antes que el criado.

Juan María supuso que el barón se había fatigado en el viaje de la víspera, y le concedió media hora más de descanso.

Cuando volvió, tampoco obtuvo respuesta y decidió á entrar en el dormitorio.

Le aguardaba un desconsolador espectáculo.

El barón, completamente vestido, estaba echado en el lecho.

A primera vista podía creérsele dormido.

Pero luego, la lividez de su rostro y sus ojos vidriosos desmesuradamente abiertos, causaban espanto. El bretón era de sólido temple.

Se aseguró de que el barón estaba muerto, y no dió un grito.

Después de mirar atentamente á su amo, de examinar la habitación, de ver el arma caída junto al cadáver, de considerar las circunstancias de aquel fin increíble en un hombre dichoso, Juan María,

consternado, pero tranquilo, salió de la habitación, cerró cuidadosamente las puertas, atravesó al jardín común á las dos casas y se fué derecho á la habitación del hermano mayor.

Noel hacia una hora que estaba levantado.

Juan María le halló solo.

El rostro del criado estaba, sin duda, muy expresivo, porque el banquero le preguntó vivamente:

—¿Qué hay?

—Una desgracia,

—¿Qué dices?

—Una desgracia inaudita, increíble.

—¿De qué se trata?

—Apenas me atrevo á decirlo.

—¡Habla, por Dios.....Santiago!.....

—¡Ha muerto!

—¡Muerto!

—Se ha matado.

El barón quedó tan lívido como el cadáver de su hermano.

—¡Imposible!—murmuró.

—Demasiado cierto, señor barón.

—¿Pero cómo?

—Eso es lo que no se me alcanza, y por eso vengo á avisar á usted antes que á nadie.

—¿No has dicho nada?...

—A nadie.

—¿Tampoco á mi cuñada?

—A esa menos—dijo el bratón con mirada singular.

El barón comprendió su pensamiento.

El licenciado supo á la baronesa, ídolo de Santiago, mezclada en el asunto.

El banquero nada dijo y permaneció un minuto anonadado por el desastre.

Un inmenso dolor le acongojaba.

Santiago era para él todo cuanto los demás hombres aman en el mundo: mujer, hijos, familia.

Aquel hombre de aspecto severo y frío, aquella máquina de cifras y cálculos, no tenía en todo su ser más que un punto vulnerable: el fondo del corazón donde aquel grande y puro amor se había reconcentrado.

Justamente allí había sentido el golpe.

Al propio tiempo, como el leal Juan María, y mejor aún que el buen bratón, presentía con agudo entendimiento, un secreto horroroso, un drama desconocido, cuyas ocultas causas escapaban á su penetración.

—Vamos,—dijo disponiéndose á seguir al criado.

Juan María volvió en compañía de su amo por donde había venido.

Los dos hombres hallaron en el jardín y en el vestibulo de la casa, á varios criados que iban y venían á sus quehaceres, ignorantes de lo que ocurría.

Nadie sabía nada.

El barón Noel permaneció mucho tiempo ante el cadáver de su hermano, procurando averiguar el secreto que con él bajaba al sepulcro.

Santiago no se había suicidado.

Noel no lo creyó un instante.

Su hermano era un buen católico, y fuerte para soportar las adversidades, como el más esforzado.

Noel además, estaba seguro del cariño de su hermano, el cual jamás hubiera adoptado tal resolución sin revelar el motivo.

Sin embargo, era grande la perplejidad del banquero.

¿De donde venía el golpe?

—¿Quién lo había dado?

—¿Por qué?

—¿A qué hora ha vuelto Santiago? preguntó al criado.

—Hacia media noche.

—¿Estabas con él?

—Volvíamos de Villiers. Don Santiago debía pasar allí la noche, pero cambió de idea.

—¿Por qué?

—Lo ignoro. Al llegar me ha mandado irme á mi cuarto.

—¿Qué aspecto tenía?

—El de costumbre. Hasta parecía bastante satisfecho.

—¿No has oído nada?

—Nada.

—¿No has visto nada?

Juan María hizo un gesto negativo.

—¿Sospechas de alguien?

—No.

—Me ha parecido que desconfiabas de Luisa.

Juan María apretó los labios y calló.

—¿Tienes algún motivo para desconfiar de ella? Juan María hizo un esfuerzo.

—¿Motivo? no—dijo.—Sólo si me permita usted hablarle con franqueza, creo que D. Santiago habría recibido algún disgusto por causa de la señora.

—¿Y por qué lo crees?

—Por nada. Es una idea.

—Bien. Es preciso que á nadie lo digas.

En un instante se decidió inquebrantablemente la voluntad del banquero.

Hasta entonces sólo había tenido un objeto en la vida: los negocios. Dejábanse llevar por la corriente, arrastrado por el vértigo del oro, y ocupado en eso de hacinar riquezas que causa fiebre y constituye, por decirlo así, la única pasión y el único resorto de las almas en que impera.

En adelante tendría otro objeto.

Posó sus labios sobre la pálida frente, fría como el mármol, de aquel hermano querido, parte de su ser, de la cual se separaba violentamente, y dijo:

—Sabré y castigaré.

Desde aquel instante su espíritu había de quedar tenazmente adherido á tal idea, con la tenacidad del campesino de Bretaña.

La antigua sangre que hervía en las venas de los Bresson no había degenerado en el transcurso de tantas generaciones.

Juan María estaba en pie, junto al lecho, aguardando órdenes.

Noel se volvió.

La habitación del muerto se hallaba decorada con severidad importante.

Estaba cubierta por tapices encastrados por negros marcos lustrosos como el ébano.

Sobre la chimenea había un solo retrato, frente á la alcoba en que yacía el cadáver.

El retrato de la madre de los Bresson.

Noel le contempló un momento é hizo á aquella mujer que había amado á los dos con idéntica tortura, una muda promesa: la de vengar aquel crimen y descubrir su autor, fuera quien fuera, sin acudir á los tribunales de justicia.

Y, como si aquella madre, que tan vehementemente los había amado, quisiera darle medios para su fin, Noel observó, mientras la contemplaba tiernamente, que bajo el marco del retrato, dejando apenas ver una línea blanca sobre el obscuro lienzo, asomaba un sobre hacia el cual se sintió atraído por misterioso impulso.

Aceróbase, extendió la mano y cogió el sobre.

Contenia estas palabras escritas por una mano agitada por la fiebre:

«A mi querido hermano Noel Bresson.»

Abrió temblando el sobre, y sacó de él una hoja de papel de cuadros doble que decía lo siguiente:

«Todas las donaciones hechas por mí á Luisa Renaut, mi mujer, quedan revocadas por causa de indignidad.

«Escrito, fechado y firmado de mi mano, en mi

casa, el 25 de Febrero de 1883, á las doce de la noche.

Santiago Bresson.»

El barón, lleno de estupor, permaneció inmóvil un minuto.

Juan María seguía aguardando sus órdenes.

Noel lo vió y volvió á la realidad de la situación.

Recobró su sangre fría, dobló el papel, lo volvió á encerrar en el sobre y lo guardó en su cartera sin, decir una palabra.

Y dirigiéndose á Juan María:

—Dí á mi cuñada que haga el favor de venir en cuanto pueda.

El criado iba á salir.

El barón le detuvo.

—Sin decirle nada más, añadió poniendo el dedo sobre los labios.

El barón acababa de ver claro.

Luisa, aquella mujer á quien idolatraba por amor á su hermano, dueña de toda su amistad y soberana absoluta en aquella casa, había faltado á sus deberes.

No podía dudarlo.

Aquella carta, confiada por Santiago á su madre que la había entregado puntualmente, decía en su sencillez todo lo necesario.

El «por causa de indignidad» era una acusación demasiado clara que el muerto, amante como nadie de la justicia, no hubiera formulado de no tener pruebas evidentes de la falta.

Pero esta revelación aumentaba precisamente las dudas del barón.

Santiago, herido por un golpe terrible, al sorprender, por ejemplo, en su casa, la prueba de la traición de Luisa, ó á su cómplice en persona, había podido perder la razón repentinamente, teniendo en cuenta la adoración exclusiva, que, en su ciega pasión, sentía por la criminal esposa.

Quizá se había suicidado.

Pero esto era inverosímil.

Ncel no comprendía esta debilidad en su hermano; mas, por otra parte, su equidad le impedía acusar á los culpables y sobre todo, á castigarlos sin pruebas precisas, mientras conservase un átomo de duda.

Esta duda tenía que disiparse. Quería prueba plena.

El castigo sería tanto más terrible, cuanto más completa fuese la certidumbre del delito.

Hasta adquirirla era preciso disimular, adormecer á los culpables en la esperanza de salir impunes y dejar que se vendicasen ellos mismos con sus propias imprudencias.

Estas reflexiones las hizo el banquero en un segundo.

Esperando á Juan María, estudió el aspecto de la habitación, para conservarlo indeleble en la memoria.

No presentaba ninguna huella de lucha.

La baronesa todo lo había previsto y arreglado con maravillosa sangre fría.

Santiago conservaba la levita abrochada como de costumbre. El paño solo presentaba dos pequeños agujeros enrojecidos por un poco de sangre seca.

La pistola descargada era de las que solía usar algunas veces, pero el barón no podía explicarse la existencia de los dos revólvers cargados.

Parecióle, además, al abrir ciertos cajones, que habían sido registrados minuciosamente, sin tiempo para arreglar el desorden, y tembló al pensar que el papel que había guardado en su cartera era acaso el objeto de las infructuosas pesquisas.

Pero, si estas indagaciones y reflexiones probaban la culpabilidad de la hija del coronel, nada aclaraban respecto á su cómplice.

Lo importante del asunto quedaba, pues, rodeado de obscuridad impenetrable.

Dejóse, por fin, de reflexiones; corrió las cortinas de la alcoba para ocultar por de pronto el cadáver á la baronesa, y esperó su venida con la cabeza entre las manos, hundido en una ancha butaca.

No debía aquella tardar en presentarse.

Un ligero ruido de ropas en la alfombra del salón inmediato sacó al barón de sus meditaciones.

Hinchósele el pecho. Iba á empezar la lucha.

Luisa se detuvo en la puerta. En su rostro aparecía una sonrisa que debió costarle terrible esfuerzo.

—¿Eres tú, Ncel, quien me llama? dijo. Creía que que era mi marido. ¿No ha vuelto todavía?

El banquero eludió la pregunta.

—Dispensa que te moleste, dijo. Tengo que hablarte, y el asunto es gravísimo.

—¿Gravísimo? exclamó la baronesa con viveza. No te comprendo. ¿Qué puede ocurrir? ¿Se trata de dinero?

—No.

—¿Pues de qué entonces?

Hablaba tranquilamente, como llena de curiosidad por una visita inesperada, pero serena, y dueña de sí misma.

Su aplomo desconcertó al banquero, que llegó á pensar que acaso ignoraría la desgracia.

—¿No has ido á Villiers con Santiago? añadió la baronesa.

Villiers era una magnífica propiedad de los dos hermanos en Seine-et-Marne, entre Corbeil y Melun.

—No, dijo Noel. El se ocupa de las tierras, como sabes. Yo estoy siempre en la brecha.

—Quería acompañarle; pero me ha negado ese gusto.

—Porque no te fatigases. El campo no tiene ahora ningún atractivo.

El banquero la examinaba con penetrante mirada.

Imposible comprender ningún indicio en aquella máscara hermosa y fresca. Ninguna turbación. Solo alguna inquietud en sus ojos; inquietud que se explicaba naturalmente por la visita matinal de que era objeto.

—¿No me dices á que vienes? preguntó Luisa.

—Cierto. Estoy muy turbado.

—¿Tú?

—Sí, yo.

—Me extraña.

Ha ocurrido un..... accidente que me consterna. Lo confieso.

—¿Es posible?

—¡Ay!

Explicata. Me das miedo.

—¿Amabas á tu marido, Luisa?

—¿Lo dudarías?

—El, te adoraba. Todo lo eras para él, su orgullo, su alegría....

—Y espero serlo mucho tiempo.

—¿Quién sabe?..... La vida tiene inesperados revesses.

—¿Qué quieres decir?

—Debes figurarte que no habré venido á molestarte sin causa.

—¡Explicata, por Dios! Tus enigmas me matan.

—¿Qué hay? ¿Alguna desgracia?

—¡Ay, sí, irremediable!

—¿Pero, ¿qué es? exclamó. Dime la verdad, por horrible que sea. ¿Ha muerto acaso Santiago?

—Luisa, valor.

—Valor, pues ya lo tengo.

—Se ha suicidado.

—¿Suicidio!

—Sí.

—¿Dónde está?

—Cerca de nosotros.

—¡Ah!—dijo Luisa abalanzándose al lecho cuyas cortinas descorrió bruscamente el banquero.

La baronesa retrocedió.

Hubo entre los dos cuñados una escena muda, pero horrible.

El mayor de los Bresson como un juez, hundía su mirada en los ojos de la joven, colocada ante su víctima.

Buscaba un grito, una confesión, un desmayo, que fuesen para él una revelación.

Pero las facciones de Luisa sólo expresaron la desolación más espantosa.

Cayó de rodillas, apoyó la cabeza en el lecho, y Noel la oyó murmurar entre sollozos:

—¡Oh, Dios mío, Dios mío,

Cuando se recobró de aquella postración dolorosa, el barón la esperaba sentado en un diván y la atrajo á su lado:

Entonces le habló con dulzura.

—¿Nada te hacía presumir esta desgracia?

—Nada.

—Santiago era dichoso ayer.

—Sí; ó al menos parecía.

—Yo—siguió el barón—no le conocía ningún pesar...¿Y tú?

—Ninguno.

—¿Te confiaba sus más ocultas ideas?

—No, puesto que me ocultaba este proyecto.

Aumentó el llanto de Luisa.

—Es un mal que no tiene remedio—continuó Noel. Si lo tuvieses lo hallaríamos en nuestro común afecto. Eramos tres, Luisa; en adelante sólo seremos dos. Espero que nuestra unión permanecerá inquebrantable como antes de este terrible golpe. Esta prueba servirá para afirmarla. No comprendo la causa de su extraña resolución. Sólo puede explicarse por un acceso de locura.

Se encargó de todo lo relativo á las ceremonias fúnebres; se prometió engañar á las gentes y mostró grande afecto á la joven viuda, cuyo dolor no tenía más límites que el reconocimiento que aquella había prometido á Luciana.

Noel no dejó traslucir la menor sospecha ni pareció dudar de que el trágico fin de su hermano era debido á un rapto de locura.

Aquel mismo día el duque de Vaudrey, al examinar un periódico de la mañana, pudo leer con reconcentrada alegría esta breve noticia:

«La gente de negocios ha sabido con asombro profundo en la mañana de ayer, la muerte tan repentina como inesperada de uno de los próceres de la banca seria, de la que negocia con los buenos comerciantes é industriales. Nos referimos al barón Santiago Bresson, el menor de los dos hermanos Bresson, cuyo abuelo fué proveedor de los victoriosos ejércitos del primer imperio.

«Se le ha encontrado muerto en su lecho á eso de las siete, cuando su criado fué á despertarle, según tenía por costumbre.

«El fallecimiento debió ocurrir á las doce de la noche.

«Nadie, en la suntuosa casa que el banquero ocupaba en la avenida de Messina, cuya causa ha debido ser un aneurisma.

«El barón contrajo matrimonio hace unos siete años con la hija del valiente coronel Renaud, muerto en Sedan.

«Fué un enlace por amor, justificado por la irresistible hermosura de la que, á pesar de su modestia, siempre ha sido llamada después la hermosa señora de Bresson.

«Se asegura que el marido, que la adoraba, le ha legado por testamento, la mitad de sus bienes, cuya cifra no podemos precisar por ahora. Personas bien informadas afirman que debe ascender á unos treinta millones.

«La joven viuda está inconsolable.

Huberto de Vaudrey se alivió de un peso enorme.

Había desaparecido toda sospecha.

La tierra iba á cubrir á la vez el crimen y la víctima.

Casi al mismo tiempo recibía un billete de dos renglones traído por Luciana.

«Ningún peligro—decía la esposa.—He sufrido un interrogatorio. La crisis ha pasado. Prudencia y misterio, todo ha concluído.—Tuya.»

A los cuatro días la baronesa halló ocasión de dar una cita á su amante, por la noche en Cours-la Reine.

Se hallaron junto al puente de los Inválidos, en las inmediaciones de unos solonchales donde se verificaban en verano los conciertos del Jardín de Paris, al extremo de la Avenida de Antin.

Luísa Renaud, de luto riguroso, estaba más seductora que nunca.

Dijo al duque que el barón Noel la manifestaba igual cariño que antes; que no oponía objeción alguna á sus derechos á la donación de su marido, donación que conocía perfectamente porqué entre los dos hermanos no había secretos; que el banquero le había propuesto, conforme á la voluntad manifiesta de Santiago, la indivisión de todos los bienes, como en vida de los dos hermanos; que él se encargaba de todo para evitarle la molestia de la administración, al menos mientras permaneciese viuda, pues le había declarado con suma delicadeza, que, á su juicio, era demasiado joven para condenarse, á pesar de su dolor á soledad perpetua.

Todo marchaba, pues, perfectamente bajo un cielo sin nubes.

Los dos amantes se pusieron de acuerdo y trazaron el plan de su futura conducta.

La baronesa se mostró más apasionada, el duque más caudadoso y sombrío.

La manifestó que debían tener suma reserva é imponerse por prudencia una separación momentánea; confió á su amante que desde la noche fatal, Paris le parecía insoportable; que tenía necesidad de cambiar de aires y que en cuanto mejorase el

tiempo, se iría á su castillo de Luagon, en Bretaña; que sus asuntos estaban en tan mal estado que habia confiado su arreglo á su notario, y se veía comprometido á hacer las economías necesarias mientras llegaba la época en la cual pudieran casarse.

La Bretaña atraía á la joven viuda.

¿No era en ella donde se habian conocido?

¿No era en las landas de Scaer donde habian principiado sus novelescos amores?

¿No podría el duque venir á París con cuanta frecuencia quisiera, y no se reunirían en el Morbihan durante el verano, sin inspirar sospechas, puesto que Scaer; Pielau y Laugou estaban inmediatos?

Al contrario, la intimidad de los dos amantes podía así hacer crecer y desarrollarse del modo más natural.

Allá, en fin, en aquella comarca salvaje, creía la baronesa que el duque sería más suyo que en París, donde le inspiraban recelos las demás rivales.

El proyecto de retirada de su amante la causó alegría.

Repitióle su frase de una noche fatal.

—Te adoro y nada nos separa!

Al separarse estaban completamente de acuerdo.

A la misma hora, el barón Noel, el conde Hugo de Pielau y Renaudét conferenciaban en el despacho del banquero.

El barón leyó á sus amigos la última voluntad de su hermano que él solo conocía.

—Señores—dijo,—Luisa Renaud tenía un amante y mi hermano ha sido asesinado. Incumbencia nuestra es descubrir á los asesinos y juzgarlos.

VII.

PLELAU, SCAER Y LAUGOU.

El camino de Rennes á Ploermel, que llega hasta el confín del Morbihan, atraviesa un país agreste, casi completamente deshabitado en un trayecto de siete ú ocho leguas.

El centro de esta considerable extensión lo ocupan por completo tres posesiones, que harían las delicias del parisien más amante de la caza.

Los pescadores de caña podrían también sumergirse allí en un verdadero océano de gooses, porque las lagunas son tan frecuentes como los bosques y matorrales y multitud de arroyos, con honores de ríos, el Gaer, el Oyon, la Seille y otros muchos, llena la lenda de estanques llenos de peces.

Estas posesiones se llaman Pielau, la finca del conde Hugo; Scaer, tierra solariega de los Bresson, y Laugou, el mejor castillo de los duques de Vaudrey.

Pielau, Scaer y Laugou están como los tres piés de unas trébedas, según la expresión local, á tres leguas próximamente el uno del otro; pero Pielau

tiempo, se iría á su castillo de Luagon, en Bretaña; que sus asuntos estaban en tan mal estado que habia confiado su arreglo á su notario, y se veía comprometido á hacer las economías necesarias mientras llegaba la época en la cual pudieran casarse.

La Bretaña atraía á la joven viuda.

¿No era en ella donde se habian conocido?

¿No era en las landas de Scaer donde habian principiado sus novelescos amores?

¿No podría el duque venir á París con cuanta frecuencia quisiera, y no se reunirían en el Morbihan durante el verano, sin inspirar sospechas, puesto que Scaer; Pielau y Laugou estaban inmediatos?

Al contrario, la intimidad de los dos amantes podía así hacer crecer y desarrollarse del modo más natural.

Allá, en fin, en aquella comarca salvaje, creía la baronesa que el duque sería más suyo que en París, donde le inspiraban recelos las demás rivales.

El proyecto de retirada de su amante la causó alegría.

Repitióle su frase de una noche fatal.

—Te adoro y nada nos separa!

Al separarse estaban completamente de acuerdo.

A la misma hora, el barón Noel, el conde Hugo de Pielau y Renaudét conferenciaban en el despacho del banquero.

El barón leyó á sus amigos la última voluntad de su hermano que él solo conocía.

—Señores—dijo,—Luisa Renaud tenía un amante y mi hermano ha sido asesinado. Incumbencia nuestra es descubrir á los asesinos y juzgarlos.

VII.

PLELAU, SCAER Y LAUGOU.

El camino de Rennes á Ploermel, que llega hasta el confín del Morbihan, atraviesa un país agreste, casi completamente deshabitado en un trayecto de siete ú ocho leguas.

El centro de esta considerable extensión lo ocupan por completo tres posesiones, que harían las delicias del parisien más amante de la caza.

Los pescadores de caña podrían también sumergirse allí en un verdadero océano de gooses, porque las lagunas son tan frecuentes como los bosques y matorrales y multitud de arroyos, con honores de ríos, el Gaer, el Oyon, la Seille y otros muchos, llena la lenda de estanques llenos de peces.

Estas posesiones se llaman Pielau, la finca del conde Hugo; Scaer, tierra solariega de los Bresson, y Laugou, el mejor castillo de los duques de Vaudrey.

Pielau, Scaer y Laugou están como los tres pies de unas trébedas, según la expresión local, á tres leguas próximamente el uno del otro; pero Pielau

la menos suntuosa de las mansiones, domina por su posición á las otras.

Es también la única construida á la entrada de un pueblo bastante grande; sus vecinas se alzan, por decirlo así, en el desierto.

Scaer está formado por una imponente agrupación de edificios monumentales, continuamente aumentada por la creciente fortuna de los años. El castillo afecta estilo del Renacimiento.

El antiguo Bresson, proveedor de Napoleón I, lo construyó hacia 1790, en el lugar de la casa nativa. Como á su esma la fiebre, volvió á morir á Bretaña. Sus hijos aumentaron la propiedad en cuantas ocasiones se presentaron.

Langou se remonta al tiempo de Luis XIV. Marmont formó sus planos. El duque de Vaudrey, que sólo gustaba de París y de casinos, juegos, caballos y mujeres, lo tenía abandonado; pero la señorial mansión resistía los embates del tiempo, y se sostenía á pesar de la inercia de su propietario.

Plelau, comparada con las otras dos residencias es una simple casa, pero grandiosa, señorial, con una torre cuadrada de granito, resto de antiguas construcciones, levantada sobre un montículo cubierto de robles seculares, á la izquierda de la colina en que se asienta el pueblecillo de Plelau, y conservaba con el piadoso cuidado de quien honra el recuerdo de sus antecesores.

La vieja torre almenada, con su techo cuadrangular, da frente á la iglesia y domina como un observatorio toda la comarca.

Desde la plazoleta en que se juega se divisa vastísimo horizonte. La vista, pasando por una extensión inmensa de landas, pantanos, llanuras y bosques ondulantes como la mar alborotada, llega hasta las cumbres de Lanvaux y de Kerdröguen á sesenta kilómetros de distancia.

Dos puntos se destacan sobre el fondo de aquella interminable serie de valles y colinas; los bosques que rodean los castillos de Langou de Scaer.

Las tres haciendas son dirigidas durante la ausencia de los dueños, por tres administradores, personajes verdaderamente importantes en la comarca.

Estos administradores, á modo de virreyes, cortan y siegan á su antojo, nombran guardas y empleados, eligen los peones, y, en una palabra, disponen libremente de las tierras, los bosques, los legos, las landas y la caza.

Se tratan, como es de suponer, de igual á igual y con la mayor cortecía.

El 10 de mayo del año en que aconteció en la noche del 26 de febrero la relatada catástrofe, el pueblecillo de Plelau celebraba la fiesta.

Era el día de «la romería», cosa de importancia extrema para un pueblo de Bretaña.

La romería ó *Pardon* es la asamblea normanda y la kermesse flamenca. Los bretones la llaman *Pardon*, porque nadie debe acudir á ella con malos pensamientos en el alma.

Es una especie de reconciliación universal; un general abrazo.

Así lo han hecho los antiguos en aquellas bravas tierras de granito, y los jóvenes siguen el ejemplo.

No quiere decir que se olviden allí las injurias en el sentido evangélico de la palabra, ni que no existan Judas; pero se disimula como en otras partes, y más de un morbihanés oculta su rencor con besos y apretones de manos.

Por otra parte, los odios son escasos en aquella brava tierra. Para un odio á muerte son necesarias muy graves ofensas.

Las cuestiones se dirimen pronto. Después de cuatro trempazos, los enemigos se abrazan y desocupan muchos vasos de sidra para restablecer la concordia.

Pero ¡Dios me valga! cuando se encona la herida y para el odio á mayores, no hay remedio que la cure ni poder que la contenga.

El bretón es tenaz como un dago, y se dejará partir por medio antes que soltar la presa.

Siempre conserva algo de corsario de las antiguas guerras, que sacrificaba sin dolor su barco acribillado de balas, próxima á irse á fondo, cuando el otro, el del inglés, se hundía deshecho por sus tremendos golpes.

Pielau no carece de encantos para los amantes de la naturaleza. Campea pintorescamente sobre la cumbre de una alta colina.

El país presenta un aspecto que las selvas normandas, fuera de la riqueza del suelo. Por todas partes árboles hasta el pântano lleno de alisos, sauces é islotes de juncos.

Parece una selva interminable, estéril y pobre, en que el suelo demudado á veces cambia el matorral en landa pedregosa.

El rey de Pielau era sin contradicción el conde Hugo, el amigo de los Bresson, el descendiente de los antiguos señores.

Pero el conde Hugo estaba en París contra su costumbre.

En su ausencia, para la solemnidad de la remesa, su anciano administrador, Lorenzo Rebec, se cuidaba de cumplir todos sus deberes.

Desde las diez, al primer toque de misa, estaba encendida su cocina.

Su cocina era la del castillo.

El anciano Rebec reunía los cargos de administrador y de mayordomo cuando el conde Hugo llegaba á la hacienda.

El buen hombre, con chaqueta parada, polainas, largos cabellos grises y aplastados caídos sobre las sienes, bajo el ancho sombrero enrojecido por el uso daba prisa á sus dos criadas.

—Ea, Gataul, una brazada de leña al fuego. ¡Vivol! ¡Vivol! Mas aprisa, Gertrudís. Que relusca todo como el oro, hija mía.

La cosa le merecía.

Terminada la misa, iban á tener á comer lo menos veinte invitados.

Primero los Cleguer de Scaer, las más íntimas y antiguos amigos, Cleguer padre y su hijo Coren-rino, hermano de Juan María, criado del varon San-

tiago, el mozo más gallardo y valiente de toda la comarca.

Esto era indiscutible.

Y rico, con lo que nada se pierde. Al servicio de los Brasson, el dinero no holgaba y la soldada era grande.

Y en fin de los Cleguer, la gente más honrada y más querida: serviciales y bondadosísimos.

Pero Corentino, que hubiera podido casarse veinte veces desde que volvió del servicio en el 6º de dragones, continuaba soltero.

Sin embargo, no lo hubiera despreciado ninguna muchacha.

Todas las de cinco á seis leguas á la redonda se volvian locas por Corentino.

¡Y esta tenía ya treinta años!

Más de cuatro se asombraban de su soltería.

Pero él tenía su idea y aguardaba. ¿Qué? En casa de los Rebec, bien lo sabian.

Por algo, bajo la vigilancia de su anciano padre, crecía en Plelau una hermosa muchacha.

Antes de florecer el trigo iba á cumplir Ivona Rebec, sus dieciocho años, época fijada para su matrimonio.

Todo estaba ya convenido entre los padres. Plelau y Scaer marchaban acordes, y el porvenir sonreía á los novios.

Juan María amaba á su hermano y detestaba el matrimonio. Vendría á vivir á Scaer como solterón cuando se retirase. Corentino tendría, pues, toda la hacienda, y en casa de los Rebec, Ivona, la her-

mosa Ivona, como la llamaban desde Plcermel y más lejos hasta Pipriat y Malestroit, no tenía hermanos.

No habria, pues, particiones.

Para ser justos, debemos declarar que estos cálculos, aunque interesantes, no preocupaban á los Rebec ni á los Cleguer.

Se agradaban y se querían, que era lo principal de todo.

No hacen falta grandes capitales para ser feliz en el corazón del Morbihan.

¿En qué podrian emplearse?

¡País dichoso!

El almuerzo, á que dos horas después habian de concurrir todos los amigos de Rebec, era casi una comida de esponsales.

Por eso el anciano administrador activaba á sus criadas, dos muchachas gruesas, bajas, moquetudas, rubias y coloradas.

—¡Animo, Catalina! ¡Animo, Gertrudis!—repetía á cada instante.

Y las dos criadas, se deshacían, removiendo caceroles, cuidando la olla que hervía en el hogar, y ensartando en el asador, largo como la espada del condestable de Guesclin, un rosario de patos y de pollos.

Estaban también invitados los Gueheanc, de Langou, amigos, aunque menos íntimos, que los Cleguer, colegas, á quienes habia que obsequiar más bien que otra cosa.

Cuan se cazaban los perros de Scaer, pasaban

por Laugou sin cuidarse de fosos ni vallados, y los Pleiau solían hacer lo mismo. La tolerancia entre vecinos es indispensable.

Da otra suerte á cada paso, surgen cuestiones.

Los tres castillos vivían en buena inteligencia, y en verano y en otoño, cuando estaban los señores, se trataban y habla recepciones interminables.

—¿Es cierto, preguntó Catalina, que el señor de Laugou está ya en tierra?

—Sí, lo han visto ya en la aldea muchas veces.

—¿Qué la traerá ahora?... Antes apenas se le veía—observó la otra criada.

—Laugou es una hermosa finca—dijo el viejo Rebec,—y si fuese mía no la dejaría nunca; pero el duque prefiere su París lo que no es muy prudente.

Y añadió, como hombre que sabe más de lo que dice, pero que se reserva:

—Allá se gasta el dinero aquí se economiza.

—También se gana en París—dijo Gertrudis, á quien tentaba el demonio de la codicia.—Ahí está Juan María, el criado del difunto barón. Es rico como un caballero. A menudo me decía que yo ganaría en París dos luises mensuales y no los cuatro mezquinos escudos que aquí nos da usted, mi amo.

—Pues vete allí, si el diablo te tienta—dijo el hombre; pero París es un centro de corrupción. En él se pierden el cuerpo y el alma.

Gertrudis calló, pero no quedó convencida. Soñaba con oro y grandezas.

Catalina sostuvo la conversación.

—¡Qué joven ha muerto el amo de Juan María!.... Juan María, según dice Corentino, que lo espera de un día á otro, está todo trastornado. En Scaer están haciendo preparativos. El barón Noel va á pasar allí parte del verano con la hermosa viuda.

—Ese sí que tiene el riñón bien cubierto—murmuró entre dientes Gertrudis dando cuerda al asador, máquina más complicada que un reloj de iglesia.

—¡Bah!—dijo filosóficamente Catalina,—por muy rico que sea ha de morir.

Las campanas de Pleiau repicaron en aquel instante.

—Apresurémonos, muchachas—dijo el mayordomo poniéndose de centinela en la puerta de su pabellón:—ya salen de la iglesia.

El pabellón de los Rebec, contiguo al castillo, se comunica con él por la cocina, sala monumental abandonada por el conde al cuidado del mayordomo.

Grupos de lilas, cítricos, saucos y avellanos lo cercan graciosamente y algún tilo secular le ofrece fresca sombra.

El pabellón tiene dos piezas á piso lleno y varias habitaciones en el superior, al que se sube por una escalera de piedra, defendida por un alero de gruesas pizarras.

Por las abiertas ventanas, se veía una larga mesa

llena de platos floreados y de jarras de barro ó de estaño que esperaban á los comensales.

La sala del fondo se destina á dormitorio y despacho del mayordomo. Ivona y las criadas tenían sus habitaciones en el piso alto.

Alegróse de repente el rostro de Rebec.

Acababa de distinguir al extremo de una calle de álamos y de hayas, dos parejas se dirigían hacia él.

Su colega Cleguer, con su mujer formaban la primera.

Cleguer era gordo y risueño, de ojos vivos y llenos de rústica malicia.

Su mujer Nicolasa, madre de Juan María y Corentino, era una buena anciana de pelo gris y arrugado cutis, cuya sencillez y bondad se traslucían en su agradable sonrisa.

Corentino Cleguer, que venía detrás de sus padres, con su prometida del brazo, era un tipo verdaderamente hermoso.

De cabello castaño, elevada estatura, nervioso y robusto con rostro simpático, hermosos dientes y mirada franca, parecía formado para agradar, y agradaba á toda el mundo, sobre todo, á las mujeres, á las viejas por bueno y á las jóvenes por guapo.

Miraba tiernamente á su compañera, cuya estatura dominaba.

Se le veía feliz y orgulloso por llevarla del brazo, y que nada tenía que envidiar á nadie en medio de su dicha.

Los lisonjeros murmullos que habían oído al salir de la iglesia resonaban en su alma.

Era, en verdad, una pareja magnífica.

Pero, así como Corentino iba radiante de gozo, la hija del mayordomo de Pielau parecía, mirada atentamente, algo triste para una novia satisfecha de su suerte.

Mientras Corentino le estrechaba las manos, bellas, finas y cuidadas como las de una marquesa, ella se dejaba acariciar con visible dejadez, como temerosa de ser vista.

Para un hombre menos apasionado, y por consiguiente, menos ciego, esta dejadez hubiera podido pasar por frialdad ó desabrimiento.

Ivona inclinaba la cabeza hacia el suelo de la avenida, de suerte que Corentino sólo veía su abundante cabellera castaña, que descendía en ondas rebeldes sobre sus hombros: los rizos la cubrían la frente hasta las cejas, más oscuras que el cabello.

Su boca, algo grande, pero roja como la sangre más pura, tenía melancólica expresión, un tanto desdefiosa, como si la hija de los servidores de Pielau no estuviese satisfecha de su suerte y se elevase en alas de sus sueños á mayor altura; su recta nariz denotaba carácter dominante, y sus negros ojos, grandes y aterciopelados, constituían su principal belleza.

Quizá aquella dureza aparente provenía de algún secreto disgusto.

En suma, Ivona tenía una hermoçura notable y

seductora, mucho mayor de lo que podía presumirse en la casa de un mayordomo, en el interior de una aldea de la landa.

Su blanquísima piel era deslumbradora.

Vestía, no sin gracia, un traje negro de lana, pero de elegante corte: sobre el cuerpo, cubierto por un fichú de estambre blanco, un poco abierto en punta, aparecía desnudo el cuello, de admirable contorno.

Ivona llevaba en la mano su sombrero de paja, orgullosa sin duda, de sus cabellos, que dejaba sueltos sin querer ocultarlos.

De su actitud, de la curva de sus labios, de la altivez de su mirada, se deducía sin esfuerzo que conocía su hermosura ó que cuando menos la sospechaba.

Respondía con distracción á las palabras de Corentino, que le exponía sus proyectos y esperanzas.

Hay que decir que le creía un poco ligero.

Corentino era sin duda, un buen mozo, pero su educación resultaba poco completa: no sabía más que lo que había aprendido en la escuela de Scaer y en el regimiento. De inteligencia un poco torpe y puro fuego para los sentimientos, habría cumplido sus deberes militares, con exactitud modelo.

Jamás le habían impuesto un castigo.

Hábil en todos los ejercicios corporales y formado á lo atleta, ocultaba bajo aparente atrevimiento la timidez más grande, le daban miedo las muchachas.

Ivona, á quien desde niña conocía, gozaba exclusivamente del privilegio de hacer palpitar violentamente aquel corazón vigoroso.

Ella, por el contrario, se había educado en un convento de Rennes á espensas de su padrino el conde Hugo, con las delicadezas de la más distinguida señorita.

Sus compañeras, menos hermosas que Ivona, tenían nombres aristocráticos, ó eran hijas de magistrados ó de ricos de la comarca.

Sin enviarlas, porque Ivona era buena se entregaba, sin embargo, á comparaciones enojosas.

El porvenir que la esperaba la llenaba de pena. Veía á los hermanos, á los padres, y á veces á los novios de sus amigos en el locutorio, y pensaba que ella sería mujer de algún rústico como Corentino, de quien le hablaban muchas veces, quizá demasiadas.

Durante las vacaciones oía en Plelau murmullos lisonjeros; sorprendía gestos de admiración, miradas inequívocas en los huéspedes de su padrino, parisienses en descanso, los Bresson, Renaudet, y á veces en el más elegante vecino, en el duque de Vaudrey, cuyo castillo, en los buenos días de verano, brillaba ella abeja, al sol, entre matorrales y bosques, á tres leguas de su ventana.

¡Cómo en tales condiciones impedir que la imaginación de una muchacha vuele por los espacios! ¡Cómo predicarla una humildad imposible! ¡Cómo convencerla de la justicia de su suerte! ¡Cómo per-

suadirla de que sólo dentro de su condición podrá hallar la tranquilidad y la dicha!

Todos, incluso su padrino, el hombre mejor del mundo, contribuían con sus elogios á perderla.

Cuando iba á Plelau se enorgullecía de su desarrollo como si fuese cosa propia; la sentaba sobre sus rodillas por costumbre, y la llenaba de caricias sin advertir que, de niña, se iba convirtiendo en muchacha, y se extasiaba contemplando sus ojos de terciopelo negro, sus arqueadas cejas, su piel de raso blanco, sus incomparables cabellos, su talle flexible y delgado como un junco.

Le repetía sin pensar en lo perjudicial de sus palabras.

—¿Sabes, Ivona mía, que eres muy hermosa? ¡Qué vales más que pesas!

La joven no necesitaba que se lo dijeran: los espejos, las fuentes, y sobre todo las ardientes miradas que el duque le lanzaba siempre que la veía, se lo daban á entender claramente.

Y á medida que se desarrollaba, los encuentros con el duque iban siendo cada vez más frecuentes.

En el otoño anterior el duque pasaba con algunos amigos dos ó tres veces cada semana bajo el balcón de la pobre niña, y nunca se alejaba sin volverse y lanzarle miradas expresivas, que se clavaban en su corazón como dardos ardientes.

Y mientras, al volver de misa, Corentino balbuceaba frases que ella apenas escuchaba, el alma de Ivona estaba á tres leguas de allí, en el castillo

del duque, pensando que su castellano, que antes no solía ir sino á fin de septiembre para permanecer cinco ó seis semanas en Bretaña, estaba ya en su mansión, y hacia ya quince días que pasaba diariamente por delante de su casa, gallardamente montado en una jaca alazana.

Pensaba en las ardientes y significativas miradas del galán, pensaba en el billetecito que le quemaba el pecho como un hierro candente y en que haciendo tan buen día, no dejaría de concurrir el duque á la fiesta de Plelau, montado en su elegante jaca.

Esto la distraía de tal modo, que al fin lo advirtió Corentino.

—¿En qué piensas? le dijo interrumpiendo sus declaraciones y apretándole el brazo.

Ivona se puso roja como una cereza y respondió:

—¿Yo? en nada.

—No me escuchas.

—Sí.

—¿Qué es lo que te decía?

Ella encogió los hombros y el fichú de estameña se elevó sobre su blanco seno.

—¡Oh! ¡qué me amas! ya lo sé, pues todos los días me lo repites.

Parecía, á decir verdad, bastante cansada de aquella declaración prevista.

—¡Sí, te amo! repitió Corentino. ¡Te amo hace mucho tiempo y te amaré mientras viva!

—Comprendido, dijo ella procurando sonreír y viviremos como nuestros padres en esta casa ó en

Soaer, administrando los bosques, estanques y granjas. Yo tengo buena letra y llevaré divinamente los libros; convidaremos á nuestros amigos el día de la fiesta y seremos felices, muy felices en nuestra aldea.

Había su dejo de ironía en estas palabras dichas rápidamente, pero pasó sin que Corentino lo advirtiese.

A cualquiera, en su lugar, le hubiese sucedido lo mismo.

Por toda respuesta se inclinó sobre los cabellos de Ivona y los besó suavemente.

Una carcajada estridente le hizo levantar la cabeza.

Una mujer de treinta años, pálida, flaca, demacrada, vestida de harapos, estaba apoyada en el tronco de un aliso.

—¿Eres tú, Juanilla? dijo Corentino.

—Buenos días, señores novios, dijo la mujer con voz cascada.

Era una pobre joven de Plelau que había perdido el juicio.

Vagaba día y noche por los alrededores; y vivía de una pequeña renta en una casa ruínosa. Nadie la maltrataba. Al contrario, en todas partes la recibían con compasión, casi con respeto.

—Cuida tu gallinita, siguió dirigiéndose á Corentino. Los gallos cantan en Langou como en Soaer y en la Gacilly, como en Plelau, buen mezo. Y la chiquilla vale la pena. Alerta, pues, y buen garrote de acebo para defenderla.

—Vámonos, dijo Ivona apresurando el paso. La loca volvió á lanzar su carcajada siniestra. No se movió, y los miró alejarse cantando con voz quejumbrosa:

Esta noche en la espesura
á los duendes he seguido,
que en un féretro metido,
se llevaban á mi amor.

¡Lará, laró!

Yo á los quince era un primor.

¡Lará, laró!

Como á Pedro, duendecicos,
como á Pedro me llevad.

Su historia era muy triste.

Su padre, aldeano avariento, había adquirido algunas pobres heredades que podrían rentar cincuenta escudos, lo cual es algo en el fondo del Morbihan.

¡Era rica!

Amaba á un soldado pobre, rechazado por los padres. No era digno de la opulenta heredera.

El soldado se hizo matar.

La muchacha se volvió loca, tonta, como se dice todavía en Bretaña.

Y nada más.

Ivona quedó desagradablemente impresionada.

Por fortuna hubo un motivo de distracción.

Un carricoche arrastrado por un jacucho pido

y lleno de lodo hasta los corvejones, entraba en la avenida entre una tempestad de latigazos.

Eran amigos, los Caudan, de Brignac.

Luego llegaron unos primos, los Ploemeur de Baugeou, luego otros, y por fin, cerrando la marcha, los vecinos de Langou.

Casi todos los invitados estaban ya presentes al medio día.

Podían, pues, sentarse á la mesa mientras llegaban los demás. Al ver la mesa, el fuego de la cocina y las buenas cosas que había por allí, estalló el buen humor de los convidados.

Entre los campesinos bretones reina generalmente la cordialidad.

No escasean allí las gentes buenas.

Media hora más tarde, en el pabellón de los Rebec, como en todo Plelau, parientes y amigos, celebraban la fiesta con ardor.

El pan y viandas que se consumen en un día de romería, no se pueden calcular. Las artesas y toneles de la parroquia se vanan por completo, pero es á calidad de compensación.

Un buen moribánés se estaría seis meses á pan y agua antes que quedar mal en semejante ocasión.

Los Rebec, á Dios gracias, para obsequiar á sus amigos, no necesitaban ayunar. Lo casa estaba bien provista de todo. No escaseaba la harina y estaba lleno de aves el corral.

Estaban en los postres cuando estalló un grito de

alegría. Se había presentado un nuevo forastero, pero no vestido al uso del país. Sin su cara sonrosada, guarnecida de dos cortas guedejas, se le hubiera tomado por un elegante parisien.

Pero era un criado de buena casa.

—¡Juan María! gritaron todos á una voz.

En efecto, era él.

—Es la romería, dijo, y vengo por mi parte.

Corentino se había levantado y abrazaba á su hermano.

El parisien dió vuelta al rededor de la mesa, y al llegar á Ivona:

—Buenos días, hermanilla, dijo, besándola en las dos mejillas.

El corazón de la pobre muchacha se achicó.

¡Su hermana! Aun no lo era; pero comprendía que se acercaba el instante crítico y la inevitable explicación.

Intenso rubor teñía á veces su semblante, y luego quedaba tan pálida como un fichú.

Era como el flujo y reflujo del mar, cuando la ola se retira, para volver con ímpetu mayor.

Corentino estaba al rojo carmesí, pero de placer.

Presentía que el banquete no podía terminar sin alguna solemne declaración. Y ni uno de los concurrentes pensaba retirarse sin formal invitación á otra comida de bodas que haría época en el país.

Juan María se había sentado junto á Ivona.

De pronto la sintió estremecerse, como si súbita congoya la hubiera apretado la garganta al llegar el momento fatal.

El padre de Corentino y de Juan María, el anciano Cleguer, acababa de levantarse con la copa en la mano.

La linda joven de Plélau daba verdaderamente con pasión; pero su actitud podía explicarse por los sobresaltos del pudor.

Los ojos del viejo Cleguer lanzaban maliciosos chispas.

Los fijaba en Ivona; que no sabía donde esconderse, espantada como una perdiz bajo el vuelo circular del azor.

—Es preciso aprovechar la ocasión, dijo Cleguer, y matar dos pájaros de una pedrada. Brindo á la salud de los jóvenes, y si, como supongo, están de acuerdo, puede fijarse el día de las bodas. Cuanto antes, mejor.

Estas palabras fueron acogidas con un murmullo de satisfacción.

La banda de los Guéneuc, de los Caudan y de los Plémeux, grandes y pequeños, opinaron lo mismo para su colete.

Las jóvenes vieron en halagüeña perspectiva sayas nuevas, delantales de seda y gorros de encaje. Los viejos, comilonas, placer de la edad avanzada.

Toda la reunión miró á los novios.

Corentino estaba radiante como un girasol.

Ivona con la cabeza inclinada sobre el plato.

—¿Qué dices? le preguntó el ex-dragón.

—Sí, ¿qué dices? repitió el viejo Cleguer.

Ivona no respondió.

Vaga inquietud corrió en derrador de la mesa, como un vientecillo de tempestad.

—Tú has de decidir, le dijo afablemente su padre. Aquí nadie quiere torcer tu voluntad.....

—Ivona, dijo á su vez Juan María, Corentino te espera hace diez años. ¿No querrás desairarnos?

Ivona se decidió, no sin trabajo, á levantar los ojos. Los de la concurrencia, fijos en ella, le causaban indecible malestar.

—No, murmuró, no os desairo; pero más tarde, aún no.....

Si á Corentino le hubieran dado en la cabeza un puñetazo formidable, no hubiera sentido de seguro semejante conmoción.

Se creía en el puerto, y para él, aquella demora, porque indudablemente sólo se trataba de dar largas, era el desengaño más cruel.

—La vida es breve, Ivona, dijo; el buen tiempo no se debe perder.

—Te lo ruego, balbuceó ella, mirándole con ojos de súplica.

Y para acabarle de ganar.

—¿No somos ya felices? añadió? Un año se pasa pronto.

¡Un año! no contaba con esto, pero se tenía que resignar.

Estaba verdaderamente desolado, pero tuvo que tener valor.

—Quiero todo lo que tú quieras, dijo, pero este año se me va á hacer muy largo y espero que lo acertarás.

Juan María fruncía el ceño. El capricho de Ivona no le parecía natural.

Ivona sonrió.

El paso difícil estaba dado.

Había obtenido cuanto se proponía.

—Lo veremos, dijo fingiendo una alegría que estaba lejos de sentir. Dame el brazo, Corentino, y vamos al lugar.

La reunión se levantó con disgusto de la mesa.

La negativa de Ivona había producido mal efecto. La perspectiva de bailes, trajes y comidas se alejaba.

¿Podrían verla nunca tan cerca en aquella ocasión?

VIII

LA ROMERIA DE PLELAU.

Cuando los amigos de Rebec se dirigían por la calle de Hayas á la plaza de la aldea, el duque de Vaudrey paseaba lleno de melancolía por su parque de Laugou.

Si os es propicia la fortuna, pedidle que os dé una propiedad como Laugou, con el buen sentido para vivir en ella y gozar en ella en paz.

Laugou es un paraíso terrestre algo agreste quizás, pero paraíso al fin.

Ocupa tres leguas de extensión, lo que no por eso supone grandes rentas.

Con doce kilómetros de tierras en Sologne ó en la Lozère, se puede muy bien no tener que comer.

Laugou no es tan mezquino. Es escaso, pero hermoso.

Casa regia, bosques inmensos, estanques grandes como lagos, granjas pintorescas, de todo hay allí.

Sin embargo, se hastiaba su señor.

Desde la noche del veintitrés de Febrero, se sentía humillado y envilecido.

Noble, adulado, festejado, pródigo, pero seguro de reponer su fortuna vendiendo su título á alguna opulenta plebeya, no satisfecho con robar al barón Santiago, quitándole la mujer, le había asesinado con la mayor cobardía.

Por muy acorazada y elástica que se tenga la conciencia, tales remordimientos pesan sobre ella horriblemente.

El duque buscaba distracciones á aquella idea fija, que llegaba á ser una obsesión perpetua.

Se había refugiado en el fondo del Morbihan, esperando que la tranquilidad del campo devolvería la calma á su agitado espíritu.

Otro encanto le atraía además.

Recordaba la seductora figura entrevista en los años anteriores, y grabada en su alma, movable y caprichosa como tantas otras, y que con algunas semanas de posesión, le habría hastiado.

Ivona Rebec no podía inspirar una pasión duradera á aquel gastado corazón, pero podía distraerle

Juan María fruncía el ceño. El capricho de Ivona no le parecía natural.

Ivona sonrió.

El paso difícil estaba dado.

Había obtenido cuanto se proponía.

—Lo veremos, dijo fingiendo una alegría que estaba lejos de sentir. Dame el brazo, Corentino, y vamos al lugar.

La reunión se levantó con disgusto de la mesa.

La negativa de Ivona había producido mal efecto. La perspectiva de bailes, trajes y comidas se alejaba.

¿Podrían verla nunca tan cerca en aquella ocasión?

VIII

LA ROMERIA DE PLELAU.

Cuando los amigos de Rebec se dirigían por la calle de Hayas á la plaza de la aldea, el duque de Vaudrey paseaba lleno de melancolía por su parque de Laugou.

Si os es propicia la fortuna, pedidle que os dé una propiedad como Laugou, con el buen sentido para vivir en ella y gozar en ella en paz.

Laugou es un paraíso terrestre algo agreste quizás, pero paraíso al fin.

Ocupa tres leguas de extensión, lo que no por eso supone grandes rentas.

Con doce kilómetros de tierras en Sologne ó en la Lozère, se puede muy bien no tener que comer.

Laugou no es tan mezquino. Es escaso, pero hermoso.

Casa regia, bosques inmensos, estanques grandes como lagos, granjas pintorescas, de todo hay allí.

Sin embargo, se hastiaba su señor.

Desde la noche del veintitrés de Febrero, se sentía humillado y envilecido.

Noble, adulado, festejado, pródigo, pero seguro de reponer su fortuna vendiendo su título á alguna opulenta plebeya, no satisfecho con robar al barón Santiago, quitándole la mujer, le había asesinado con la mayor cobardía.

Por muy acorazada y elástica que se tenga la conciencia, tales remordimientos pesan sobre ella horriblemente.

El duque buscaba distracciones á aquella idea fija, que llegaba á ser una obsesión perpetua.

Se había refugiado en el fondo del Morbihan, esperando que la tranquilidad del campo devolvería la calma á su agitado espíritu.

Otro encanto le atraía además.

Recordaba la seductora figura entrevista en los años anteriores, y grabada en su alma, movable y caprichosa como tantas otras, y que con algunas semanas de posesión, le habría hastiado.

Ivona Rebec no podía inspirar una pasión duradera á aquel gastado corazón, pero podía distraerle

durante el corto plazo de aquella prudente retirada.

Habíase decidido, pues, á separarse de su cómplice, cuya vista le recordaba el infame atentado, y antes de salir de París, había ordenado á su notario el arreglo de su hacienda y el pago de los acreedores.

Si sentía cierta especie de repulsión hacia la mujer cuyo amor le había arrastrado impensadamente al crimen, la baronesa, por el contrario le amaba con más fuerza.

Diariamente le escribía largas cartas, llenas de minuciosos detalles y proyectos.

Aquella mañana acababa de traerle el cartero una escrita por los cuatro lados, mientras almorzaba solo y triste en el vasto comedor de roble ennegrecido por el tiempo, en cuyo centro parecía el duque un islote en el Océano.

La hermosa viuda le avisaba que vivía en la mejor armonía con su cuñado.

El banquero nunca le hablaba de su hermano, y procuraba aliviar, á fuerza de cariño, el dolor aparente de la que seguía llamando hermana.

No obstante su extraordinaria perspicacia, Luisa Renaud, creía sinceras aquellas muestras de afecto.

La carta contenía ardientes protestas de amor y mil juramentos de ser suya siempre.

Dentro de algunos meses podrían amarse sin secreto.

¿Quién podría censurarlos? ¿El mismo Noel, no

habría pensado para ella en un nuevo enlace? El mundo no exigiría que se condenase á prematuro aislamiento.

Y él, ¿no era libre para escogerla entre tantas como se enorgullecerían de llevar su nombre?

¡Qué extrañas son las pasiones!

A Luisa ni siquiera se le pasaba por las mientes que su conducta era infame.

La muerte de su marido no era para ella más que la desaparición del obstáculo que la separaba de su amante.

Su conciencia estaba muda.

El duque leyó varias veces la carta, paseando en sus sombríos bosques.

Luego la hizo pedazos y la esparció entre la maleza, entregándose á sus reflexiones.

Sentía decidida aversión á la baronesa.

Por muy escéptico que se sea, no es agradable hallarse continuamente cara á cara con quien tales recuerdos reavivita.

La carga de escrúpulos del duque era, á la verdad, de las más ligeras, pero hubiera dado diez años de su vida por recobrar su libertad y romper la cadena que le ataba á la baronesa.

¡Ay! ¡Si Chapuzat pudiera devolverle sus millonel

¡Con qué gusto hubiera vuelto á la pasada vida!

Pero necesitaba otra fortuna, y la de Santiago Bresson se le brindaba.

Aun tenía unos meses de espera, y tiempo tenía de avisar todavía.

Miró de pronto su reloj.

¡Las dos y media!

Ya habrían terminado los banquetes de la fiesta de Plelau, y las gentes estarían entregadas á las diversiones públicas.

Sacudió la cabeza como para alejar ideas importunas, se dirigió á las cuadras y dijo á un mozo que estaba en la puerta apoyado en una horquilla:

—Ensilla mi jaca.

—¿Hay que acompañar al señor duque?

—Si, que vaya Gib á buscarme.

—¿A dónde?

—A Plelau.

Gib era un mozo de cuadra, inglés, muy joven, de piernas delgadas y arqueadas como las costillas de un caballo de carreras.

A los cinco minutos, la jaca alzada, de dorado pelo y nerviosos corvejones, emprendió con acompasado y suelto galope el camino de Plelau, y su jinete pensaba con maligna sonrisa, que iba á ver á la linda muchacha, en la cual quizá no se hubiera fijado en París; pero en aquel fondo de flores y verdura escitaba violentamente su codicia.

Al acercarse al lugar moderó el paso.

Habíasele reunido Gib, embutido en su tubina azul con botones dorados, y se mantenía á respetuosa distancia.

Los retrasados, mujeres, ancianos y niños, pastores y leñadores acudían presurosos á la fiesta.

A tales solemnidades no suele faltar nadie.

Están arraigadas en los corazones, aunque hoy las antiguas costumbres vayan perdiéndose en Bretaña como en todas partes. Pero en Bretaña la desaparición es más lenta.

El bretón se aferra á la tradición y se resiste.

La plaza era pequeña para los concurrentes que afluyen por todas partes.

Los de Palmont se codeaban con los de Ruffiac. Las gorras de Bruc, se mezclaban con los sombreros de Comblesac, porque cada distrito tiene su tocado.

Los mozos de Fougeray, que son marrajos, tenían ocasión de tratar con las mozas de Plencardeuc, que son coquetas, y con las de Saint-Congard que se estarían seis semanas sin probar bocado antes que privarse de un delantal de seda.

La Bretaña es el país clásico de las cabezas duras, pero no hay romería en que no se rompa una media docena. Los golpes forman parte del programa: el vino los produce, pero no engendran rencillas. El Braton sobrio es un manso cordero.

A eso de las cuatro, la jaca del duque de Vaudrey mostró su fina cabeza en los alrededores de la iglesia.

La fiesta estaba en su apogeo.

Tres violinistas, subidos en toneles, rascaban de lo lindo. Lo que se bailaba no tiene nombre pero las piernas de los dos sexos, se movían con verdadera furia.

La plaza da por un lado al camino que conduce al castillo.

Esta entrada no tiene verja alguna, sino cuatro pilares de granito con gruesas cadenas.

El cuarto violinista se había colocado sobre uno de los pilares, y en torno de él se había agrupado abigarrada multitud á la sombra de las seculares hayss.

El duque distinguió, entre la turba de bailarinas á una joven vestida de negro, con fichú blanco crema.

Rodeando la compacta turba de aldeanos que al mirarle se llevaban la mano al sombrero, dirigióse el duque hacia la única calle de la aldea.

En medio de ella había un rótulo con una figura de animal que, á juzgar por la inscripción, «á los dos mulos,» debía pertenecer á la raza caballar.

La cuadra tenía un departamento especial para el dueño de Laugou, que dejó su cabalgadura á Gib y se dirigió á la plaza.

La gente se reunía en una tierra sin labrar que hay á espaldas de la iglesia.

Era la hora de las grandes emociones.

Iban á romper la rana.

Los habitantes de Montmartre y de Batignolles no conocen este juego.

A pesar del ferrocarril Brest, los boulevares de París están bastante lejos de las aldeas del Morbihan.

Romper la rana es una diversión local que se remonta á antiguos tiempos. Su sencillez, como ahora veremos, no puede ser mayor.

Dos vigorosos y decididos campeones se agarran á los dos extremos de un palo de serval; otros dos campesinos asen por las piérras á los anteriores y los levantan; detrás de ellos, las aldeas rivales, se asen en dos largas hileras.

Y empiezan á tirar.

Los campeones pasan del sonrosado al carmin, del carmin al violado y del violado al negro.

La serpiente se alarga indefinidamente por la cola. Las mismas caseras suelen acudir á tirar.

A veces, en un inmenso resbalón va al suelo una fila entera.

Pero si el que tiene el palo no suelta, continúa la lucha.

Se levantan y tiran á más y mejor. Tiran como para desouartizar á los pacientes y partíroslos por la mitad; pero se divierten mucho y no hay más que pedir.

Ante este espectáculo se suspenden los otros, como se pueden comprender.

Los violines callaban.

El grupo del camino se mezclaban en entusiasmada turba.

El señor de Vaudrey, siempre en acecho, observaba al grupo, y se dirigió hacia él.

Los bailarines se habían unido á los luchadores y tiraban enternizadamente, unos por Plelsau y otros por Scaer, los dos pueblos rivales.

El apellido de Scaer era Corentino Cleguer, el prometido de Ivona.

Los de Plelau debían llevar la peor parte. En torno de los combatientes formaban círculo mujeres, niños y ancianos.

La misma Ivona, encantada por el espectáculo, estaba en primera fila con su padre.

El duque fué á colocarse á su lado y después de algunos cumplidos al administrador del conde Hugo, aprovechó un instante en que las cabezas seguían ansiosas los esfuerzos de los luchadores estendidos como dos serpientes gigantes, y dijo: al oído de la joven:

Necesito ver á usted mañana, á las dos, en la Cruz de los Azules.

Ivona se quedó mas blanca que su fichá y no respondió.

Toda la sangre se le agolpó á su corazón.

El duque esperaba una mirada.

Los ojos de la infeliz permanecieron obstinadamente bajos.

Por dicha estalló en aquel instante un gran vocerío.

Los de Plelau acababan de caer como una fila de naipes.

Exhaustas las fuerzas, quebrantados los brazos y medio muerto, su adalid había soltado el palo.

Scaer triunfaba y por todas partes hombres y mujeres gritaban: ¡Bravo, Corentino!

Más de un campesino se había derrengado; más de una cabeza había dado contra el suelo, pero se habían divertido en grande.

Al año siguiente, Plelau tomaría la revancha...

si la buena madre de Auvay y Corentino Cleguer lo permitían.

A la noche, al volver á Scaer con sus padres y su hermano, Juan María estaba pensativo.

El parisién, menos asustado que otros por el espectáculo, había observado de reojo todos los movimientos del duque.

La inesperada negativa de Ivona le había sorprendido mucho.

Todo había quedado arreglado el año anterior: la hija de Rebeco parecía satisfecha del proyectado enlace. Para cambio tan brusco era preciso una causa y la imaginación de Juan María la divisaba confusamente. Los pasos de Vaudrey le habían parecido sospechosos.

Juan María nada había oído, pero por el movimiento de los labios, por la sonrisa que acompañó á las palabras, y principalmente por la turbación de Ivona, adivinaba que los proyectos del duque no eran de los que pueden decirse en alta voz y honran al que los propone.

—¿Amas á Ivona? dijo á su hermano.

—Bien lo sabes.

—Pues cuidala.

Corentino se estremeció.

Su hermano le manifestaba rudamente quizá la misma idea que Juanilla la loca al encontrarles en la avenida de Plelau.

—¿Qué peligro corre? preguntó.

—No lo sé. Pero es bueno estar alerta.

—¿Por qué?

—Porque es muy bonita y acaso sea coqueta.

—¿Qué quieres decir?

—Que la he visto rondada por un galán, cuyos intenciones no son sanas.

Corentino levantó el puño cerrado.

—Si Ivona no me quiere, no pienso contrariarla. Es libre y no la quiero contra su voluntad; pero si me la quitase otro, lo aplastaría como una avellana. ¿A quién te refieres?

—A nadie; pero el vecino de Langou ha hecho muchas y no tiene fe ni ley.

Y añadió apretando el brazo á su hermano:

—Cuidado, pues, por tí y por ella.

—Ivona es una muchacha honrada, y nada puede haber entre ella y el duque, prosiguió Corentino; pero velaré por ella, como dices; por ella sobre todo, porque por mí..... Si ella tuviese la desgracia de ser tan vil.....

Corentino se detuvo.

—No jures, dijo Juan María. La amas..... está bien; pero..... ¡abre el ojo!

Se callaron.

El viejo Cleguer y su mujer dormían en el carro. El caballo trotaba por la landa rocallosa del camino, iluminado por la luna.

Pronto las ruedas rodaron sobre la fría arena de una sinuosa avenida flanqueada de árboles, que iban siendo mayores á medida que el terreno mejoraba, y la arrogante silueta del castillo de los Bresson se dibujó sobre un ancho valle, envuelto en una bruma transparente y como luminosa.

Corentino pensaba:

—¡El señor de Vaudrey! Si se atreviera á tocar un dedo de Ivona, duque y todo, no escaparía vivo de mis manos.

Y Juan María, asediado por la idea que le atormentaba desde la noche fatal del 26 de Febrero, se preguntaba por su parte:

—¡El duque de Vaudrey!..... ¿Por qué lo recuerdo á todas horas?..... ¡Es él!..... ¡es él!..... ¿Pero cómo demostrarlo y cogerle?

IX

LA CRUZ DE LOS AZULES.

La cruz de los Azules es un calvario de granito (en el Morbihan es todo de granito, como el suelo en que los monumentos se erigen), levantado en el sitio donde se verificó en 1797 una memorable batalla entre la juventud de Pielau y de Scaer y la guardia nacional de Vaunes, que venía á llevarse al párroco y á jugarle una mala pasada.

Los dos bandos eran iguales en número, y se disputaron al cura con un valor que hubiera sido mejor empleado contra los extrajeros que trataban de invadirnos.

Los Azules fueron vencidos y los feligreses de Pielau conservaron su párroco, que se escondió en la landa, esperando tiempos mejores, después de

—Porque es muy bonita y acaso sea coqueta.

—¿Qué quieres decir?

—Que la he visto rondada por un galán, cuyos intenciones no son sanas.

Corentino levantó el puño cerrado.

—Si Ivona no me quiere, no pienso contrariarla. Es libre y no la quiero contra su voluntad; pero si me la quitase otro, lo aplastaría como una avellana. ¿A quién te refieres?

—A nadie; pero el vecino de Langou ha hecho muchas y no tiene fe ni ley.

Y añadió apretando el brazo á su hermano:

—Cuidado, pues, por tí y por ella.

—Ivona es una muchacha honrada, y nada puede haber entre ella y el duque, prosiguió Corentino; pero velaré por ella, como dices; por ella sobre todo, porque por mí..... Si ella tuviese la desgracia de ser tan vil.....

Corentino se detuvo.

—No jures, dijo Juan María. La amas..... está bien; pero..... ¡abre el ojo!

Se callaron.

El viejo Cleguer y su mujer dormían en el carro. El caballo trotaba por la landa rocallosa del camino, iluminado por la luna.

Pronto las ruedas rodaron sobre la fría arena de una sinuosa avenida flanqueada de árboles, que iban siendo mayores á medida que el terreno mejoraba, y la arrogante silueta del castillo de los Bresson se dibujó sobre un ancho valle, envuelto en una bruma transparente y como luminosa.

Corentino pensaba:

—¡El señor de Vaudrey! Si se atreviera á tocar un dedo de Ivona, duque y todo, no escaparía vivo de mis manos.

Y Juan María, asediado por la idea que le atormentaba desde la noche fatal del 26 de Febrero, se preguntaba por su parte:

—¡El duque de Vaudrey!..... ¿Por qué lo recuerdo á todas horas?..... ¡Es él!..... ¡es él!..... ¿Pero cómo demostrarlo y cogerle?

IX

LA CRUZ DE LOS AZULES.

La cruz de los Azules es un calvario de granito (en el Morbihan es todo de granito, como el suelo en que los monumentos se erigen), levantado en el sitio donde se verificó en 1797 una memorable batalla entre la juventud de Pielau y de Scaer y la guardia nacional de Vaunes, que venía á llevarse al párroco y á jugarle una mala pasada.

Los dos bandos eran iguales en número, y se disputaron al cura con un valor que hubiera sido mejor empleado contra los extrajeros que trataban de invadirnos.

Los Azules fueron vencidos y los feligreses de Pielau conservaron su párroco, que se escondió en la landa, esperando tiempos mejores, después de

bendecir la fosa de muchos de sus ovejas y de otros que quedaron confundidos en el campo.

Se erigió una gran cruz en el sitio donde habían muerto.

Y los hermanos enemigos, los hijos de la madre patria durmieron junto á su sombra.

¡Ojalá no vuelva á repetirse la escena!

El calvario subsiste en medio de los bosques de Plelau, á cesa de media legua del castillo del conde Hugo.

La yerba crece allí copiosamente, abonada por la buena sangre vertida, y los señores del castillo han plantado en derredor de la cruz un círculo de olmos y de plátanos cuya sombra se proyecta en ancho espacio.

El sitio es muy silencioso y desierto.

A las dos de la tarde del día siguiente aguardaba allí un hombre sentado en un tronco caído.

Vestía traje gris acero y llevaba en el ojal un pimpello de rosa.

¡Condecoración de elegante y enamorado!

Por entonces era lo uno y lo otro.

El sombrero de fieltro de igual color que el traje, cubría graciosamente sus cabellos negros. En la mano derecha llevaba un delgado junco con puño de oro, que le servía de látigo, y con el cual se golpeaba las botas con cierta impaciencia, mientras miraba inquietamente la estrecha y tortuosa senda que se pierde hacia Plelau en los bosques.

Era el señor de Vaudrey.

El criado paseaba los caballos á trescientos metros de la cruz, en un sendero hondo.

El duque estaba casi alegre.

Envolvíanle los hechizos de Ivona. La intriga urdida en torno de la joven, distraía agradablemente sus oídos. No dudaba del éxito, y la conquista merecía la pena.

Al diablo remordimientos y recuerdos importunos.

La vida es amable, y en medio de todo, el barón le había puesto en el caso de legítima defensa. ¿A qué venir tan fuera de razón á interrumpir una cita sin que nadie le llamase? ¿A qué aquel duelo bárbaro en el cual uno de los combatientes habría de morir inevitablemente?

El barón tenía lo merecido, según tal razonamiento.

El duque estaba completamente entregado á la esperanza de una aparición que le parecía cada vez más adorable.

Aunque se viva en la sociedad más elegante, no es fácil tropezar con una joven de las buenas formas de Ivona.

Era una fruta verde aún, fresca y aterciopelada. Vaudrey sentía un ardiente deseo. Por muy gastado que estuviese, la prometida de Corentino le parecía lo que era en realidad: un verdadero sombrero.

¿Qué producía este efecto? ¿La soledad en que se había encerrado desde su venida á Bretaña, ó sólo los atractivos de la joven? No trataba de ave-

riguarlo, pero seguía aferrado á su idea: la requería y la tendría de grado ó por fuerza. La resistencia no le parecía temible. La turbación de Ivona, su palidez, su silencio, su tímida mirada al alejarse, eran datos positivos sobre el estado de su alma.

Había vivido demasiado para no conocer la influencia que el nombre y la fortuna ejercen sobre su alma sencilla é ignorante, y fácil de ser deslumbrada.

Y en fin, sin estar enfatusado de su físico, había logrado ya suficientes conquistas, para apreciar su mérito.

Para quien había triunfado de la baronesa de Bresson y de tantas otras, eran un juego las resistencias de una niña que servirían de agradable distracción contra sus sombríos pensamientos.

Entre tanto corrían los minutos.

El duque había mirado más de una vez el reloj y la bella Ivona no venía.

Cantaban los pajarillos en los árboles; tamarindos y espinos albares en flor perfumaban el ambiente tibio; pero el duque, refractario á los encantos primaverales, se impacientaba, cuando, por fin, vió á lo lejos la falda negra y el fichú blanco de la víspera, bajo una sombrilla gris de seda.

Entonces se ensanchó su pecho y lanzó un suspiro de gozo.

En el pecho de acudir Ivona, comprendió que había ganado la partida.

Pronto distinguió la hermosa cabellera castaña, esparcida sobre los hombros de la joven y sus ne-

gros ojos velados por largas pestañas é inclinados modestamente al suelo.

Ivona se acercaba con vacilación.

Cuando estuvo á algunos pasos de la cruz, se enrojeció su semblante y se apretó su pecho. El duque hubiera podido oír los latidos del corazón de la desdichada.

Se levantó para recibirla y la estrechó la mano.

—Está mal lo que hago,—balbuceó Ivona. ¿Por qué he venido? No lo sé.

El duque la llevó al banco donde la esperaba.

—¿Por qué has venido?—murmuró con aquel acento dulce y vibrante que constituía uno de sus principales atractivos.—Porque una corriente natural nos lleva el uno al otro. Has venido á mí, como yo voy á ti, sin pensarlo, sin darte cuenta del por qué, sólo porque te amo, y el amor atrae.

—¿Señor duque!... ¿Cómo puede usted figurarse?

—Porque soy franco,—continuó el duque fingiendo admirablemente.

—Todo nos separa.

—¿El qué?

—Su clase de usted... la mía.

—La modestia te engaña. Has nacido para reinar soberanamente. Tienes el único poder conveniente á la mujer, el único á quien debe el prestigio que nos vence, ¡la hermosura y la gracia!

Su posición era ventajosa. Ivona estaba ganada de antemano. Hacia algunos años que los ojos del castellano de Langou del brillante caballero enviado por todos, la habían impresionado profundamente.

Véalo en sus sueños como un Dios, á quien no podía aproximarse; tan superior le parecía á los demás hombres. ¿No era el señor más poderoso, más joven y más bello de toda la comarca? ¿Quién podía comparársele? El conde de Plelau? Era demasiado bueno y sencillote. Habíase acostumbrado, además, á mirarlo como un padre, y como á hija la trataba.

¿Los Bresson? No tenían las ventajas del apellidado ni la juventud. El duque era, pues, el ideal imposible, la seducción viviente; y ahora se rebajaba á suplicarla y la colmaba de lisonjas, cuando ella hubiera querido prosternarse á sus plantas?

¿Qué sueño?

Por eso estaba junto á él palpitante, vencida de antemano oyendo como música deliciosa sus amorosas palabras y recibiendo en el corazón las flechas de sus fascinadores ojos.

Tan seguro de su triunfo estaba el duque, que no se apresuraba á disfrutarlo.

—¿Has recibido mi carta?—preguntó.

—Sí.

—¿Gib te la ha entregado á tí sola?

—En efecto.

—Es muy listo. ¿Por qué no has contestado?

—Porque no debo.

Y con visible esfuerzo añadió:

—Y si vengo hoy, es sólo para suplicarle que me deje.

El duque sonrió ligeramente.

—¡Dejarte!—exclamó.—No me creerías aunque

te lo prometiese. Puede renunciarse al calor del sol ó al perfume de las flores? ¿No has visto cómo te devoran con los ojos esos campesinos, incapaces de comprender tu hermosura exquisita y delicada? ¿No oyes por donde quiera que passes murmullos halagadores? ¿Has encontrado hombre alguno invencible al encanto que emana de tí, como el calor de la lumbre? ¡Dejarte! ¡Renunciar á tí! Me es imposible. ¡Pídeme lo que quieras! ¡Manda y te obedeceré! ¡Pero, dejarte! ¡Oh, nunca!

Se acercó á Ivona, rodeó con el brazo su talle, sin que, paralizada por el amor, se resistiese.

—No data de ayer mi amor—continuó el duque.

—Data de muchos años, y estoy seguro de que sin hablar nos entendíamos. Tú eras muy niña cuando juré que me pertenecerías, aunque tuviese que cometer las mayores locuras. Tú lo has adivinado. ¿Acaso no me decían tus ojos lo que pasaba en tí, como los míos te decían el amor profundo que me habías encendido en mi alma? Aquí mi único placer era el mirarte: en París, sólo con tu recuerdo era dichoso. Si he vuelto tan pronto á Langou, á este país al que nada me trae, á ese castillo, triste como un claustro, es porque tengo en el corazón una pasión que lo llena; es porque tu imagen está grabada en él, y todo lo desvaneces; es porque hubiera dado á París y al mundo entero sólo por pasar mis labios en tu mano.

D. túvose satisfecho de su elocuencia amorosa, y sobre todo del efecto que producía en la joven. Esta

hizo un esfuerzo para recobrase y murmuró con los ojos medio cerrados:

—¿Cómo orserle á usted? ¿Cómo persuadirme de que habla usted sinceramente?

—¿Qué he de hacer para convencerle?

—¿Qué puedo ser yo para usted?

—Todo —dijo el duque embragándose con los encantos de aquella joven, fresca y gallarda como primavera florida. —Si tu quisiera, Ivona, un porvenir risueño nos espera. ¿No puedo amarte? ¿No puedo unir mi existencia á la mujer á quien ame? ¿No es esto la verdadera felicidad, la única dicha envidiable? ¿Qué hablas ahí de clases y distancias? Eres joven, bella, adorable; y vales más que todas las marquesas del mundo.

Se echó á reír y se burló de todas las nobles del contorno.

Las ridiculizó con charla diabólica, poniendo de relieve sus defectos y faltas.

—¿Hay una —concluyó, —digna de atarte los zapatos?

Pero la frente de Ivona no se desarrugaba.

Sufría punzante emoción, cuyas faces podía seguir el duque.

—Créeme, pues, —continuó. —La dicha viene á buscarte.

—¡Usted es libre y yo nó!

Seguro del triunfo, el señor Vaudrey se gozaba en la agitación de la víctima.

—Lo sé, dijo con lástima desleñosa. Me han hablado de un proyecto de matrimonio. ¿No estás

prometida á ese Corentino Cleguer, Cleguer de Scaer, ese que se ha cubierto de gloria en la romería?

Imposible dar idea del tono despreciativo del duque.

Los ojos de la joven se llenaron de lágrimas.

—Mi padre quiere que me case, murmuró.

—Tu padre quiere. Está bien; pero se trata de tu porvenir y de tu dicha. ¿Y tú, qué piensas de la boda?

—Corentino me ama y es muy bueno.

—¿Y te resignarás á ese matrimonio?

Ivona no respondió. Habría dado su consentimiento si el tentador no se hubiera presentado.

—¡Pero no comprendes que es una unión desventajosa! ¡Dios me librel! ¡Es casarse una duquesa con un mozo de cuadril! ¡Es poner una camelia en la blusa de un machacador de piedra! Aunque me jurases por todos los santos de la iglesia de Plelau, pintorroteados de rojo y azul, invocados por pobres mujeres; aunque me jurases por el alma de tu madre que consientes de buen grado en ese desigual matrimonio, creería que me tomabas por un necio si me suponías capaz de creerle.

La injuria sublevó la dignidad de Ivona.

En medio de todo, estimaba á Corentino. Era un amigo de la infancia.

—Con él, respondió con viveza, puedo presentarme con la cabeza levantada: si tuviese la desgracia de escuchar á usted, quedaría deshonrada y perdida.

—¡Palabras sin sentido! replicó el duque.

Y comprendiendo que la ironía no haría mella en aquella alma inocente, pero asustadiza, volvió á la persuasión, se inclinó sobre sus cabellos y suspiró como para adormecer sus últimos escrúpulos.

—¡Deshonrada! ¿Quién había de saberlo? ¿No podemos amarnos en el retiro de los bosques, en el fondo de esta soledad adonde vengo á buscarte? Estaré á tu lado el tiempo que me mandes. Si me exiges más, ¿podré negártelo debiéndote las supremas delicias del amor y una felicidad infinita? ¿Crees, por tanto, que podría olvidarte, ó mejor dicho, infamemente? ¡Perdida! ¿Qué puedes temer con mi apoyo? Si me amas, ¿qué no haré por agradarte y poseerte? Convéncete. Yo no quiero ser tu señor; quiero ser tu esclavo, vivir á tus piés y cumplir á ciegas cuanto me mande tu voluntad y tu capricho.

La abrazó y se deshizo en súplicas peligrosas en sus labios. Tomó las manos de la incauta y las cubrió de besos.

Ivona cedía poco á poco, embriagada por sus palabras, como el cervatillo por los hinchados retoños de mayo.

Irguióse de repente, y exclamó:

—¡Déjeme usted, por Dios!

El duque frunció el ceño.

—¿Qué ocurre? preguntó.

—Oiga usted.

En un barranco al pie de la Cruz de los Azules,

se oía cantar con voz torpe y cascada una especie de monótona melodía, triste como un día de difuntos.

Oyóse distintamente esta lúgubre estref:

Bajo tierra han ocultado
el cadáver de mi amor:
¡osavad! con él sepultado
hallareis mi corazón.

Después una cabeza escuálida y desgreñada, apareció entre dos álamos, fijando en los dos culpables sus irónicos ojos.

—¿Quién es esa bruja? preguntó el duque.

—Juanilla la tonta, ó hablando bien, la loca, una pobre muchacha. Es de Plelau y allí vive. Su padre no quiso casarla con un mozo á quien amaba. El mozo se hizo matar en la guerra y ella perdió la razón.

Ivona se había levantado.

—Si cediese, señor duque, dijo con tristeza, ¿quién sabe si yo también la perdería? Dice usted que me amaré siempre y yo conozco que eso es imposible.

Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Hace un momento también yo estaba loca. Esto es acaso un aviso de Dios. Separémonos y procure usted no volverme á ver nunca.

—¡Ivona!

—¡Tenga usted compasión de mí!

Había tanto amor en este grito, que el duque se conmovió á pesar de su duro corazón.

- Sólo anhelo tu felicidad, dijo.
 —¡Pues bien, déjeme usted pensar! ¡Adiós!
 —¿Cuándo te volveré á ver?
 —No lo sé.
 —¿Mañana?
 —Quizá.
 —¡Eres un ángel!

Ivona sonrió, movió la cabeza y se alejó.

El duque la miraba alejarse. Sus hermosos cabellos, tendidos en ascosas ondas, brillaban deliciosamente al sol. Sus movimientos revélaban las proporciones admirables de aquel cuerpo lleno de gallardía y vigor.

El duque se enfurecía contra sí mismo por haberla dejado escapar.

—¡La quiero y la tendré! murmuró azotando el aire con su látigo.

Cuando volvió la cabeza, la loca, apoyada en un largo garrote, estaba á dos pasos de él.

—Los gallos de Laugou cantan hoy más fuerte que los de Scaer; pero los de Scaer tienen espolones y pico, repitió Juanilla pensando en el encuentro anterior en la avenida de Plelau.

—¿Qué quieres decir? preguntó el duque con altivez.

—Que Corentino Cleguer se enfadaría si supiese lo que ocurre en la cruz de los Azules. Y Corentino es mozo que á nadie teme.

—¡Silencio, vieja bruja!

—Treinta años tengo, y también era hermosa no ha mucho tiempo aún.

—Te creen loca, dijo el duque clavando en ella su dura mirada. ¿Lo eres de veras? Lo dudo.

Sacó dos luises del bolsillo y se los ofreció.

La loca no alargó la mano.

Y sin más, se apartó del duque y se internó en la espesura, repitiendo su lastimera canción.

El duque, pensativo, buscó á Gib, y á los diez minutos galopaba á través de la landa, en dirección á Laugou.

Ocho días seguidos volvió á la cruz, esperando hallar á Ivona.

Pero la joven no acudió.

Pasó á caballo por el parque de Plelau.

Las ventanas de Ivona permanecieron cerradas.

La joven le veía á través de las cortinas: el corazón quería saltársele del pecho, pero resistía á sus propios deseos y no se dejaba ver.

El duque no se avenía á sufrir tal derrota y no tomar la revancha.

Decidido á todo por triunfar de aquella obstinación que lastimaba su orgullo, empleó una estrategia gastada, pero de éxito seguro sobre un corazón amante.

Escribió un billetito y fué á Plelau.

Eran las dos de la tarde.

Rondó inútilmente el pabellón de los Rebec, metiéndose entre los arbustos y árboles que lo cercan, sin ver á nadie, excepto al anciano Rebec, de pie, como un centinela, en la puerta de su casa.

Iba ya á retirarse, cuando en la esquina del huerto halló á una gruesa criada reventando de salud.

Precisamente era Gertrudis, la muchacha asediada por el demonio de la codicia.

Llevaba un enorme cesto lleno de legumbres verdes y de zanahorias, menos rojas que sus cabellos, en honor de la verdad.

—Buenos días, hermosa, dijo el duque.

Gertrudis no se conmovió.

El píropo le parecía lo más natural.

Pero al conocer al señor de Leugou se detuvo llena de respeto y de estupor, y no pudo articular una palabra.

El duque echó una rápida mirada al rededor.

Estaban solos.

—¿Quiere usted hacerme un favor? dijo.

—¡Oh! si puedo, sí, dijo Gertrudis con ronca voz.

—¿Quiere usted á su señorita?

—¿A la señorita Ivona?

—Sí.

—¡Bonita pregunta!

—Tome usted esto por de pronto.

—¡Veinte francos! ¿No se equivoca usted? dijo la moza arqueando las cejas.

—No.

—¿Pues qué me va usted á pedir?

—Poco: que entregue usted este papel á su señorita; pero á ella sola.

Gertrudis comprendió confusamente que la carta no debía contener nada bueno, cuando tan caro le pagaba aquel servicio.

Permaneció un instante indecisa entre la carta

que tenía en una mano y el luis que acariciaba con la otra.

Por fin venció el demonio.

—Está bien, dijo.

—Ni una palabra á nadie, ¡eh!

—Pierda usted cuidado, señor duque.

Gertrudis fué al pabellón, cuya puerta estaba libre.

El padre de Ivona la había abandonado.

En lo alto de la escalera halló Gertrudis á Ivona, que la estaba esperando.

—Para usted, señorita, dijo la criada. Del guapo señor de Leugou.

Ivona cogió el billete con el sán que un árabe sediento se echa á orillas de un arroyo, y se encerró en su cuarto.

X

¿QUIÉN?

El barón Noel no era un hombre alborotado. Detestaba la ostentación y el ruido.

Es difícil sorprender al enemigo cuando se le busca á son de trompetas y atabales.

Así lo creía el barón.

Pero no perdía el tiempo.

Precisamente era Gertrudis, la muchacha asediada por el demonio de la codicia.

Llevaba un enorme cesto lleno de legumbres verdes y de zanahorias, menos rojas que sus cabellos, en honor de la verdad.

—Buenos días, hermosa, dijo el duque.

Gertrudis no se conmovió.

El píropo le parecía lo más natural.

Pero al conocer al señor de Leugou se detuvo llena de respeto y de estupor, y no pudo articular una palabra.

El duque echó una rápida mirada al rededor.

Estaban solos.

—¿Quiere usted hacerme un favor? dijo.

—¡Oh! si puedo, sí, dijo Gertrudis con ronca voz.

—¿Quiere usted á su señorita?

—¿A la señorita Ivona?

—Sí.

—¡Bonita pregunta!

—Tome usted esto por de pronto.

—¡Veinte francos! ¿No se equivoca usted? dijo la moza arqueando las cejas.

—No.

—¿Pues qué me va usted á pedir?

—Poco: que entregue usted este papel á su señorita; pero á ella sola.

Gertrudis comprendió confusamente que la carta no debía contener nada bueno, cuando tan caro le pagaba aquel servicio.

Permaneció un instante indecisa entre la carta

que tenía en una mano y el luis que acariciaba con la otra.

Por fin venció el demonio.

—Está bien, dijo.

—Ni una palabra á nadie, ¡eh!

—Pierda usted cuidado, señor duque.

Gertrudis fué al pabellón, cuya puerta estaba libre.

El padre de Ivona la había abandonado.

En lo alto de la escalera halló Gertrudis á Ivona, que la estaba esperando.

—Para usted, señorita, dijo la criada. Del guapo señor de Leugou.

Ivona cogió el billete con el sfán que un árabe sediento se echa á orillas de un arroyo, y se encerró en su cuarto.

X

¿QUIÉN?

El barón Noel no era un hombre alborotado. Detestaba la ostentación y el ruido.

Es difícil sorprender al enemigo cuando se le busca á son de trompetas y atabales.

Así lo creía el barón.

Pero no perdía el tiempo.

Si el duque de Vaudrey procuraba distraerse, el banquero tenía siempre la vista en su objeto.

Oculto en sus oficinas, teja su tela con paciencia de araña.

Esperaba.

¿Qué?

Las imprudencias de los culpables, cualesquiera que estos fuesen.

Sabía mejor que el mejor policiazo, que se descuidan siempre y se entregan cuando menos se piensa.

Sabía también que no necesitaba apresurarse.

La mujer estaba entre sus manos.

La tenía, por decirlo así, en sus dominios. Sólo necesitaba vigilarla; el cómplice volvería tarde ó temprano.

El testamento de su hermano, aquellos dos renglones apresuradamente escritos en la fiebre de la ira, le daban la clave del misterio.

La culpable era Luisa Renaud, la compañera que Santiago había levantado hasta sí, la mujer para la cual, á sus ojos de marido enamorado, nada parecía bastante rico, bastante brillante; la joya de la casa de que ambos hermanos se preciaban con orgullo.

Al pensar en esto, un escalofrío de cólera estrechó al barón.

¿Era posible?

¿Tanta perfidia, no pasaba de los límites de lo humano?

En vano procuraba descubrir en las facciones de

la joven viuda, en su actitud, en sus movimientos, algún indicio que pudiera ponerle sobre la pista.

Luisa era impecable.

A veces el banquero no podía menos de preguntarse, si, á pesar de lo afirmado por la víctima, no había podido equivocarse Santiago, engañado por falsas apariencias.

El barón tenía sentimientos sobrado honrados y justos para condenar á nadie sin pruebas irrefutables y precisas.

Esperaba aquellas pruebas.

¿Pero dónde hallarlas y á quién pedirselas?

Era absurdo suponer única autora á Luisa.

El cómplice sólo podía ser su amante.

La indignidad de que Santiago la acusaba, ¿de dónde podía provenir sino de un infame adulterio?

¿Pero dónde, cómo y cuándo se había cometido?

Antes nunca había dudado Santiago de su mujer?

Nunca la gente, tan inclinada á la censura, había empañado la reputación de la baronesa con la menor calumnia. Nunca el mismo Noel había concebido la menor sospecha sobre la infidelidad de aquella mujer, que había sabido cautivarle y conquistar sus simpatías y hacerse amar como una hermana.

Luisa Renaud era de un carácter y una naturaleza enérgica.

El barón Noel lo había comprendido así hacia tiempo, y la amaba más por lo mismo.

Mientras se condujo bien, había ganado el ra-

zón del banquero con su superior inteligencia: al desviarse del buen camino había mantenido sus relaciones con Vaudrey de manera que evitó toda sospecha.

El más profundo misterio envolvía el adúltero amor, causa de la horrible catástrofe.

El banquero veíase, pues, obligado á dirigirse, sin poder contestarla, la siguiente pregunta:

—¿Quién?

Había que buscar entre los íntimos de la casa.

Pleau y Renaudet, dos corzones de oro, no podían excitar sus sospechas.

¿Por qué entre tantos asiduos concurrentes á las recepciones de la baronesa, á los banquetes semanales de Santiago y á los bailes en que Luisa aparecía radiante de hermosura, el pensamiento del barón se fijaba siempre en uno de los menos constantes?

¿Por qué tenía siempre este nombre ante la vista: Huberto de Vaudrey?

¿Por qué instintivamente, sin asomo ni sombra de una prueba, su pensamiento giraba siempre en derrador de elegante vividor, del vecino de Breteña, del frecuentador de gabinetes, célebre por sus conquistas amorosas?

No hubiera podido decirlo.

No sólo probar, sino aun indicios tenía en apoyo de sus dudas.

Por eso el barón ocultaba cuidadosamente su convicción ó más bien sus sospechas.

Ya lo hemos dicho, esperaba.

Y esperando, agrupaba todas las revelaciones que obtenía, por cualquier conducto que vinieran. Las reunía, por decirlo así, en paquetes y las encerraba con más cuidado que el dinero, no en la caja, sino en la memoria, como datos para arreglar más tarde una cuenta.

Pensaba á menudo que Luciana, á quien apreciaba en su justo valor, debía tener la clave del misterio.

La suponía capaz de vendérsela, pero no se atrevía á intentar una compra, peligrosa si no daba resultado, puesto que alarmaría á los culpables.

Désde la muerte de su hermano había aprovechado todas las ocasiones de interrogar á algunos criados de la casa, pero sólo á los más fieles, y habiendo de otras cosas, de manera que nada sospechasen.

El cochero nada podía revelar.

Nunca había llevado á la señora á citas sospechosas. Iba siempre á casa de la modista, del sastre ó de otros proveedores de la casa; nunca la había visto en conversaciones dudosas.

Si en el bosque ó en otros lugares, se encontraba con amigos, les hablaba en voz alta y sin misterio, y si á algún vecino del campo ó visita de París trataba con frialdad, era precisamente al duque.

El cochero no ocultaba al barón Noel que á su juicio, la señora no podía aguantar al propietario de Laugou.

Todos los demás criados confirmaban las noticias del cochero.

Nada, pues, se podía lograr por este lado. Pero no era fácil engañar al barón. Cuando se le metía una idea en la cabeza, permanecía en ella tenazmente, como una entenga en una viga de roble, ó en un áncoa un fondo de arena.

La marcha precipitada del duque, á mediados de Abril, le hizo abrir los ojos.

¿Por qué aquel empedernido parisién, flor y nata del boulevard, fanático del *sport*, del juego y de todos los placeres dejaba á Paris sino para distraer la opinión?

¿Qué necesidad tenia de ir á enterrarse vivo en las soledades de Langou?

Se hablaba de la ruina del duque y del mal aspecto de sus negocios, pero el banquero conocia perfectamente á las personas y sabia que Vaudrey sólo podia buscar en Paris el remedio á sus desastres.

En Paris se crián las herederas.

Con treinta y dos años de edad, bizarra presencia, título de duque de Vaudrey-Langou, y escudo con la arrogante divisa: «Ha valido, valgo y valdré,» aunque se hayan perdido unos cuantos millones, no se pierde la esperanza.

Luego, si el duque no buscaba la panacea que debía curarle, y no era capaz de resignarse fácilmente á su ruina, era porque la tenia á su alcance.

En concepto del barón las precauciones tomadas por el amante de Luisa se volvían contra el duque y eran indicios de culpabilidad.

Pero esto no bastaba.

El banquero olfateaba la caza, como perro que, en el bosque, da con el rastro de un jabalí ó de un venado: era preciso perseguirla primero y luego alcanzarla.

Por muy fuertes que fueran los lazos que unían á la viuda con su amante, el matrimonio no podia efectuarse hasta transcurrir el plazo legal y hasta entonces, por muy hábil que en disimular fuese, no dejaría de descubrirse, sobre todo, cuando se creyera segura.

Mientras, el banquero tenia que vigilar al presunto enemigo.

Por eso á principios de Mayo llamó á Juan María, se encerró con él en su despacho y le dijo:

—Estás muy triste desde la desgracia.

—Cierto, señor barón.

—Es preciso que te distraigas, Juan María.

—No desee otra cosa, pero por más que lo procuro, no lo logro.

—Si dices una vuelta por tu tierra.

Alegrose el bretón.

—No me atrevía á pedirte lo—dijo.

—Hacés mal. La romería de Plelau, ¿no es dentro de pocos días?

—El domingo, señor.

—Pues vete. Tus padres se alegrarán y tu hermano Corentino. Les darás la mejor sorpresa.

—Pero ¿y si el señor me necesitase?

—¿Para qué?

Hubo un instante de silencio.

El barón tenía ilimitada confianza en el afecto y lealtad del ayuda de cámara de su hermano.

Conocía muy á fondo á los Oleguer.

Eran bretones de buena casta, fieles á toda prueba, y de honradez inexpugnable.

Pero el barón pertenecía á esa raza de negociantes diplomáticos que nunca se dan por completo y que sólo hacen semi-confidencias, aun á los más íntimos. Su alma estaba cerrada con tranca y cerrojo.

Hablaba poco y oía mucho.

Juan María esperaba.

—Tomarás el tren que quieras, siguió el amo. Si tienes algo que decirme, hay correo.

—Bien, señor.

—Anda, pues, Juan María.

Cuando el bretón volvía la espalda, le llamó el banquero:

—¿Sabes que el señor de Vaudrey está ya en Bretaña? dijo, como sin dar importancia á la pregunta.

—He oído algo de eso, respondió el criado.

—Dicen que anda apuradillo y que quizá tenga que vender la finca de Langou. Yo no lo creo. Pero ya que vas, infórmate con reserva. Si Langou se hubiese vendido, Santiago no hubiera desperdiciado la ocasión de ensanchar nuestro terreno. Pero, sin duda alguna son rumores sin fundamento. En fin, tú verás, Juan María.

—Sí, señor barón.

—En tí confío.

Esto era despedirle.

Las conversaciones del barón nunca eran largas.

Sin embargo, el criado no se movía.

—Veo que tienes alguna idea, añadió el banquero. Si te preocupa, dímela.

—En efecto, tengo una idea, pero tan extraña...

—Vamos.

—No me atrevo. Y por otra parte, dijo el bretón todo turbado, ¿como no tengo pruebas!..... Es puro instinto.

—Explícate.

—Sea. Pues bien, creo que el señor de Vaudrey no necesitará vender su finca de Langou para reponerse.

—¿Cómo, pues?

—Casándose con alguna doncella rica, ó con alguna viuda.....

—¿Es posible!

—No se le ocurre á usted que el duque, como vecino de Soaer, puede pensar que, muerto D. Santiago, y aún antes, ha podido pensar que si D. Santiago muriese, su viuda era un partido soberbio!

Los dedos del banquero golpearon la tabla de la mesa.

—¡Hum! dijo en tono de censura. Tu suposición es grave, Juan María, y además eso es terriblemente complicado.

—Terriblemente complicado, sin duda, respondió algo picado Juan María, pero también posible; y la prueba es que la señora baronesa tiene ahora las dos condiciones que el señor de Vaudrey necesita: es rica y viuda. Para ponerle en ellas sólo han sido necesarios algunos minutos y dos balas, que no debieron hacer mucho ruido, puesto que la señora no las oyó, aunque no debía estar lejos cuando las dispararon.

—¡Bah! dijo el banquero, cosas más extrañas se han visto.

Juan María se había disparado.

La ironía del barón le removió como un latigazo.

—Lo asombroso, repuso con vehemencia, no es que el señor de Vaudrey esté en Langou, sino que la señora baronesa no hable todavía de ir á Sceser que está tan cerca.

—Silencio, dijo el barón. Hablas muy alto, Juan María.

—Tiene usted razón, hago mal.

—¿Has acabado?

—Sí, señor.

—Necesitas descansar, Juan María. Tu imaginación trabaja demasiado hace algún tiempo. Vete á Sceser: vigila á tu vecino el duque, pues es tu gusto guardar para mí tus confidencias. ¿Comprendes?

—Perfectamente, señor.

—Permítete en casa de tus padres todo el tiempo que te sea necesario. ¡Buen visje!

—Gracias, señor barón.

Juan María saludó á su amo con familiaridad respetuosa.

El mayor de los Bresson no dijo más palabra, pero se puso un dedo en los labios, y su mirada intimó el silencio á Juan María con más elocuencia que el mejor discurso.

Por eso Juan María Cleguer estaba en la romería de Plelau.

XI

DOS CARTAS.

En la mañana siguiente al día en que el señor de Vaudrey había entregado á Gertrudis la carta para Ivona, se levantó con ideas muy distintas de las que hacia tiempo le acosaban.

La estación le pareció deliciosa, el verde de sus prados gratísimo á la vista, las calles de árboles que se perdían en el bosque, subiendo y bajando por valles y colinas, maravillosos paisajes de Troyon ó de Rousseau.

Todo lo hallaba hermoso.

Una voz secreta le susurraba en los oídos que todo iba á salir á pedir de boca.

La hora de expectativa del amor, es más deliciosa y encantadora quizá que el amor mismo.

El duque sólo pensaba en Ivona.

Este era por entonces su mayor cuidado.

Los demás desaparecían entre las brumas de lo distante.

¿No tendría siempre á su alcance los millones del barón Santiago para reponerse, como Juan María suponía con acierto?

Mientras llegaban ¿qué debía hacer sino distraerse aligerar las horas de su reclusión en el campo?

La fortuna que le protegía había puesto en su camino á la hermosísima Ivone. De la duración de la aventura no se cuidaba el duque.

Lo importante para él, era la hermosura justamente célebre de la joven Morbihanesa, formada para el placer, y que, más adelante, podría ser la querida más agradable del mundo si se decidía á desertar de Bretaña y á abandonar al novio que la esperaba y al confiando padre.

Hacia las once, el cartero se presentó en la puerta de las cocinas, donde el cocinero y los marmitones preparaban el almuerzo.

Traía periódicos y cartas.

Al abrir la primera, el duque hizo un gesto de disgusto.

La carta le sumergía de lleno en los recuerdos de que desaba huir.

Estaba escrita en términos humildes y carifiosos de puño y letra de la arrogante Luisa.

Recorrió apresuradamente aquellas líneas que venían á turbarle, cuando solo pensaba en Ivone, y continuó á pesar de todo con el pensamiento fijo en el lazo tendido á la incauta avecilla.

No se cuidaba del fin de la aventura. Siempre había vivido al azar, buscando el placer, sin reparar en los medios de lograrlo.

La baronesa no le daba malas noticias.

He aquí lo que decía:

«Han pasado tres meses desde la noche en que cambió nuestra existencia. Sólo me queda un recuerdo confuso de aquellos imprevistos y rápidos sucesos. El traje de luto debería entristecerme; pero solo siento inmenso júbilo al considerar que puedo consagrar mi vida en absoluto y sin obstáculo que entre los dos se interponga.

«¡Qué alegría!»

«Ante ella todo se olvida y desvanece.

«¡Ah, señor duque! si no me devolvieses un poco del amor que por tí siento, serías cruel é ingrato! Contigo no hay para mí imposibles. Me siento capaz de arrostrar sin vacilación los mayores peligros.

«Sin tí sería desesperada mi vida, y por muy risueña que parezca mi suerte, me creería más desdichada que la última mendiga.

«Dejemos mis sentimientos, que acaso te fatiguen y hablemos de cosas que deben interesarte.

«Me guardan las más delicadas atenciones.

«Noel tiene más corazón y vale más de lo que pudiera esperarse de su aspecto frío y casi severo. Trata por los medios más discretos de atenuar las penas que en mí supone. La casa no se parece á lo que antes era. Se conoce que sobre ella ha caído la

desgracia. Todo se hace aquí en silencio. Solo recibimos á algunas íntimas, al conde Hugues, á Renaudet y á algún otro; pero instintivamente todos hablan bajo, como en una cámara mortuoria.

«Noel evita toda alusión á lo ocurrido. He agotado los recursos de mi ingenio. Parece como si entre él y yo hubiese un acuerdo tácito sobre el asunto. Presumo, para decirte todo lo que pienso acerca de mi cuñado, que á juzgar por ciertas frases que se le escapan, que si me fuese posible aceptar una combinación prohibida por mis sentimientos, no tendríamos necesidad de dividir la fortuna de los Bresson y que quedaría toda en una mano.

«¿Me comprendes?

«Noel se ha encargado de todos nuestros asuntos con una complacencia sin límites. Le he dado un poder que me libra de ocuparme en negocios.

«No hay motivo de temor, amigo mío. Ya sabes el orden de la casa, la minuciosidad en los documentos, la exactitud de los inventarios. Hemos convenido en que á fin de año me entregará la cifra exacta de nuestra fortuna.

«Ayer, comiendo con él, cuando retiraron el servicio y nos quedamos solos, me dijo con voz algo temblorosa, poniendo sobre mi plato un cheque de cien mil francos.

—¿No te acuerdas de tu renta personal?

«Yo le respondí, haciendome la indiferente:

—¿Qué me importa? ¿No estás tú para arreglarlo todo?

—Sí, pero una mujer debe saber lo que puede gastar sin tocar al capital.

«Alegué la modestia de mis gustos.

—Hay que hacerte justicia—me dijo—eres la mujer de más juicio. No hay mejor ama de casa que tú. Más de una vez te he admirado por esto.

Luego me dió ciertos detalles y consejos para el porvenir, para cuando yo esté en posesión de mi fortuna, lo cual será tan pronto como yo lo desee.

«Según el testamento de mi hermano, tienes setecientos mil francos de renta, me dijo.

«Soy pues, rica, amor mío. Me alegro, porque así podrás vivir á tu gusto. Todo está á tu disposición desde ahora, la mujer y su fortuna. Dispón de mí. Manda. Te obedeceré, yo, que ante nadie me doblo.

«¿Cuándo me mandarás á tu lado? ¡Qué insupportable dolor vivir lejos de tí, amor mío! ¿Por qué te has ido de París tan pronto? Comprendo las razones que me has dado. Son prudentes, pero no puedo aceptarlas, porque me separan de quien amo.

«Espero verme pronto á tu lado. Hago mis preparativos con este objeto, y predispongo para mi permanencia en Bretaña á Noel, que nada opone á negarme.

«Adios, mi dulce dueño: piensa en mí, y sobre todo, no pienses sino en la que todo te lo ha dado, hasta la honra.

«Luisa.»

«P. D. No temas ninguna indiscreción. Estoy segura de que la amistad del barón no encierra nin-

gún lazo. Al negociante le gusta esta servidora. Hay miradas y arranques mal reprimidos que ninguna deja de entender. Aquí está el secreto de su generosidad y mansedumbre. Frío por fuera, como una nevera de los Alpes, oculta un volcán en el pecho. ¿Cuándo será la erupción? Puedes estar tranquilo. Tenerle amor me sería más difícil que á un águila cazar en el fondo de los mares.

«Tuya,

«Luisa.»

En esta larga carta, sólo se fijó el duque en una cosa.

La joven viuda podía venir á Scaer y caer como una bomba en medio de sus amores con la hermosa morbihanera.

Esto era lo más temible.

Había que ganar tiempo.

Fué, pues, á su despacho, y escribió la carta siguiente:

«Tu caria me ha caldeado el corazón.»

«Hablas de neveras.

«Donde las hay es en Bretaña.

«Aquí sí que hiela. Estoy muerto de frío á pesar de lo hermoso del tiempo. Parece un desterrado á la Siberia. Moralmente, hablo, porque la temperatura es grata. Vago, desesperado, por las verdes praderas, por los bosques plantados por mis abuelos, por la landa en que florece el brezo, é inte-

rrumpa cada paso rocas musgosas y dólmeneos célticos.

«¿Qué largo es el tiempo sin tí!

«¿Sin tí vida mía!

«Pero la razón no nos manda prolongar este suplicio. No apresures tu venida á Scaer. Guarda con paciencia algunas semanas, ó quizá algunos meses.

«¿Qué nos importa esta pasajera separación?

«¿No tendremos para olvidarla toda la vida?

«Usémos astucia de serpiente. El mundo es un tirano cuyas leyes no pueden infringirse impunemente. La separación que me impongo me es muy dolorosa, pero es muy necesaria.

«¿Quién podría sospechar después las relaciones de dos amantes que se avienen á vivir separados seis meses á cien leguas de distancia?

«¡Seis meses! ¡Una eternidad!

«Creo que te equivocas respecto á las intenciones del barón.

«Ese hombre es temible, más temible de lo que tú piensas.

«Siempre he desconfiado de las gentes de negocios. Son impenetrables como estatuas de plata.

«No te digo aquí todo lo que pienso. Es preciso tener prudencia y recelarse del peligro. Supón bajo estas frías líneas el más ardiente volcán, y todos los juramentos, promesas y locuras que puede inspirar el amor.

«Yo mismo llevo esta carta á Plelau, montado en

el hermoso alazán que tanto te gustaba. En él iba cuando te vi en Scaer por primera vez.

«Voy á atravesar el claro del bosque donde te habías extraviado. No estarás allí, por desgracia. ¿Por qué no puedo evocarte?»

«No me digas nunca: Adiós.

«Es una frase terrible. Dime siempre: Hasta la vista.

«Yo te digo: Hasta muy pronto, pero en París. Es el único sitio donde el secreto es seguro.

— Huberto —

La carta era lisonjera; pero si la hermosa viuda hubiera podido ver el corazón de su amante, su desencanto hubiera sido horrible.

El duque tenía al escribir un gesto de hastío y de aburrimiento, que la hubiera irritado.

Recorrió á la ligera otra carta en que su notario le proponía la mano de una heredera, cuyo dote podría rellenar las lagunas de su capital y cerrar sus enormes brechas.

Los encantos de la heredera no guardaban proporción con sus millones.

El notario, como hombre práctico, aconsejaba al duque que cerrase los ojos.

Todo no puede conseguirse.

No ocultaba al señor de Vaudrey que la liquidación iba á ser desastrosa.

Todo estaba en baja y el dinero andaba escaso.

El señor Chapuzet se permitía unir sus consejos personales á los que daba como notario.

Lo estimulaba á aprovechar sin demora el plazo de respiro que con dificultad le otorgaba.

El duque no atendió los prudentes consejos y no se dignó contestarle.

Dejó su gabinete de trabajo, suntuoso y cómodo salón del piso bajo, con dos altas puertas ventanas al valle y estanques de Langou y volvió á su interrumpido paseo y á sus ensueños matinales, repitiendo la histórica frase:

— ¡Para mañana los asuntos serica!

La pálida figura de Ivona quedaba solo ante sus ojos.

XII

SEDUCCION.

El señor de Vaudrey llevó en persona la carta á Plelau, por dos razones.

Evitaba que sus criados supiesen que estaba en correspondencia con la baronesa.

Y se procuraba el placer de un paseo á caballo hacia un sitio que le atraía.

Todo lo que le acercaba á Ivona Rebec, le era muy grato.

Aquella muchacha le interesaba hasta asombrarse de sí mismo.

el hermoso alazán que tanto te gustaba. En él iba cuando te vi en Scaer por primera vez.

«Voy á atravesar el claro del bosque donde te habías extraviado. No estarás allí, por desgracia. ¿Por qué no puedo evocarte?»

«No me digas nunca: Adiós.

«Es una frase terrible. Dime siempre: Hasta la vista.

«Yo te digo: Hasta muy pronto, pero en París. Es el único sitio donde el secreto es seguro.

— Huberto —

La carta era lisonjera; pero si la hermosa viuda hubiera podido ver el corazón de su amante, su desencanto hubiera sido horrible.

El duque tenía al escribir un gesto de hastío y de aburrimiento, que la hubiera irritado.

Recorrió á la ligera otra carta en que su notario le proponía la mano de una heredera, cuyo dote podría rellenar las lagunas de su capital y cerrar sus enormes brechas.

Los encantos de la heredera no guardaban proporción con sus millones.

El notario, como hombre práctico, aconsejaba al duque que cerrase los ojos.

Todo no puede conseguirse.

No ocultaba al señor de Vaudrey que la liquidación iba á ser desastrosa.

Todo estaba en baja y el dinero andaba escaso.

El señor Chapuzet se permitía unir sus consejos personales á los que daba como notario.

Lo estimulaba á aprovechar sin demora el plazo de respiro que con dificultad le otorgaba.

El duque no atendió los prudentes consejos y no se dignó contestarle.

Dejó su gabinete de trabajo, suntuoso y cómodo salón del piso bajo, con dos altas puertas ventanas al valle y estanques de Langou y volvió á su interrumpido paseo y á sus ensueños matinales, repitiendo la histórica frase:

— ¡Para mañana los asuntos serica!

La pálida figura de Ivona quedaba solo ante sus ojos.

XII

SEDUCCION.

El señor de Vaudrey llevó en persona la carta á Plelau, por dos razones.

Evitaba que sus criados supiesen que estaba en correspondencia con la baronesa.

Y se procuraba el placer de un paseo á caballo hacia un sitio que le atraía.

Todo lo que le acercaba á Ivona Rebec, le era muy grato.

Aquella muchacha le interesaba hasta asombrarse de sí mismo.

El, que había conocido á las más célebres bellas de París, se preocupaba por una campesina á medio pulir, hasta el punto de darle todo al olvido.

¿No era esto inverosímil?

Ninguna diva de ópera cómica, ninguna estrella coreográfica, le hubiera interesado tanto.

No, seguramente.

Ivona tenía una ingenuidad, una inocencia, cierto perfume rústico, cierta llama desconocida en sus grandes ojos negros, que el duque no recordaba haber visto nunca.

El enamorado, al llegar á Plelau, experimentó una sensación deliciosa.

Su camino iba á lo largo del parque del conde Hugo.

Al dar vuelta á un soto secular, el duque detuvo su jaca detrás de un frondoso grupo de castaños que le ocultaban por completo.

En una espesura que apenas podían atravesar los rayos del sol, Ivona releía emocionada la carta entregada por Gertrudis.

Tan absorta estaba en la lectura, que no oyó el ligero trote de la jaca del señor de Vaudrey.

Se creía sola, completamente sola, y el duque pudo ver en su agitado semblante el efecto producido por estas frases incendiarias.

«Mi querida Ivona:

«Había creído conseguir de tí una confesión por la cual hubiera dado la mitad de mi vida, y huyes

de mí y me desdices! La mujer es más inconstante que el mar. Eres cruel, cruel conmigo y contigo, pues no puedes figurarte cuánto deseo tu dicha. Nada me parecerá penoso por agradarte. Creeme, niña adorada, el amor es el único bien apetecible. Sin él, ¿de qué sirven los otros? ¿Por qué luchas contra tu corazón? Amor llama á amor, y el mio es tan ardiente que tú no puedes permanecer impasible. Todo lo afrontaré por llegar á tí.

«Oye.

«Te espero mañana en el extremo de la avenida de Plelau, al borde del camino. Te es muy fácil ir allí sin ser vista. Estaré allí á las diez. Ven te lo suplico. La noche nos protegerá. Si rechazas mi súplica, no sé á que extremos me arrastrará tu desdén. La muerte es preferible á tu indiferencia. Te amo, te adoro, y á nadie adora sino á tí.

Huberto

A tales frases no hay corazón de veinte años que resista. A los sinceramente enamorados se las dicta el corazón; á los demás, que no son los menos temibles, se las dicta la cabeza.

El duque de Vaudrey hubiera podido escribir volúmenes en este estilo.

Era como el cazador que tiende tranquilamente sus lazos, seguro de que la pieza perseguida acabará por caer.

Ivona caminaba por la espesura lentamente y con la cabeza inclinada sobre el pecho. Ya dejaba

caer la mano en que tenía la carta, ya volvía á leer la bebiendo el veneno que le brindaba el papel.

Sentóse por fin en un banco al otro extremo de la avenida, apoyó la cabeza en la mano izquierda y quedó inmóvil en actitud de meditar.

Figura más encantadora sobre espléndido fondo no se habrá ofrecido nunca á los ojos de un pintor.

El duque se estremeció de placer.

—Iré, pensó.

Y alejose en silencio siguiendo el verde ribazo del camino en dirección á Plelau.

Eran cerca de las cinco de la tarde cuando dejó la posada de las Dos Mulas, donde se había detenido un instante, y entró en la selva para volver á Laugou.

La tarde estaba deliciosa.

Algunas transparentes nubecillas velaban aquí y allá el arul del cielo flotando á grande altura sobre la tierra ataviada con pompa primaveral.

El duque seguía una senda de cipreses, álamos y encinas, cuando, en una vuelta del camino topó con un alto y robusto mozo que venía en contraria dirección, con chaqueta parda y carabina al hombro.

Un perro, de rizado pelo castaño, reconocía las matas en torno de él.

Era Corentino Cleguer, prometido de Ivona.

Corentino reprimió un movimiento de disgusto al ver al señor de Laugou.

Pero consideró que el duque podía venir de la aldea y que el camino era de todos.

Echó la mano á su sombrero de anchas alas.

—Salud, señor de Vaudrey, dijo.

Y habiéndole contestado el duque con toda cortesía:

—Buen tiempo para pasear, añadió.

Los dos hombres hablaron un momento del país, de la cosecha, que se presentaba bien, y de la romería de Plelsu.

El duque felicitó por su triunfo á Corentino.

Los de Scaer debían de estarle agradecidos.

Corentino, tranquilizado por la naturalidad con que el duque hablaba, se encogió de hombros y dijo sonriéndose:

—El año que viene se verá. Quizá quede encima Scaer. Pero se harán los posibles.

Miró, como inteligente la jaca del duque.

—Hermoso animal y fuerte. Debe dar gusto andar con él por los bosques..... No lo hay igual en todo el cantón.

Cuando se separaron, el duque no pudo menos de hacer justicia al buen aspecto de su rival.

Era un palurdo; pero cuántos caballeros no hubieran podido compararse ventajosamente con ese aldeano vigoroso; bien plantado, buen mozo y de fisonomía franca y leal.

Iba á despojarle de su bien y á destruir su felicidad arrebatándole la dulce compañera cuya mano le estaba prometida.

Pero el duque no sintió el menor escrúpulo.

¡Corentino Cleguer! ¿Qué le importaba semejante adversario?

Si amaba á Ivona, á él le tocaba velar.

Continuó su camino sin volver acordarse del encuentro, mientras Corentino se dirigía á Plelau silbando un toque de caza.

El ex-dragón estaba lleno de alegría. Efectuábase en él uno de esos cambios tan frecuentes en nuestro corazón.

Después de haber sentido vivamente el capricho de su novia, renacía la esperanza de disuadirla de su intento y de hacerla consentir.

Pensaba suplicarla tanto que no podría negarse pues no dudaba de su buena amistad. ¿No la había conocido de pequeña? ¿No habían jurado mil veces ser el uno del otro, al pasarse de la mano, buscando nidos en el bosque ó yendo del brazo de romería en romería?

Iba, pues, suelto y airado, pensando que á los pocos pasos distinguíase la ventana cercada de follaje, donde tantas veces había visto á la hija de los Rebec, cuando se detuvo de repente al oír que le llamaban con tono irónico y burlón.

—¿A dónde vas, Corentino? dijo una vez.

Corentino se volvió y distinguió á la loca, acurrucada al pie de un mojón.

—Otra vez tu, Juanilla, dijo.

—Sí, yo.

—¿Qué haces ahí?

—Lo que otros días, mirar.

—¿Y qué ves?

—Peligros para tí. Los lobos rondan y el pastor duerme.

—Enigmas que no entiendo; pero de una cabeza vacía nada se puede esperar. ¡Adiós! Que nuestra señora de Auray te vuelva lo que te falta.

Corentino se alejó molestando por el siniestro augurio.

Aquella «tonta» era como un ave de mal agüero siempre plantado en su camino.

Pero pronto se disipó su mal humor.

Acababa de distinguir á Ivona en el banco donde la había visto el duque. Continuaba pensativa, con la cabeza inclinada sobre un papel que tenía en la mano.

Rodeando un grupo de lilas y avellanos adelantóse cautelosamente á fin de sorprenderla.

A veinte pasos de la joven se descubrió de improviso.

Al ruido levantó Ivona la cabeza, se puso como la grana, arrugó el papel y lo ocultó rápidamente en el pecho.

Corentino lo observó, pero enajenado por el placer de verla, se adelantó sonriendo y le tendió la mano.

La joven se repuso.

—¿Me has dado un susto! dijo.

—¿Susto?

—Como no te esperaba.

—Largo se me ha hecho el tiempo desde la romería.

—¿Por qué no has venido?

—Porqué estaba enfadado contigo.

—¡Enfadado! ¿Por qué?

—Bien lo sabes.

—¿Por qué no quiero casarme aún?

—Haces mal Ivona: no tenemos tantos años para ser felices.

No vuelve el tiempo perdido. Ahora vengo a preguntarte si persistes en tu negativa.

Ivona palideció y se mordió los labios.

Corentino se sentó á su lado y renovó sus súplicas con las frases más cariñosas.

—El año pasado ¿no estaba todo convenido? añadió con viveza. La boda debía verificarse en esta primavera. Los padres estaban de acuerdo.

Corentino continuó hablando con emoción extraordinaria.

Todo su amor lentamente acumulado se desbordó como torrente que rompe los diques. Aquel amor, honrado y leal se expresaba en frases menos correctas que el capricho del duque, pero poniendo de manifiesto el corazón del buen Corentino.

Pero Ivona permanecía glacial é indiferente, cuando hubiera debido arrojarse á su cuello y buscar su salvación en aquel amor puro.

El tentador, el otro, estaba siempre entre los dos prometidos.

Corentino hablaba. Ivona escuchaba al duque.

Sólo el duque estaba ante sus ojos.

Corentino comprendió, por fin, que no lograba conmoverla, y exclamó de pronto:

—¿No me oyes? ¿En qué piensas?

La joven contestó sobresaltada:

—Pienso que eres muy bueno y digno de ser amado.

—Pues bien.....

—Concédeme ese plazo... Sé amable. Sólo algo de tiempo.....

—¿A qué ese retraso?

—¿No puedes hacerme ese favor?

—Te lo suplico.

Le miró con dulce compasión, que pudiera creerse cariñoso, y apoyó su mano con tal familiaridad en el hombro de Corentino mirándole con ojos tan húmedos, que se tranquilizó el pobre enamorado.

Y sin darle tiempo para reflexionar se lo llevó al pabellón en que acababa de entrar su padre.

El administrador tendió las dos manos al joven y le recibió cariñosamente.

—¡Holal ¡holal exclamó. Parece que se han hecho las paces. ¡Qué sea enhorabuena!

—Sí, respondió Corentino, y ahora creo que no se han de hacer esperar las nupcias.....

Ivona se ruborizó, pero nada dijo:

—¿Cenas con nosotros, Corentino? preguntó el administrador.

—No puedo negarme.

Ivona se estremeció.

Iba anochecer y el otro estaría allí al extremo de la calle de hayas, esperándola.

Bajo la campana de la chimenea, Gartrudis, que

avivaba el fuego, acarició su precioso Luis y lanzó una mirada oblicua y maliciosa á su joven ama, murmurando:

—Sí, sí. No hay prisa para la comida de bodas.

XIII

DE NOCHE.

Corentino era bretón de pura sangre, pero había servido en el ejército y no creía en kouřiganos, hadas, carricoches del diablo, ni almas del otro mundo.

Cuando después de cenar, salió del pabellón de los Rebec, á eso de las nueve y media de la noche para volver á su casa, la luna aparecía en el horizonte.

Pero su claridad era muy poca; primero porque estaba cubierta de nubes, segundo porque estaba en el primer cuarto y solo mostraba dos cuernos de poca importancia bajo el punto de vista luminoso.

La obscuridad no impedía á Corentino marchar airosamente apretando contra el hombro la hermosa carabina que casi siempre llevaba.

Una carabina da gran tranquilidad aun á quien á nada teme.

Y Corentino á nadie temía.

El perro rojo le seguía, con las orejas bajas, pensando quizá en las tres interminables leguas que tenía que andar hasta llegar á casa.

A quinientos pasos del pabellón de los Rebec se detuvo Corentino.

Un enamorado no se aparta sin violencia de la casa de su amante.

Corentino quería mirar por última vez la luz de las ventanas de Ivona.

¡Deseo de corazón apasionado!

Arroje la primera piedra el que no haya hecho lo mismo.

Pensaba continuar su camino cuando la luz se apagase, pero continuaba encendida.

El resto de la casa yacía en la obscuridad. Sólo Ivona velaba.

Su sombra se dibujaba á veces tras de las cortinas.

La joven iba y venía á su cuarto.

Corentin se decidió por fin á alejarse y tomó por la avenida de las hayas.

Al llegar al extremo de la avenida, el perro se apartó bruscamente y lanzó dos ó tres largos aullidos.

El amo silbó y el perro acudió docilmente, pero gruñendo.

¿Olfateaba algún enemigo?

—¡Quieto ahí! dijo Corentino volviendo la espalda á la aldea.

No distaba de Plelan doscientos metros, cuando oyó muy claramente el relincho de un caballo.

El caballo debía estar parado cerca de los pilares de granito con cadenas que cierran á los carruajes la avenida de Plalaul.

¿Quién puede estar aquí á semejante hora! se preguntó Corentino.—Y volvió la cabeza y retrocedió algunos pasos, pero se dijo que, fuera quien fuera, no era incumbencia suya el vigilar los caminos. Sería el carruaje de algún labrador retrasado cuyo caballo relinchaba antes de emprender la marcha.

Corentino continuó la suya, tomando por un atajo de la landa que, casi desnuda de vegetación, se estiende entre Langou y Scaer, con algunas alquerías entre árboles y algunos valles llenos de lagunas y pantanos.

Ambas posesions se tocan y se sirven mutuamente de limite.

El paisaje, de noche, bañado por la luz blanquecina de la luna, tiene cierta poesía melancólica.

Se comprenden, al recorrerlos con aquella luz pálida y triste, los místicos terrores de los campesinos de Bretaña, y las leyendas que son artículo de fe para las sencillas mujeres morbihanesas.

Corentino no pensaba, en ellas, sino en que tenía treinta años y en que el vivir es bueno.

Pensaba, sobre todo, en que lograría vencer caída le había parecido más afectuosa.

¡Más afectuosa, pero también más triste!

Al salir Corentino del pabellón, Ivona se asió de su brazo como si la amenazase algún peligro. Es-

taba seguro de su amistad. No era exigente y no le pedía un amor como el que él sentía. No tenía tal pretensión. Su amor era una gran devoción, un verdadero culto. Sin tenerse por sabio, se decía que el hombre ha nacido para amar y la mujer para ser amada. Que la bella Ivona consistiese en casarse con él, y nada más quererla. Ivona no se oponía al matrimonio. Todo se reducía á cuestión de tiempo.

¡Ivona se decidiría pronto! ¡Quería esperar! Capricho de niña voluntariosa, un poco mima por todo el mundo, por su padre, por su padrino el conde de Plalau, por el mismo Corentino, postrado á sus piés diez años hacía!

Atravesó con paso rápido una estrecha senda trazada como una cinta á través de los brazos, los pantanos y los estrechos bancales cultivados.

Corentino no prestaba atención á los mil ruidos de las lagunas y de los bosques; pero un extraño incidente le sorprendió de pronto.

Serían las once de la noche.

Iba á ponerse la luna, cuyos cuernos se habían levantado sobre el horizonte se escondían detrás de densa nube. Sólo algunas estrellas centelleaban entre las nubes apolotonadas en el cielo.

En aquel instante el extráño se hallaba en una meseta desahuda entre los lindes de Scaer y de Langou.

Seguía siempre la senda que corta el camino de Plalau al castillo del duque de Vaudrey, cuando de repente se detuvo.

Distinguía en lontananza los dos faroles de un cupé que corría á toda velocidad en dirección á Langou.

Una idea iluminó como un relámpago su mente.

Aquella idea era sin duda espantosa, puesto que los ojos de Corentino se abrieron desmesuradamente y sus facciones se contrajeron bajo la violencia de un golpe tremendo y repéntino.

Luego hizo un ademán como para desvanecer un pensamiento absurdo.

¡Absurdo! ¿Por qué?

¿Qué significaba aquel caballo parado al fin de la avenida de Plelau? No podía ser otro que el del cupé de los faroles encendidos que se le echaba encima.

¿Y qué aguardaba allí?

¿Por qué en el cuarto de Ivona no se apagaba la luz, mientras todos dormían en la casa?

Tales sospechas eran, sin duda, ligeras, incoherentes, falsas. Pero, pensando en ello, recordaba que Ivona habla estado toda la noche, como distraída, y le había instado varias veces á marcharse pretextando que se hacia de noche y que era largo el camino.

¿Y aquel billete que leía á su llegada y que escondió rápidamente en el pecho?

Todo, hasta las palabras de la loca, turbaban la mente de Corentino.

El cupé pasó como un rayo á cien pasos debajo de la meseta en que Corentino estaba de atalaya.

A la luz de los faroles que daban una claridad

deslumbradora, vió que el cupé era arrastrado por un caballo negro que trotaba con rapidez vertiginosa.

A juzgar por su marcha, no debía tardar más de cuarenta minutos en recorrer las tres leguas que hay de Plelau á Langou.

Corentino no lo distinguía ya: el camino vuelve al pie de la colina y se interna en un valle bastante hondo para subir luego al castillo de Langou, aislado en el centro de este valle, en medio de un parque lleno de árboles centenarios.

¿Qué misterio encerraba aquella carrera nocturna?

Una ansiedad indecible, torturaba el corazón del desdichado. Temía averiguar la verdad y adivinar el secreto de aquella infame intriga.

En vano se dijo que eran quiméricas sus dudas, que en él era una infamia sospechar de Ivona, y sus celos exacerbados, como enconada herida, le recordaban mil circunstanacias, inadvertidas antes.

¿Por qué el duque de Langou habla vuelto tan pronto á su castillo, no visitado otros años?

¿Por qué casi diariamente dirigía sus paseos hacia el parque de Plelau y no á otro siti?

Aquella misma tarde ¿no se habla cruzado con él casi en el instante de salir del castillo?

Las serpientes de los celos se apoderaron en un segundo de su alma, y no pudo sustraerse á sus dentelladas horribles.

Sintió un dolor punzante, algo como si se le desgarrasen las entrañas.

El cupé estaba lejos. Sólo se oía sordo rumor, que iba debilitándose.

Dos veces vió Corentino la luz de los faroles en lo alto de un collado; luego todo quedó sumergido en las tinieblas.

Hubiera dado diez años de vida por saber quien iba en aquel coche. Imaginaba, á su pesar, una escena inverosímil. Ivona arrebatada por fuerza, ó siguiendo de grado al duque, lejos de la casa de su padre.

Entonces, en vez de dirigirse á Scaer tomó una resolución repentina, obedeciendo á aquella imperiosa necesidad de saber lo que causaba su tormento.

¿Qué le importaba, después de todo, una noche en el bosque? No sería la primera vez que trasnochara en la Landa.

Conocía á palmce el terreno y no le hubiera costado trabajo hallar el camino en noches más obscuras.

Arrastrado por fuerza irresistible, se dirigió á Laugen y llegó á media noche á los primeros árboles del parque, bajo los cuales se deslizó como un malhechor que teme que lo vean.

La silueta de la imponente mansión se destacaba sobre un cielo gris obscuro, al borde de vasto estanque en cuyas aguas se reflejaban algunas estrellas.

Ninguna luz se veía á través de las persianas. En derredor del castillo reinaba profundo silen-

cio, solo turbado de cuando en cuando por algunos ladridos.

Corentino cobró ánimos y dió vuelta en torno de la señorial mansión, ocultándose entre los arbustos y los árboles más próximos.

Por el lado del jardín le esperaba una sorpresa.

Adosada á la esquina de la pared de la huerta, vió á unos treinta pasos de su observatorio, una especie de casa rústica de las que solían adornar los parques á fines del siglo pasado.

Sus ventanas estaban cerradas, pero un dorado resplandor se filtraba por sus rendijas, y un penacho de humo ondulaba sobre la chimenea.

Alguien velaba dentro de la casa rústica.

La cosa no era extraordinaria pero, para el desdichado, todo era motivo de sospecha.

Permanecía allí, inmóvil, inundado de sudor, atento el oído, sin decidirse á abandonar su puesto.

En tanto los ladridos de los perros eran más numerosos y frecuentes. Los guardas del parque, encerrados en la perrera, olfateaban á Corentino y á su perro que, viéndose en país enemigo, se aprestaba contra su amo.

Si un criado, despertado por el ruido, les daba suelta, Corentino y su perro serían casados por una jauría.

Era un escándalo inconveniente y ridículo.

Para acabar de una vez, se acercó sigilosamente á la casa rústica, aplicó el oído á las ventanas y escuchó.

Parecióle oír el murmullo de una voz; creyó distinguir una queja sofocada que le cuajó la sangre. O aquella voz era realmente de Ivona, ó sufría una alucinación increíble.

Permaneció dos minutos jadeante, aturdido como si hubiese recibido un martillazo en la cabeza y no oyó más.

Un ruido de pasos que se acercaban le sacó de su estupor. Su compañero gruñó sordamente.

—¡Silencio! le dijo en voz baja.

Dos hombres iban á las cocinas alumbrándose con una linterna.

Corentino sólo tuvo tiempo para meterse entre unos arbustos y esconderse entre las altas yerbas.

Los dos hombres pasaron rozándola.

El más viejo decía:

—El amo halla caza en todas partes. ¿Querías estar en su lugar, Gib?

El mozo dió á su interlocutor una palmada en el vientro y respondió:

—¡Yes, milord! saltando la carosjada.

Pasaron.

Corentino rugía de rabia, resuelto á todo para descubrir el atormentador enigma, cuando dos gacuzos, escapados de las cuadras, se precipitaron sobre él con insistente furia.

El temor de ser sorprendido en acecho y un sentimiento de dignidad y de honor vencieron su curiosidad, y se batió en retirada ante el enemigo, cada vez más numeroso.

Dos minutos después tenía tras de sí una nube

de perros de todas clases, carlines, dogos, gacuzos, de presa y de caza.

En las cuadras, decía Gib á su compañero:

—Algún otro animal que anda en el parque ¿No escassean en el país, verdad señor Bastián?

—Sin contarte á tí, hijo de mala madre, gruñó el cochero.

Corentino se internó rápidamente en el bosque cortado de caminos, en cuyo centro se levanta el castillo de Laugou.

La rabiosa gritería de los perros le seguía como á un jabalí arrojado de su cama.

Sólo al llegar á la senda por donde había venido hizo frente á la obstinada auría.

Pero fué cosa de poco.

Con algunos puntapiés se libró de sus molestos perseguidores y los hizo volver á las perreras.

Los perros, por su parte, al verse en terreno común, dieron por terminada su misión de limpiar de extraños el suelo encomendado á su guarda.

El incidente, aunque grotesco, no hubiera tenido, pues, desagradables consecuencias, de no haber hecho perder á Corentino el fruto de sus trabajos.

Después de cuatro horas de espiar y de correr, nada sabía de una manera exacta.

Con todo, aquella voz quejumbrosa le hacía temblar todavía.

No podía haberse engañado.

Aquella voz era de Ivona.

Pero cuando se ama de corazón, no es fácil resolverse á acusar al objeto amado, y aun cuando,

conozcamos que es culpable, queríamos que nos demostrasen su inocencia.

Al alejarse de la casita rústica se preguntaba Corentino, si no habría sido juguete de un sueño, si habría visto realmente la luz por las rendijas y si habría oído la voz que retumbaba en su alma.

Veis, obligado á ceder á la evidencia.

Una fuerza invencible le clavaba en la piedra donde se había sentado.

Hubiera querido librarse de las ideas que le acosaban y le acometían como una banda de cuervos y de aves de rapina.

Hundida la cabeza entre las manos, trataba de coordinar sus ideas, formando proyectos á cual más insensatos, para demostrarse á sí mismo la falsedad de sus sospechas, cuando oyó hacia Langou el mismo ruido que le había extrañado al salir de Plelau.

Del castillo salía un coche y se dirigía á aquel lado.

En aquel momento se tenía al Oriente de rojiza claridad, que aunque el día estaba lejano iluminaba vagamente los pantanos y los valles.

El carruaje continuaba acercándose. Corentino se levantó y se puso en pie sobre el ribazo del camino.

Su gran silueta se destacaba vigorosamente sobre la claridad naciente.

Ben pronto distinguió el coche.

Era el coupé del señor de Vaudrey que volvía á

cruzar, pero en sentido inverso, el camino de Plelau con rapidez vertiginosa.

Apenas estaba á cien metros.

El bretón bajó al camino y se adelantó un paso.

Estaba loco.

Extendió el brazo para detener el caballo.

Quería averiguarlo todo.

El animal, espantado por aquella especie de fantasma, dió una huida y pasó como una flecha. Al mismo tiempo el cochero descargó sobre la extraña aparición un vigoroso latigazo, que no le alcanzó por fortuna.

Corentino sólo vió que las ventanillas estaban cerradas y que el caballo no era ya negro como el azabache, sino blanco como la nieve.

Pero lo comprendió todo.

Estaba resuelto el enigma.

El duque se había llevado á Ivona y la volvía á Plelau antes que amaneciera.

Loco de furor, amenazó con un puño al coupé, ya fuera de su alcance, y renunció á aquella persecución bochornosa.

¡Ay! ¡Ivona Rebec era mentirosa é infame! ¡No estaba satisfecha de su suerte! ¡No se decidía á admitir la mano de un hombre de su clase! ¡Necesitaba un duque! ¡En vez de aspirar á ser como su madre, una mujer honrada, mantenía relaciones con un gran señor, que se reía de ella! ¡Vaya bendita de Dios! ¡Si luego se arrepintiera, no había de ser él, Corentino Cleguer, el que la compadeciese! ¡Antes la eterna condenación que volver á mirarla!

Su cabeza ardia; la sangre le martilleaba las sienes.

Andaba á la ventura, sin saber por dónde, ni si bajaba á Scaer, ni si subia á Plelau, cuando se llevó la mano á los ojos.

Lágrimas ardientes, lágrimas de furor, según queria creer, rodaban por sus mejillas.

Enjugóselas bruscamente.

¡Lágrimas de furor!

¡Méno mal si lo eran!

Pero eran lágrimas de amor. Sus ojos se derretian al pensar que otro se le habia llevado á su Ivona, la hermosa criatura á quien amaba tanto.

Al principio, como padre que ha criado á su hijo con ternura exclusiva, que le ha visto llorar y sonreír, y ha cuidado de su dicha con vigilancia celosa; después, como amante; pero como amante leal y respetuoso de la que ha de ser la madre de sus hijos, la dulce compañera de su vida, que nunca dudó de ella y á quien horrible rayo de luz saltó los ojos, mostrándosela perdida y deshonrada por un rival indigno y caprichoso.

Preso del dolor más horrible, sintiendo clavarse en su corazón las aceradas uñas de inconsolable pena, vagó por los boques hasta que fué de día.

Volvió á salir el sol; llegó á las seis, sin saber por dónde, á los corrales de Scaer, se metió, sin ser visto, en su cuarto, se echó vestido en la cama y quedó sumido en un sueño calenturiento y letárgico.

A la misma hora, desfallecida y quebrantada,

con los caballos tendidos y la pálida cabeza apoyada en el doblado brazo, Ivona descansaba en Plelau, pero no dormia.

Pensaba en los sucesos de aquella noche que tanto habia de influir en su vida.

He aquí lo ocurrido.

La carta del duque le habia producido una turbación inexplicable.

La pobre joven se violentaba horriblemente negándose á ver al duque.

Todo su ser la arrastraba hacia el seductor.

Se sentia atraida por una corriente irresistible, y no queria, sin embargo, entregarse.

En un intervalo de razón comprendia que aquella falta causaria la desgracia de su vida. Pasado el primer impulso, habia resuelto no escucharle; juraba cerrar los ojos á aquella luz deslumbradora.

Así lo creia sinceramente; pero aquella resistencia, que enardecia los caprichos del señor de Vaudrey, exigia á la infeliz un esfuerzo demasiado vigoroso.

Un seductor experimentado fácilmente podia dar en tierra con aquella alma inocente.

Sus últimas protestas de amor reanimaron el escondido fuego.

Desde que Corentino llegó á Plelau, durante toda la noche, Ivona sólo pensó en librarse de aquel testigo importuno.

Corentino pudo advertir su turbación, aunque sin comprender la causa.

Por fin se decidió á marcharse.

Ivona le acompañó hasta la puerta, y cuando lo vió desaparecer en la obscuridad, respiró libremente.

Estaba sola.

Su padre se encontraba en su habitación.

Las criadas subían á sus boardillas.

Esperó en su cuarto á que el silencio fuéese completo.

Estaba decidida.

Pensaba ver al duque y por última vez oponer á sus súplicas y deseos inquebrantable negativa.

Se resignaba á cumplir sus deberes.

Se casaría con Corentino aunque le costase mucho.

No contaba con su propia debilidad.

Cuando le pareció que todos dormían, se arregló el cabello, obedeciendo á un impulso de instintiva coquetería, se envolvió en un mantón obscuro y abrió la ventana.

La hora de la cita había pasado.

Profunda obscuridad envolvía el parque.

Los criados, guardas y jardineros del conde estaban en sus habitaciones, como el mayordomo.

Ni una luz.

A lo lejos la avenida de las hayas se distinguía más negra que la misma noche.

Allí le esperaba el duque.

Ivona vaciló un instante y se decidió después.

Abrío con precaución la puerta de su cuarto, bajó las escaleras y huyó.

Atravesó la praderilla, adorno de aquella casa en

que su niñez se había deslizado tranquila y pura, y penetró en la avenida.

Un perro guardián vino á acariciarla, pero ella lo despidió y continuó su camino.

Al extremo de la avenida, una sombra se destacó del tronco de una haya, se acercó á Ivona, la cogió las manos y murmuró á su oído:

—Gracias. No dudaba de tu ocazón. ¡Eres un ángel!

—Todas las infelices que se pierden son ángeles para los que las deshonoran.

Pero Ivona estaba atardida, ebria.

Se quebrantaron todos sus buenos propósitos.

La tentación era demasiado fuerte.

Era él, él, es decir, el hombre esperado y amado cuyas deliciosas mentiras le habían robado el alma.

Pasearon algunos minutos bajo el obscuro follaje á través del cual no se veían las estrellas.

Ivona quiso hablar.

El duque la adormeció con las palabras de siempre, más tentaderas en medio de las tinieblas.

Ivona se resistió con mayor energía de la que de su debilidad podía esperarse. Le suplicó que respetase su tranquilidad y su honor, y tuvo el candor de esperar compasión de aquel disoluto, para quien era un simple juego la aventura.

—Te amo, dijo Ivona; ¡te amo, pero no puedo, ni quiero ser tuya!

El duque la llevaba suavemente hacia el camino.

De pronto se sintió cogida por dos robustos brazos.

Quiso gritar, pero un beso ahogó la voz en su boca.

A los dos segundos, iba en el cupé del duque, medio echada sobre los almohadones y mecida por el suave trote del caballo que bajaba rápidamente las cuestas de Plelau á Langou. Si hubiera visto á Corentino hubiese implorado su auxilio.

Se veía perdida.

Tuvo un momento de desesperación sincera.

Pero el duque sonreía.

Mientras franqueaban el camino, supo calmar sus temores, prodigando juramentos y promesas.

—¿Qué temas? le dijo. ¿Hay nada imposible ante la suprema razón del oro? Jamás olvidaré el sacrificio que me haces de tu gracia y hermosura.

Palabras vanas, pero dulces, siempre las mismas pero irresistibles para una alma amorosa.

Cuando el cupé hizo alto á la puerta de la casita rústica, Ivona lloraba, pero sonreía á través de sus lágrimas.

Un gran fuego ardía en la chimenea: una lámpara velada despedía suave claridad sobre las flores de los jarrones y los divanes de felpa.

Las paredes estaban tapizadas de seda; el ambiente lleno de perfumes.

—Es el nido que te he preparado, dijo el duque gozando con su sorpresa.

Mentís.

Allí había recibido por primera vez á la baronesa de Bresson, y cimentado aquellas relaciones, inauguradas por un adulterio y coronadas por un asesinato.

Había sangre en aquel lujo elegante y frívolo, comparable al de los pabelloncitos de los antepasados del duque.

Ivona permaneció tres horas en el infame y precioso gabinete.

No había de olvidarlas.

De ella era la voz que oyó Corentino cuando rondaba alrededor de la casita como una fiera rabiosa.

Ivona estaba á dos pasos, y hubiera podido arrebatársela á su rival, de no detenerle la duda.

Cuando al amanecer se separó Ivona de su afortunado amante á la entrada de la avenida de Plelau, se colgó al cuello del duque.

—¡Júrame que me amarás siempre!—dijo con ardor inquieto.

—¿No te lo he prometido?

—¡Que no amarás á otra!

—¡Ambiciosa!

—¡Júral!

—¿Lo mandas?

—Te lo ruego.

Vanos juramentos que solo se hacen para ser violados.

La joven entró furtivamente en su habitación tiritando de frío, mientras el señor de Vualrey,

tendido muellemente en su carruaje, cansado y alegre:

—Demasiado exigente es la chiquilla, pensaba; pero merece la pena.

LA CASUALIDAD AL SERVICIO DE JUAN MARIA.

Corentino despertó bastante entrado el día.

Creía salir de un sueño.

Tenia la cabeza pesada y confusa las ideas.

Apenas recordaba lo ocurrido.

El herido que despierta en el campo de batalla y se halla solo en un llano desolado y desierto al día siguiente del combate, de sentir impresiones parecidas.

Recobró poco á poco la memoria y recordó los detalles de la caída de su novia.

No trató de persuadirse de lo absurdo de sus sospechas.

La realidad se levantaba incontrovertible entre él y la joven á quien hubiera querido defender contra sus propias sensaciones.

Era necesario estar loco para conservar la menor duda.

A Corentino le parecía estar viendo aquel carruaje que, oculto en la obscuridad, aguardaba á

Ivona y la llevaba después á la odiosa casita, á aquel régio capricho, donde había conocido su voz.

¿Podía haberse engañado?

¿No la hubiera distinguido entre mil, habiendo resonado sobre su corazón tantas veces?

¿Todo había concluído?

La esperanza de su juventud había muerto.

Ivona ya no existía para él.

Era peor que si la hubiese visto encerrada en el sepulcro.

Muerta, hubiera podido llorarla.

Deshonrada, solo merecía desprecio.

La hija de tan honrados padres, educada en honrado hogar y rodeada de buenos ejemplos había huido de noche á echarse en brazos de un hombre que solo podía despreciarla.

El orgullo la había arrastrado á tal vileza.

Algo amargo le subió del corazón á los labios.

Entrevió confusamente la venganza ó más bien el castigo, cuando despreciada, y sin apoyo, agotara todas sus lágrimas para llorar su decepción vergonzosa.

Rudo fué el combate trabado en el interior de su alma.

Se propuso arrancar de su corazón á Ivona y lo creyó posible.

Juró no verla nunca, y durante algún tiempo cumplió su juramento.

Desde aquella noche, su carácter cambió brusca- mente,

Hasta entonces había sido el mozo más alegre en muchas leguas á la redonda.

Su rostro inspiraba alegría, y la inspiraba á todos.

Siempre estaba dispuesto á divertirse y á ayudar á los amigos, bien se tratase de una farsa rústica, bien de cazar lobos ó jabalíes ó de cualquier servicio.

Quien le buscaba le hallaba, dispuesto á todo y alegre.

Corentino era el rey de las romerías, bebía fuerte si era preciso, animaba á los demás y cantaba como nadie.

Sin él no había fiestas.

Las muchachas lo querían y más de una palidecía en secreto envidiando la suerte de la señorita de Rebec, porque para los colonos y la gente pobre, la ahijada del conde Hego era una señorita.

En el campo la mejor estación es el verano.

El trabajo no es grande hasta Agosto; está hecha la siembra y la mies se madura y se dorá. Los árboles están leznos y vestidos.

Por eso cada pueblo celebra durante él su fiesta y reúne á los vecinos.

Pieláu había dado el ejemplo.

Los demás lo imitaban.

Todos los domingos había fiesta en alguna aldea.

Pero Corentino apenas se dejaba ver en las diversones.

Se rompían sin su intervención, las ranas; y en

los tiros al blanco, que antes solía ganar no disputaba el premio.

Comenzó á extrañar tal cambio.

Todos inquirían con inquietud la causa de su aflicción y de su alejamiento.

Pronto lo averiguaron.

La gente campesina tiene ojos tan perspicaces como la de las pequeñas ciudades.

Ivona por el contrario, se presentaba alegre y regocijada por una satisfacción interior que aumentaba la vivacidad y hermosura de su rostro.

Aqué amor que había de ser tan breve, la hacía más hermosa.

Los dos prometidos no se hablaban ya.

Ni se encontraban siquiera.

Si Corentino distinguía de lejos á su antigua amiga, desaparecía como por encanto.

Tales detalles no pasan desapercibidos.

El viejo Rebec estaba taciturno.

Las gentes de Pielau murmuraban.

Deafanse secretillos al oído.

¡El duque de Vandrey rondaba mucho el parque del conde!

Esto era sospechoso.

El amo de los Dos Mulos, no obstante su respeto al castellano de Laugan, se reía de él y soltaba medias palabras, que ponían sobre la pista á las comadres.

Corentino callaba y gurdaba en el fondo de su desgarrado corazón el horrible secreto.

Por lo demás, apenas se le veía. Sus mismos padres y los criados de Scaer, excepto á las horas de comer, no oían hablar del pobre joven.

Muchas veces ni aun se presentaba en casa.

¿A dónde iba?

Todos lo ignoraban.

Se había vuelto silencioso, sombrío, arisco é in-tratable como una fiera.

Salía al amanecer con la escopeta y el perro, y no volvía hasta muy entrada la noche.

Transcurrieron dos meses y medio.

Julio tocaba á su término.

La baronesa de Bresso no había ido á Scaer; pero el señor de Vaudrey se había ausentado de Lau-gou se había ausentado varias veces para detenerse algunos días en París y en Dieppe, donde la hermosa viuda residía en la espléndida villa construida para su recreo.

Obedecía, aunque con disgusto, los prudentes consejos que su amante le daba con fines interesados.

Pero pensaba que iba á acabar el plazo de prueba, y que cada día se obacurecía más el recuerdo del crimen y se aseguraba su impunidad absoluta.

Ivona vivía en continua alternativa de inquietudes y de gozos, amargados por ramordimientos y congojas.

El frenesí de sus primeros días de amor, se calmaba rápidamente, y su oquerra desaparecía.

Su padre apenas le hablaba.

La amaba demasiado para atormentarla, pero llevaba á mal lo que tomaba por irracional antojo de su hija.

Echaba de menos á los amigos de Scaer.

Una mañana detuvo á Ivona que bajaba de su habitación bastante abatida, y le dijo en tono de reprensión:

—¿Qué le has hecho á Corentino para que huya de nosotros?

La joven quiso retirarse para ocultar su rubor, pero su padre la detuvo.

—Hace tres meses—continuó—que no ha puesto los pies en esta casa. Su madre me ha dicho que está triste como la muerte. Haces mal en despreciarle. No conozco otro como él. Los Cleguer son de buena cepa. Yo estoy achacoso. ¿Qué va á ser de ti si faltó?

¿Qué iba á ser de ella?

Hacía algunas semanas que Ivona se dirigía esta pregunta. Espantoso temor la acongojaba.

Hubiera querido retroceder, pero no era posible. Había ido demasiado lejos.

El mal no tenía cura.

Bajó la cabeza.

Por sus enflaquecidas mejillas rodaron dos ardientes lágrimas.

Pero persistió en su silencio.

—Si te casas con él me complacerás—continuó su padre—y también complacerás á tu padrino. Estimo mucho á los Cleguer. Te prepararás una

existencia tranquila, como la nuestra. Tu madre y yo hemos sido dichosos en esta casa, hasta que Dios me la llevó. ¡Vamos! Un esfuerzo. ¿Quieres que le diga que venga? Acudirá volando.

—Aun no..... más tarde..... —balbuceó la desdichada.

El alejamiento de Corentino debía reconocer por causa el haber descubierto el mal guardado misterio de sus citas con el duque.

Desde la noche de la casa rústica habían sido frecuentes.

Le veía casi todos los días.

Corentino había cortado bruscamente sus visitas desde la primera falta de Ivona, como si la hubiera visto.

No había vuelto á Pielau para recibir la prometida respuesta.

Esta circunstancia la inquietaba.

Pero el amor del duque sostenía sus decaimientos. Sus protestas la adormecían. Estaba orgullosa de su cariño y se dejaba llevar por la corriente.

Mas aquella mañana estaba ante su padre, inmóvil, trémula, sin saber qué contestar, sin atreverse á mirarle.

El anciano administrador la observaba con cuidado.

Vió sus ojos distraídos, soñadores, como si siguiesen por el aire un objeto invisible.

—¿A qué esperas? continuó sorprendido por aquella actitud. ¡No creo que pienses casarte con el señor de Laugou!

Y, lleno de recelos añadido, acentuando sus palabras:

—Pasa amenudo por aquí, el señor duque, ¿pero acaso podemos igualarle? Unos pobres palurdos. No hay que forjarse quimeras. Ten juicio. Si tienes alguna queja de Corentino explícatelo. Estamos solos. Habla. No se deben tener secretos para un padre.....

Detúvose un segundo y prosiguió en tono que la dejó pálida como la muerte.

—... á menos que no seas honrada.

Ivona tuvo un estremecimiento convulsivo.

Pero el buen Rebec, que hablaba pocas veces, había empezado á desahogarse.

—Mira, prosiguió, mil veces he pensado en lo que tu difunta madre y yo hemos hecho. Es un error acostumbrar los hijos á grandezas, cuando han de vivir como nosotros. Tú tienes quizá ideas que me ocultas y que harías bien en confiarme. Si te hubiésemos enviado á la escuela del lugar con las demás muchachas, conservándote á nuestro lado, no te creerías superior á tu clase. Me callo, pero veo cosas que no me agradan.....

—¿Por qué y á qué ha hablado usted del duque dijo Ivona enderezándose.

El anciano se arrebató un poco. La oposición le disgustaba.

—Porque viene aquí mas á menudo de lo que yo quisiera, exclamó. Soy franco. No podemos impedirselo. Es vecino y amigo del amo, aunque creo que el conde no lo estima sino en lo que vale. Des-

de la primavera sólo vemos por aquí al duque y su criado, y me disgustan sus visitas. Es un hombre de mala reputación. Creo que no darás oído á sus livianos propósitos; pero ¿quién sabe si Corentino no se ha disgustado por esos paseos que pueden comprometer á una muchacha honrada?

Ivona bajó la cabeza.

La tempestad comenzaba.

—A temás, continuó con aspereza el buen hombre, la gente murmura, y eso no puede tolerarse. ¿Me entiendes? ¡Cásate con Corentino!

Y se apartó descontento de Ivona, de sí mismo y de todo.

¡Cásate con Corentino!

¡Ya era tarde!

Estaba fuera de camino, como tren descarrilado.

Su única salvación era el duque, en cuyo amor procuraba creer, pues la duda atarazaba ya su alma.

En tanto el duque, subyugado por los hechizos de aquella encantadora criatura, procuraba, por simple compasión, hacerla creer en la eternidad de su cariño.

La dulzura de su voz, el fuego de su mirada, sus juramentos, promesas y caricias causaban á la infeliz indecible júbilo; pero cuando se hallaba sola en su habitación, después de noches sin sueño, llenas de angustias mortales, lloraba desesperada.

Había vuelto muchas veces á la casita de Lau-gou.

Como esto no era posible, el duque le daba cita

en la Cruz de los Azules, ó en algún lugar desierto de la landa.

En los alrededores no faltaban parages solitarios.

A los dos dias de la reprimenda de su padre, Ivona salió del castillo después del almuerzo.

Llegó con negligente paso á un sendero que sube por los bosques hasta una eminencia rocallosa donde sólo crecen el líquen, el musgo, el enebro y el brezo entre algunos álamos raquíuticos.

Pedras de granito obscuro cubren acá y allá el suelo, como cráneos de gigantes enterrados sin orden después de mortífero combate.

Serían las dos cuando llegó á aquel sitio.

El cielo estaba nublado, y aunque corría el mes de Agosto, el calor, templado por las brisas del mar que constantemente soplan en Bretaña, no era ciertamente excesivo.

Ivona llevaba un traje ligero y un sombrero de paja ordinaria.

Pero la sencillez del atavío no menguaba su natural elegancia.

Al llegar á la eminencia desde donde se descubra vasta extensión de terreno, se asombró de no hallar á nadie.

Miró á todas partes y esperó.

A los pocos minutos volvió bruscamente la cabeza y dió muestras de espanto.

Acababa de oír á pocos pasos una trompa de caza que le era muy conocida.

Corentino, de pie sobre la pobre maleza que rodeaba la altura á cuarenta ó cincuenta metros de

la cumbre, como el cerquillo ó la asaitada cabeza de ciertos frailes, tocaba la trompa de caza como llamando á algún compañero extraviado en el bosque.

Era imposible que no viese á Ivona que permanecía angustiada por verdadero espanto.

Su novio convertido en enemigo.

¿Cómo no había de serlo?

La sorprendía sola y sin defensa.

¿Qué iba á pasar entre ellos?

Hubiera querido huir, ¿pero cómo escapar de un cazador que corría como un ciervo?

¿A dónde dirigirse?

Tuvo una esperanza.

La de que los compañeros de Corentino respondiesen ó vinieran á buscarle.

Pero pronto la perdió.

Corentino renunció á hacerse cir y se volvió hacia Ivona.

Sus facciones se contrajeron violentamente: pasó por sus ojos una llamarada feroz.

Hizo un movimiento para retirarse, pero cambiando de resolución, se dirigió á la joven.

—Eres tú, dijo duramente. ¿Qué vienes á hacer aquí?

Ivona no respondió. Corentino prosiguió con vehemencia:

—Lo diré yo, pues tú callas. Vienes á deshonar la memoria de tu madre y las cansas de tu padre.

—¡Corentino!

—Tanto peor. Yo no te he buscado. ¿Por qué me sales al encuentro? ¡Ah, miserable! ¡No ha llegado él primero á la cita! ¡Ya se hace esperar! ¡Qué será luego!

La sangre hervía en sus venas. Era formidable su cólera.

Ivona, aterrada, se había levantado.

—Déjame marchar, dijo.

El rugió ferozmente.

—¡Ah! ¡te doy miedo ahora! Sólo eso me faltaba. Tienes razón. Soy un aldeano sin educación, un salvaje; pero, al menos, te hubiera defendido si te hubieran insultado; hubiera roto como una peña al insolente que se atreviera á apuntarte con el dedo; lo hubiera machacado como á una concha vacía. Llámale; pide socorro. ¡Grita! ¡Que venga! ¡Que venga, sí, y verás, vive Dios, lo que entre nosotros pasa! El sitio está bien elegido para citas de amor, y no será peor para matarnos.

Daba espanto Corentino.

Su cólera crecía como una borrachera y le quitaba el juicio.

Ivona trató de huir, pero vaciló y estuvo á punto de caer al suelo.

Corentino, sujetando con una mano las dos muñecas de la infeliz, la obligó á mirarle de frente.

—¡Vamos! menos cobardía; mírame cara á cara, dijo.

La joven se atrevió á mirarle y lanzó un grito abogado.

Estaba desconocido.

Su tez, antes bronceada por el aire, tenía tintes lívidos. Espantaba la demacración de su semblante: los músculos de su cuello sobresalían como cuerdas. Bajo sus órbitas hondas como cavernas, centelleaban sus ojos.

—¿Me hallas cambiado, verdad? continuó el infeliz. Es que sufro cruelmente, y por tí, Ivona, lo cual me parecis posible. No sé si estoy loco ó cuerdo desde que tengo la evidencia de tu infamia. Me has despedazado el corazón; me has hecho sufrir tormentos que no desearía á mí más mortal enemigo. Debía aborrecerte, y á fuerza de voluntad quiero lograrlo. Es duro, pero será. Lo quiero.

—Te aborreceré, como mercedes, repitió, y he de lograrlo.

—¡Piedad, piedad, Corentino!—balbuceó la joven.

—¡Piedad! Más tarde la necesitarás. ¿Quién sabe? Pronto, quizá mañana mismo.

—¡Silencio, por Dios!

—¡Perdida! ¿Te atreves á invocar su nombre?

—¡Cielos! murmuró Ivona cubriéndose el rostro con las manos.

—¡Lo sé todo! ¡Lo he visto todo! ¡Estaba allí la noche fatal en que te escapaste de casa para entregarte á ese bandido! El te esperaba, ocultó como un ladrón, en la avenida que tantas veces hemos recorrido juntos. Se te llevó como una presa en su coche. Se han reído de tí sus criados.

Es un hombre sin decoro. ¿No popia deshonrarte

sin testigos? ¡Te he seguido por el bosque, en la obscuridad, hasta el lugar infame donde han estado ya tantas! ¡He oído tus suspiros, y no se como no he derribado la puerta del lupanar inmundo. ¡Dudaba todavía! ¡Qué estupidez!

Es un sueño, es un desvarío de mi mente, me decía. Nuestra Ivona, la hija de los Rebec, la ahijada del conde, la predilecta de todos, no podía caer tan bajo. No se cae tan pronto del honor de una familia honrada á la infamia de las prostitutas! Era verdad, sin embargo. ¡No me engañaba! ¡Tú eras aquella! ¡La del lupanar dorado!

Retorcó entre sus dedos una vara de encina, como para dar pasto á la cólera que le arrebataba, y continuó con vehemencia.

—¿Qué necesidad tenías de enyilecerte? Si no me amabas, si me detestabas ¿no podías elegir de entre nosotros, un hombre de tu clase, un hombre de bien, para vivir honradamente? ¡Has preferido ceder á las falaces promesas de ese infame! ¿Sabes lo que te aguarda? Oyelo, si lo ignoras. Las muchachas honradas evitan tu contacto. Tu nombre anda en boca de todos. Juanilla la tonta se ha clareado bastante. Sucederá lo que tiene que suceder. Tu dueña que volará á su París, cuando se cansé del campo: no tardará mucho. Te abandonará, y no se acordará de tí más que de la última pastora. Si está en fondos, te dará una limosna. Tú la rechazarás y el ira á reirse de tí con sus bailarinas y queridas. ¡Recogerás lo merecido: abandono, desaparición, infamia!

So furor, un momento apaciguado, crecía espantosamente y le transfiguraba. Embrígábase con sus propias expresiones.

Ivona se arrodilló medio desvanecida.

—¡Perdón! murmuró.

Y agotadas las fuerzas, cayó de espalda, perdiendo el conocimiento.

Corentino recobró la razón súbitamente.

—¡Triste de mí! exclamó; la he matado.

Trató de devolverle la vida; la tomó en brazos, se sentó en una piedra y la mecía en sus rodillas.

Cuando volvió en sí, la llamaba con los nombres más cariñosos; se acusaba á sí mismo y le pedía perdón.

—¿Qué tiene ese hombre para perderos á todas? dijo. El, no tú, es el culpable, pobre Ivona.

Procuró tranquilizarla.

—¿Puedo acaso aborrecerte? No me creas: mentía. Cuando vago por los montes para ocultar mi tormento á extraños que se reirían de nosotros; cuando piero horas enteras sentado en una altura, no puedo decidirme á detestarte. Te veo pequeñita, sonriéndome como cuando saltabas sobre mis rodillas: recuerdo el tiempo en que me hablabas dulcemente; pienso en tus promesas y las creo sinceras. Se ha necesitado que ese ser infernal te tentase y hechizase. Yo no creo en leyendas de hechizas y de brujas, pero sé que hay almas buenas y seres perversos que desean á los demás los males del infierno y procuran conseguirlo. Y á esos, aña-

dió con acento vibrante, no puedes comprender hasta qué punto los execro.

Llameaban sus inyectados ojos.

Ivona dirigió una mirada de angustia al horizonte.

Parecióle oír el ruido de las herraduras de un caballo en las piedras de la landa.

Corentino bajó la voz y dijo con dulzura.

—Me consuela de mis penas que en no lejano día necesitarás un amigo á quien confiar tus dolores. Sufrirás más que yo. Llámame entonces, Ivona, si tu maldito orgullo no se opone. Vendré y verás quien te amaba: si el bandido que te pisoteará en el fango ó el hombre honrado dispuesto á todo para labrar tu dicha.

Hacia algunos segundos que esta escena tenía un testigo oculto tras un grupo de enebros.

Juan María sentía una emoción extraña.

Estaba consternado por lo que acababa de oír, é iluminando al propio tiempo por una idea.

Creía haber hallado un hilo que le guiase en el tenebroso asunto de la avenida de Messina.

¿Cómo?

Sólo tenía una noción confusa.

Y sin embargo, una secreta vez le avisaba que el duque de Vaudrey se perdía con aquella aventura.

Observó que los ojos de Ivona, vueltos hacia una senda, expresaban la ansiedad que puede suponerse.

Del fondo del valle dominado por la eminencia en que estaban, llegaba un caballo á galope.

En pocos minutos llegaría á la cima.

Los dedos de Corentino se crispaban sobre el cañón de la escopeta.

También había visto al jinete.

Juan María se descubrió y tocó á su hermano en el hombro.

—Deja á ese hombre, lo mando. No te pertenece.

—¿Por qué? preguntó ferozmente Corentino.

—Es de otros.

—¿Qué quieres decir?

—Ya lo sabrás.

Y como se resistiese Corentino, Juan María le dijo en voz baja:

—Tu venganza será completa, te lo juro.

—¿Qué he de hacer?

—Nada. Callar y esperar. Vamos.

Juan María arrastraba á Corentino.

Corentino dió un salto, y se desasí de Juan María. Cogió á Ivona por un brazo y se lo retorció sin que la infeliz se quejase.

—Ahí está, dijo, el infame á quien te has entregado. Yo había guardado tu secreto. Sólo la casualidad lo ha descubierto. Júrame no hablar de nuestro encuentro. Si tu amante llega á saber que estaba junto á tí, que le he visto y que no le he metido una bala en el vientre, le machacaré la cabeza con una piedra, como aplasto á este sapo.

Y aplastó bajo su pie un lagarto.

Y ahora, añadió, vete á buscarle, y ¡que Dios te perdone!

Juan María consiguió llevárselo.

Los dos hermanos descendieron con rapidez hacia Scaer, y desaparecieron entre el bosque.

Anduvieron largo rato en silencio.

Cuando se detuvieron á la orilla del estanque, eran cerca de las cuatro.

—¿Con que lo sabías todo? dijo Juan María.

—Todo.

—¿Y no lo decías?

—¿Para qué? El mal está hecho y ella es libre.

—¿Ivona es querida del duque?

—Sí.

—Desde cuándo?

—Hace mucho. Ya la rondaba otros años. Ita á menudo á Plelau. Había demasiada confianza. Ivona no tenía ya madre que la defendiese.

Corentino se ahogaba. Desde la noche fatal, su cabeza ardía.

Sintió un alivio como si descargase su conciencia en el confesionario.

Juan María meditaba.

Aquella misma tarde fué á la estación de Montauban de Bretaña y tomó el tren de Paris.

Al día siguiente estaba en la avenida de la calle de Messina, y á las ocho de la mañana entraba en el despacho del barón Noel.

XV

REVELACIONES.

Por el rostro casi alegre del bretón comprendió el banquero que traía noticias importantes.

Hasta entonces, el antiguo ayuda de cámara de Santiago no le había dicho nada que ya no supiese.

De todos sus viajes á Scaer había vuelto con la cabeza baja, como lebrél que vuelve sin haber levantado una pieza.

El barón esperaba con impaciencia.

Aproximábase el momento psicológico.

Lo presentía, pero no lo apresuraba.

Su divisa era la de los italianos: tardo, pero seguro.

—¿Y bien? Juan María, ¿qué hay de nuevo?— dijo.—¿Has aprovechado el viaje?

—Sí y no, señor barón.

—No te entiendo.

—Quiero decir, señor barón, que lo que á unós aprovecha, perjudica á otros.

—¡Diablo! ¡Vaya unos enigmas que me gastas! ¿Y tu familia?

—Los padres están buenos.

—Bien.

—Pero Corentino tiene penas.

—¡Penas un joven tan alegre! ¿Y por qué, Juan María?

—El pobre estaba perdidamente enamorado de una joven vecina.....

—Lo sé, Ivona Rebec, la ahijada de Plelau.

—De esa.

—Iban á casarse.

—Así estaba convenido.

—¿Por qué dices estaba convenido?

—Porque el matrimonio no se verificará.

—Ivona es hermosa y de buena familia.

—Sí, señor barón; pero.....

—¿Hay un pero? preguntó el barón.

—Los Rebec, que son lo más bueno del mundo, han educado á su hija como una señorita. La han tenido en el convento de Rennes. Es bonita como un amor..... coqueta..... ambiciosa.....

—¿Y eso es una falta?

—No, sin duda. Pero se le ha metido en la cabeza que no la conviene un aldeano como Corentino. Ha debido hacer comparaciones, y después de pensarlo bien, ha elegido un novio de título, brillante, ilustre caballero.....

—¿En nuestra tierra?

—Sí, señor.

—¿Qué estás diciendo?

—La verdad.

—¿Y ese brillante caballero, es de nuestra vecindad? preguntó el barón, que empezaba á comprender.

—De los alrededores, señor barón.
—No atino, añadió el banquero como procurando recordar.

—¿Es el señor de Plestin?

—Ese no pica tan alto.

—¡Diablo! ¿Quizá Trevern?

—Tampoco.

—Pues no veo quien.....

—El señor barón se olvida de Laugou y de su propietario.

—¿Qué relación hay entre el duque de Vaudrey é Ivona?

—No lo sé, señor barón. Sólo sé que el duque, que se encerró en Laugou, por causas para mí desconocidas, debía aburrirse soberanamente en su retiro. Ha buscado distracción. La tenía á su alcance. Conocía á Ivona como el señor barón la conoce. Entraba, como vecino, en el castillo de Plelau. Ha visto que Ivona era la muchacha más hermosa del país; que iba á cumplir diecinueve años; que era inocente, sencilla, fácil de engañar. El duque es un ámbar con las mujeres, y, no puede negarse, buen mozo también. Se ha divertido en presentarse en todas partes: en las romerías, en la aldea y en las avenidas del parque de Plelau, abierto para él como para todo el mundo. Ha hallado ocasiones de mirarla, de hablarla, de aturdira con palabritas de miel, y ella se ha dejado subyugar, hasta el punto, para decirlo en una palabra, de ser hoy Ivona la querida del duque Vaudrey.

—¿Es una novela? dijo el banquero.

—¡Es una verdad, señor barón, la triste verdad!

—¿Estás seguro?

Juan María nada podía ocultar á su señor.

Relató en breves términos la escena que había presenciado, y la desesperación y el furor de Co-rentino.

—No lo conocería el señor barón, dijo al concluir. ¡Tan cambiado está! La pobre Ivona también está que da compasión. Tentado estoy de compadecerla á pesar de su falta.

Y con intención, que su amo no dió muestras de entender:

—Es un vecino sumamente peligroso ese duque, añadió.

—¿Sabeñ en el pueblo lo ocurrido?

—Aun no, pero no tardará en descubrirse.

—¿Por qué?

—Una idea mia, señor barón.

El banquero jugaba con su plegadera, y parecía tan impasible como el Sócrates de bronce bebiendo la cicuta, que decoraba el reloj de aquel despacho celebre, cuyo mobiliario no ha cambiado desde el abuelo de Noel, fundador de la dinastía de los Bresson.

—¿No sabes más, Juan María? preguntó á continuación.

—Nada más, señor barón.

—Está bien. Retírate. ¿Cuándo vuelves á Scaer?

—En cuanto lo ordene el señor barón.

—El pobre Plelau sentirá en el alma esa locura. Hay que ocultársela.

—Yo creo que también la sentirá otra persona...

—¿Quién?

—La señora baronesa.

—Siempre con tus ideas, Juan María.

—Siempre, señor barón. ¿No le da prisa la señora para ir á Scaer?

—Luisa es muy discreta. Si lo desea, no lo sé, porque no habla de eso nunca.

Juan María se mordió los labios.

Aquella reserva le molestaba.

Sazona que los proyectos de retiro de Luisa debían coincidir con los del duque.

Y no era así.

El barón se sonreía interiormente.

Leía los pensamientos de Juan María, como si el fiel bretón los llevase escritos en la frente.

Iba á despedirle, cuando se abrió la puerta del gabinete y entró la hermosa viuda, vestida de negro.

El luto realzaba su incomparable frescura.

Se quitó un guante, tendió la mano al banquero, que la estrechó entre las suyas, y se sentó en un sillón junto á la mesa, como si estuviese en su casa.

—Luciana me ha dicho que Juan María había venido de Bretaña, dijo, y vengo á saber noticias. Santiago, añadió con ligera emoción, adoraba aquel país, y Scaer es una maravilla.

Juan María dirigió una mirada rápida al banquero.

El rostro del barón permanecía impasible.

Luisa Renaud interrogó al criado con el más natural descuido; se informó de los Cleguer, de los colonos, de la cosecha, de infinidad de detalles, de todo, en fin, menos de Langou.

Juan María, cansado de esperar la pregunta que no le dirigía, dijo:

—¿Sabe la señora baronesa que el señor de Vaudrey está hace tiempo en su posesión?

—¡El señor de Vaudrey! dijo la viuda con indiferencia admirablemente fingida. ¡Imposible!

—¿Me permite la señora preguntarle por qué es eso imposible?

—Porque el señor de Vaudrey adora á París; es su pasión, su única pasión, según dicen. No lo deja sino en el último extremo.

—Pues, sin embargo, está en Langou.

—¿Usted lo ha visto?

—Con mis propios ojos.

—¿Dónde?

—En varios sitios, pero sobre todo, en Plelau.

—¿Y qué hace en Plelau?

—Lo de costumbre.

—¿Pero qué?

La calma de la baronesa excitaba á Juan María.

—Hace el oso á las niñas bonitas, respondió con viveza.

El golpe era certero.

La viuda no pudo ocultar su impresión, que fué rápida, pero se repuso en seguida.

—¡Niñas bonitas en Plelau! dijo. Me esombra usted, Juan María.

—Pues las hay.

—¡Nómbrelas usted!

—Una al menos.

—Una..... es poco.

—Bastante para el señor de Vaudrey.

—¿Se llama?

—Ivona Rebec.

La baronesa hizo como que quería recordar.

—Ivona Rebec..... dijo, ¿la hija del administrador?

—La miema, señora baronesa.

—¡Ivona Rebec! Es verdad, ya recuerdo. Debe ser bonita. Sí, en efecto, de pequeña prometía.

—Menos de lo que ha dado.

—Ya lo veremos.

El banquero intervino.

—Cuando quieras, Luisa.

La hermosa viuda conoció quizá el lazo, pues respondió con la mayor indiferencia:

—¡Oh! no hay prisa. En Septiembre, si quieres.

El señor de Vaudrey estará ya en su adorado París. Veremos.

Y añadió con irónica compasión:

—Dicen que ha perdido las tres cuartas partes de su fortuna.

Noal Bresson hizo un gesto desdefioso.

—Las tres cuartas partes, dijo, eres muy indulgente, Luisa. Ni un sueldo posee á estas horas. Creo que hecho el balance no le quedarán más que deudas. Pero ya conoces la sociedad. A un hombre de su edad, de su talle y de su nombre, nunca le fal-

tan recursos, á menos que renuncie al matrimonio, lo cual sería una locura. Lo sé de buena tinta. El duque es hombre al agua, pero le brindan botes de salvación, y se salvará.

Luisa Renaud se sonrojó ligeramente; pero por rápido que fuese el cambio de color, lo percibió el banquero.

Hablaron como amigos, de cosas sin importancia, y se separaron.

Cuando el banquero estuvo solo con Juan María, le dijo con voz cortada:

—Creo que no tardaremos en ir á Scaer. Toma la delantera. Procuraré que Luisa vaya antes que yo, quiero estar al corriente de lo que hace. ¿Entiendes? Necesito conocer todos sus pasos.

Juan María sintió un estremecimiento de gozo. Por fin su amo se decidía á hablar.

Era la primera vez que le daba órdenes precisas.

—Se le seguirá, dijo.

—Sin que ella lo note.

—Sí, señor barón.

—Marcharás mañana.

—Está bien.

Noal Bresson sacó cinco mil francos de un paquete de billetes y los puso sobre la mesa, delante de Juan María.

—Para los gastos menudos, dijo. La guerra no se hace sin dinero, porque es una guerra la que emprendemos, Juan María, guerra de emboscadas y astucias. En ti fio. Si te hace falta, allí estoy, dis-

y noche. Una mujer ha perdido á mi hermano, y otra mujer perderá á su miserable asesino. Ya te decía yo que no teníamos más que aguardar.

El banquero se expresó con una vehemencia que electrizó al bretón.

—Vete, Juan María, dijo.

Por toda recompensa le alargó la mano.

El criado la estrechó y salió cuando el conde Hugo entraba en el gabinete.

—Amigo mio, le dijo el barón, puedes cerrar las maletas. Dentro de pocos días iremos á Morbihan.

El conde Hugo levantó las manos hacia el techo, como un prisionero á quien ponen en libertad.

Adoraba á su Bretaña, y sólo estaba en París para acompañar al banquero.

—¡Al fin te decides! exclamó.

—Esperaba la decisión de mi cuñada, y tengo motivos para suponer que no ha de tardar en manifestarla.

—¿En qué te fundas para creerlo?

—En ciertas palabras que acabo de oír.

—¿Con motivo?.....

—De Laugou. Lo van á vender. El duque se ha ido á pique.

—¿Hasta ese extremo?

—Renaudet lo asegura.

—Puede equivocarse.

—El notario y el agente de negocios del duque están furiosos contra su oliente.

—¿Por qué?

—Porque rechaza la mano de cuantas herederas le proponen para sacarlo á flote. Ni siquiera se molesta en decirles por qué.

—¡Bah!

—Chapuzet se lo ha dicho á Renaudet. Ya lo sabes, las gentes de negocios suelen contarse esas cosas.....

—¿Y das crédito á esas fábulas?

—Querido Hugo, replicó el banquero acentuando sus palabras, creo que conozco á una vinda joven, cuyo mayor placer sería enjugar el déficit del duque. Por eso el duque no acepta las demás, ó yo me engaño mucho.

El banquero miró fijamente al conde, que se estremeció.

Se habían entendido.

XVI

JUAN MARIA SIGUE TENDIENDO SUS REDES.

El mayor de los Breson no gastaba por lo común tantas palabras.

Pertenecía á la categoría de los silenciosos. Su prolijidad acusaba la alegría de un descubrimiento importante.

Parecíase al inventor que, tras vanos esfuerzos, halla, al fin el elemento necesario á su triunfo.

y noche. Una mujer ha perdido á mi hermano, y otra mujer perderá á su miserable asesino. Ya te decía yo que no teníamos más que aguardar.

El banquero se expresó con una vehemencia que electrizó al bretón.

—Vete, Juan María, dijo.

Por toda recompensa le alargó la mano.

El criado la estrechó y salió cuando el conde Hugo entraba en el gabinete.

—Amigo mío, le dijo el barón, puedes cerrar las maletas. Dentro de pocos días iremos á Morbihan.

El conde Hugo levantó las manos hacia el techo, como un prisionero á quien ponen en libertad.

Adoraba á su Bretaña, y sólo estaba en París para acompañar al banquero.

—¡Al fin te decides! exclamó.

—Esperaba la decisión de mi cuñada, y tengo motivos para suponer que no ha de tardar en manifestarla.

—¿En qué te fundas para creerlo?

—En ciertas palabras que acabo de oír.

—¿Con motivo?.....

—De Laugou. Lo van á vender. El duque se ha ido á pique.

—¿Hasta ese extremo?

—Renaudet lo asegura.

—Puede equivocarse.

—El notario y el agente de negocios del duque están furiosos contra su oliente.

—¿Por qué?

—Porque rechaza la mano de cuantas herederas le proponen para sacarlo á flote. Ni siquiera se molesta en decirles por qué.

—¡Bah!

—Chapuzet se lo ha dicho á Renaudet. Ya lo sabes, las gentes de negocios suelen contarse esas cosas.....

—¿Y das crédito á esas fábulas?

—Querido Hugo, replicó el banquero acentuando sus palabras, creo que conozco á una vinda joven, cuyo mayor placer sería enjugar el déficit del duque. Por eso el duque no acepta las demás, ó yo me engaño mucho.

El banquero miró fijamente al conde, que se estremeció.

Se habían entendido.

XVI

JUAN MARIA SIGUE TENDIENDO SUS REDES.

El mayor de los Breson no gastaba por lo común tantas palabras.

Pertenecía á la categoría de los silenciosos. Su prolijidad acusaba la alegría de un descubrimiento importante.

Parecíase al inventor que, tras vanos esfuerzos, halla al fin el elemento necesario á su triunfo.

¿Qué buscaba?

Un resorte para poner en juego las pasiones de sus adversarios y arrancarles el perseguido secreto. Acababan de proporcionarle este resorte.

Los celos.

Este feroz auxiliar le daría el medio de vencer la resistencia de su cuñada, á quien nada había detenido en la fatal pendiente por donde la pasión la precipitaba.

El banquero había calculado con matemática precisión las consecuencias probables de la torpeza que el duque, cediendo á su carácter egoísta y disoluto, acababa de cometer dando pábulo al incendio que tal incremento podría tomar en un alma del temperamento de Luisa.

Si hubiese visto á la bella viuda cuando, depuesta la máscara de disimulo, fué dueña de sí misma, hubiera quedado satisfecho de la estratagemata del criado.

En cuanto estuvo fuera del gabinete, no pensaba sino en la frase rudamente formulada por el antiguo servidor de su marido:

—El duque hace el oso á las niñas bonitas.

El tono con que lo dijo Juan Maria la sublevaba los nervios.

Había pronunciado el nombre de Ivona Rebeco con insistencia atormentadora.

La baronesa rauda sus recuerdos mientras sus dos magníficos caballos bayos la llevaban en su victoria forrada de raso á la avenida de Messina.

Aquella Ivona era, en efecto, de rara hermosura. El conde Hugo, orgulloso de su ahijada, se la había presentado en Plelau. La había visto más de una vez y la había estudiado como perita en la materia.

Con sus vestidos de aldeana, Ivona tenía la distinción de una gran señora.

¡Y muy coqueta, la niña!

Siempre vestida á lo aldeana de zarzuela: muy limpia y perfilada. Su padrino, el conde Hugo se encargaba de proveer su guardarropa. No había estación en que el conde, con su espiritual hombría de bien, no recorriese todos los grandes almacenes, pandemonium de la galantería, por curiosidad en primer término y después para comprar todo lo que podía ser agradable á la pobre niña.

Con verdadero placer de padre ó de tío enviaba á Plelau aquellos trajes que no le arruinaban.

¡Ah! ¡si hubiera sabido lo que ocurría!

Con qué vehemencia no hubiera detestado al seductor que deshonraba á su única ahijada, amada con el puro cariño que sólo pueden inspirar aquellos á quienes hemos visto nacer y crecer bajo nuestra guarda.

El también, angustiado por la muerte de Santiago Bresson á quien quería como hermano, tenía sus sospechas; pero no se atrevía á formularlas y dejaba á Noel la dirección, seguro de que la llevaría á feliz término.

La victoria de la baronesa pasaba admirando á

los transeúntes que se asombraban de lo lujoso del tren y de la soberana bellera de la viuda.

Ni uno dejaba de pensar que la propietaria debía verlo todo de color de rosa.

¡Cuánto se equivocaban!

La baronesa sentía un principio de tempestad en su cabeza.

Pensaba que, en son de burla y sin malicia, podía haberla dicho la verdad Juan María.

¿No había el duque elogiado únicamente, años antes, los nacientes encantos de aquella muchacha?

¿No había llegado á decir: «La ve usted, Luisa?...

¡Qué éxito alcanzaría entre cierta gente! Ideal, por vida mía.

Tenia ya, no presentimiento, sino evidencia de una traición.

Porque, ¿qué interés tenía el criado para inventar tal mentira?

¿No había sido siempre atento y respetuoso? ¿No ignoraba sus relaciones con el duque?

¡Por eso se oponía á su ida á Scaer! Los buenos y prudentes consejos no tendían á otro fin; quería alejarla del teatro de sus felonías.

En cuatro meses sólo le había consagrado una semana.

¡El señor de Vaudrey la postergaba á una campesina!

Ahora se explicaba su frialdad, sus hastíos, su necesidad de huir de París, su entusiasmo por Bretaña, antes tan aborrecida.

Y aquel hombre la engañaba, á ella, á Luisa Renaud, tan preciada de perspicaz y astuta.

Mentía con increíble descaro.

¡Y por él había afrontado tantos peligros, y había expuesto su honor y su libertad haciéndose cómplice del asesinato de su marido!

Hubiera querido volar á su lado, á Laugou, para verle, interrogarle, y sorprender sus pensamientos.

El baron Noel tenía razón al decir al conde que se preparase para el viaje.

La hora de la acción se acercaba.

El viento sembrado por Juan María iba á producir tempestades.

La baronesa, se dijo, que había tenido ya bastante prudencia, que nada le retenía en París, que era tiempo de disfrutar de la libertad, á tanto precio comprada, y que ningún motivo de temor existía.

Cuando llegó á su habitación abrió para respirar las ventanas que daban al jardín, común á las dos casas.

Se ahogaba.

Bajo un grupo de castaños vió á su doncella Luciana hablando con Juan María.

Desde la muerte de su amo, el bretón, que gozaba de la confianza del baron Noel, se mostraba muy amable con la confidente de la viuda.

Luciana no rehusaba sus obsequios.

No porque la sedujese el talle de Juan María.

Sin ser deforme, ni repulsivo, Juan María distaba mucho de parecerse á su hermano. Era de me-

diana estatura y facciones vulgares, sólo animadas por la sorprendente viveza de sus ojos.

Juan María no era de esos criados buenos mozos y fatuos que hacen perder el juicio de las marquesas.

Pero Luciana, no favorecida tampoco por la naturaleza, daba gran valor al ingenio y tenía en alta estimación el de Juan María.

No ignoraba, por otra parte, que Juan María, entre salarios, ahorros y propinas, podían pasarlo regularmente.

Juan María era un capitalista.

Tales condiciones son muy de estimar para almas positivistas.

Luciana veía además que su edad y la del criado concordaban á maravilla. Juan María iba á cumplir cuarenta años, la edad de la madurez y la experiencia, y ella frisaba ya en los treinta y cinco.

Sí más tarde, porque no había prisa, el Breton de Scaer pretendía su mano. Luciana pensaba meditar sobre la proposición y era fácil que se decidiese una vez redondeada su fortunilla.

La conversación tomaba, por de pronto, un giro favorable, y Juan María, que nunca había abordado de lleno el asunto interesante para Luciana, comenzaba á insinuar con precaución, demostrando á la buena pécora, que llega una edad en que conviene jubilarse; en que se necesita tranquilidad y sosiego, pero no para vivir sólo como un jabalí en el bosque; en que hace falta compañía, ó mejor aun,

carísimo, y que es difícil hallar una mujer buena, pues conocía muchas que ni para sus enemigos las quería.

Luciana escuchaba sin pestañear las explicaciones de Juan María, cuando la segunda doncella de la baronesa se asomó á una ventana, y llamó:

—¡Luciana!

La antigua discípula de las hermanas de la Caridad, había conquistado cierta independencia y solía gozarse en demostrarlo.

Respondió con un gesto á su compañera y siguió usted,—dijo á Juan María.

Pero el Breton era el deber personificado.

Además había avanzado lo suficiente para un primer ataque.

Era también la exactitud en su punto.

—Vaya usted, señorita Luciana, dijo; después hablaremos.

No era de este parecer la doncella.

—No haga usted caso, repuso. Ya esperará un momento la señora.

—A propósito, dijo Juan María; ¿van ustedes á ir pronto á Scaer? Yo me vuelvo. Allí podremos hablar á gusto.

Luciana se disparó.

Olvidó un instante su habitual reserva.

—La señora lo desea, dijo, pero no dice esta boca mía.

—Hace mal, replicó Juan María; el señor barón tomará el tren en cuanto se lo diga. Quiere mucho á la señora.

Luciana se acercó á Juan María y dijo brusca-
mente.

—¿Lo cree usted?

—¡Diablo!

—Le suponía buen olfato.

—Le tengo, pero no entiendo lo que me dice.

Juan María tenía el rostro más ingenuo del mundo.

—La señora es como usted—siguió Luciana.—
Cree que el barón está loco por ella.

—Pues bien, ¿quiere usted que le diga lo que
pienso?

—Sin duda.

—Acá, para entre nosotros, esa amistad es muy
dudosa.

—¡Oh, Luciana!—exclamó Juan María en tono
de reprensión.

—¡Ya se verá! En casa hay que cerrarse la boca;
pero ya hablaremos.

—Sí, hablaremos bajo los árboles de Scaer y pa-
ra entre nosotros, como dice usted Luciana.

—Y Chiton con los demás.

—Diablo, no puede uno fiarse.

Juan María aparentaba una ingenuidad sublime.
La segunda doncella volvió á gritar.

—¡Luciana!

—¡Qué cargante está esa Adelal!—dijo la otra.

—Hasta pronto Juan María.

Luciana estaba muy emocionada.

No es prudente hablar de matrimonio á las mo-
zas viejas.

En tocando á este punto casi todas se alborotan
como caballos viciados.

En la escalera se volvió para dirigir á Juan Ma-
ría un saludo muy parecido á un beso.

—¡Hola! ¡hola!—pensó Juan María:—muerde el
cebo antes de lo que imaginaba. Después de todo,
no es tan fea como parece. Le prometeremos el
matrimonio por averiguar la verdad.

Y añadió riéndose del chiste.

—Prometer y cumplir son cosas distintas. A un
picaro otro mayor.

FIN DEL PRIMER TOMO.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE

AMOR DE MADRE.

Cuando anunciaron al juez de Z... la visita del Doctor Santisteban, estaba aquel cómodamente reclinado en el sofá, durmiendo la siesta.

—Será sobre el misterioso asunto de ese niño, pensó el magistrado, poco satisfecho de aquella visita en hora tan intempestiva.

—Qué pase, dijo, no obstante, al criado.

—El doctor Santisteban entró, saludando cortesmente mientras el magistrado le invitaba á tomar asiento diciéndole con amable sonrisa:

—Me perdonará V. si no me levanto, pero esta terrible jaqueca que tengo me tiene desesperado.

—Dispense V., replicó el doctor, si vengo á molestarle. El objeto de mi visita es...

—El asunto del niño, verdad? le interrumpió el magistrado sin dejarle concluir. Lo he adivinado en seguida. Le aseguro á V., continuó diciendo, que desde hace treinta años que estoy en esta población no ha sucedido un hecho, semejante; aquí la gente es muy pacífica. Ha sido una grandísima desgracia.

Pobre señor conde, le compadezco y comprendo cuanto debe sufrir. Yo le he ofrecido poner de mi parte cuanto pueda para esclarecer los hechos, pero lo veo todo tan confuso. Sólo hay una persona en quien recaen las sospechas más directamente.

El doctor, al ser pronunciadas por el juez estas últimas palabras, se puso extraordinariamente pálido. Iba á hablar, pero titubeó un instante. Más en seguida, con la resolución del que cree cumplir con un imperioso deber, se explicó de esta forma:

—¿Sencillos? Interrogó el magistrado. Y no hay ningún rastro, ningún indicio, ninguna suposición que pueda abrir luz en el misterioso asunto. La única persona de quien puede sospecharse es la doncella.

—La doncella es inocente, señor juez, por eso he venido, para que se ponga en claro la verdad. Creo saberlo todo.

Al oír esta afirmación el magistrado se incorporó rápidamente:

—¿Decís que lo sabéis todo? Hablad, por favor hablad.

Hubo un momento de silencio en la estancia. El juez ya incorporado en su asiento, miraba con fijeza al doctor que pensativo parecía ordenar las ideas para explicarse mejor. Con acento sentimental, en voz casi baja y muy lentamente empezó así:

—Es una historia dolorosísima, y será preciso que tenga un poco de paciencia para escucharla.

Hace ahora cerca de tres meses, pues fué á primeros de Junio y estamos ya casi en el mes de Septiembre. Pocos días hacía que había llegado yo al Hotel, la temporada apenas había comenzado y los forasteros eran muy escasos. Una noche cuando estábamos en la mesa, «mesa redonda,» vimos entrar una familia compuesta de un caballero, una señora, un niño y la doncella. El caballero era alto, rubio de simpática presencia; el niño se parecía todo á él, podría tener unos dos años, rubio, muy rubio, con una carita sonrosada, preciosa, angelical. La señora que debía ser esposa del caballero y madre de aquel niño era muy joven aún, pero el color de su rostro y todo su aspecto demostraba que debía hallarse muy enferma. Se veía claramente que hacía un verdadero esfuerzo para tenerse en pie y sonreír, pero con una sonrisa melancólica que á mi me producía una impresión dolorosa, pues por mi calidad de médico comprendía lo mucho que debía sufrir aquella señora.

Sentáronse á la mesa frente á mi. Antes sorprendí una mirada que se cambiaron el marido y la doncella, cuyo significado no pude comprender. Se habían sentado el marido en medio, la señora á uno de sus lados y la criada con el otro. Entonces la señora dirigiéndose al niño:

—Ven aquí conmigo Luisito, dijo haciendo ademán de cogerlo de brazos de la criada.

El niño, alargaba ya, alegre, sus manecitas para agarrarse al cuello de su madre, cuando él, su pa-

dre, sujetáa loo bruscamente, con modales verdaderamente brutales, le obligó á sentarse en la silla que tenia al lado diciendo:

—Aquí, siéntate aquí, que estarás mejor.

El rostro de la infeliz madre, pálido de suyo, adquirió la amarillez de la cera y con los ojos húmedos de lágrimas la oí suplicar humildemente al marido.

—¡Oh! per Dios te lo suplico, déjamele, déjamele.

Pero él la respondió con algunas palabras dichas en voz muy baja que no pude oír, y la pobre señora no osó volver á despegar los labios.

Ante aquella escena sentí conmovérseme el alma en un sentimiento de piedad profunda.

Aquel incidente fué muy comentado en el Hotel.

No sé de qué manera, llegué á saber que aquella familia eran los condes de X.....

Terminado el concierto que todas las noches tenia lugar, subí á mi habitación y me puse á leer, como de costumbre. A poco rato sentí pasos en el corredor, y poco después un camarero del hotel entraba en mi cuarto diciéndome:

—El conde de X..... ruega á V. que se sirva bajar á su habitación.

El conde ocupaba un departamento del primer piso. Cuando bajé, lo encontré levantado aún y sentado junto á la cama de su mujer. Al verme, se adelantó á mi encuentro y me dijo en pocas palabras:

—La condesa está enferma del pecho; una consecuencia del parto, que hace dos años la hace sufrir, y sobre la cual no me hago muchas ilusiones. He corrido toda Europa en busca de un médico que la salvase, inútilmente. Hoy he perdido ya toda esperanza, y si me resigno á soportar esta miserable vida, es por mi hijo, doctor, por mi hijo; sin él no os respondo de lo que hubiera hecho.

—La condesa:..... me atreví á decir, para abreviar aquel diálogo, y haciendo ademán de aproximarme al lecho.

—Sí, es cierto contestó el conde introduciéndome en la cámara.

La condesa estaba acostada vestida; aún tenía una preciosa bata blanca, por entre la que asomaban los diminutos pies y se dejaban ver un poco las medias, que eran azules, dándole aquella ropa más carácter todavía de una niña. Parecía una lindísima flor marchita. La cogí la mano y ardía, la frente abrasaba también.

—Tiene una fiebre atroz —le dije al conde. —¿Desde cuándo está así?

—Desde hace unas dos horas. Ya estaba algo indispuesta desde por la mañana. Sin duda la fatiga del viaje.....

La condesa entonces con voz apagada llamó:

—Luis, Luisito, ven aquí.

—Eso es —llama ahora á mi hijo prorrumpió con sequedad el conde.

Por la manera con que acentuó la frase «mi hijo,» comprendí al instante el íntimo drama de aquella

familia. El conde estaba celoso de su hijo: Condenado casi irremisiblemente á perder á su mujer, quería conservar seguro al único tesoro que representaba su felicidad futura. Enferma la condesa de esa enfermedad que no perdona, la tisis, no quería que su hijo sufriera el contagio, y por eso no permitía que se acercara á su madre. Así me lo confesó después el conde, enternecido, casi con lágrimas en los ojos.

La triste historia que había descubierto me impresionó vivamente. Resolví emplear toda la fuerza de mi inteligencia, de mi voluntad, para intentar con todos los recursos de la ciencia, arrancar á la condesa de la muerte. Pero cuando al siguiente día examiné más detenidamente á la enferma, vi que mi generoso pensamiento era imposible. Los pulmones estaban completamente desechos, el corazón muy alterado, la sangre debilísima y escasa. No habría creído nunca, á no verlo con mis propios ojos, que en aquellas condiciones fuera posible la vida. Era un verdadero milagro, y aquel milagro se cumplía por un efecto del amor materno. Aquella mujer vivía por un esfuerzo heroico del amor que tenía á su hijo, y se veía claramente, cuando éste se hallaba á su lado, porque entonces se la veía reanimarse, revivir, en una palabra, como una luz á la que se pone aceite.

Afortunadamente mejoró un poco y pudo levantarse después de algunos días. Por las tardes salía con la doncella y el niño á pasear por los alrededores de la población. Muchas veces el conde hon-

rándome con su confianza me rogaba que acompañase á la condesa mientras él despachaba otros asuntos que reclamaban su presencia. Abusando de esa confianza que el conde me confiaba, muchas tardes permitía á la condesa un rato de expansión maternal. Al efecto, cuando estábamos en el campo, pretextando haber olvidado alguna cosa, mandaba á la criada al hotel y entonces cogía á su hijo y lo besaba y lo acariciaba á su gusto.

Aquellas expansiones le devolvían la vida, si así puede decirse, y yo que creo que únicamente aquello la sostenía en pie. Pero una tarde fué sorprendida por el conde en uno de estos transportes de maternal amor. Al verlo, púsose pálida como la muerte, y lanzando un grito de sorpresa, cayó en tierra como herida por el rayo.

La llevamos en seguida al hotel y la acostamos. Ocho días estuvo entre la vida y la muerte, al fin pareció reanimarse un poco; pero estaba muy débil, cuando hablaba, su voz parecía salir del fondo de una caverna. Los primeros días, la fiebre la devoraba, y delirando pronunciaba repetidas veces el nombre de su hijo.

Ya parecía que había entrado en la mejoría, cuando al visitarla una mañana observé que estaba más alterada y más débil que el día anterior. -

-Doctor, me dijo, me siento desfallecer, mi última hora se aproxima.

Yo le contesté algunas palabras para animarla, pero me interrumpió añadiendo:

—No se canse V. en convencerme de lo contrario, lo sé, lo siento, que me muero. Sólo esperaba que viera V. para pedirle un favor, el único favor que le he pedido y creo que me lo concederá. Un favor no se niega nunca á un moribundo.

No acertaba á adivinar que era lo quería pedirme.

—¿Sabéis lo que quiero? Doctor.—Quiero ver por última vez á mi hijo y querría de V. que me facilitase este deseo de una persona que se va del mundo.

El acento de la condesa, la situación, aquel deseo muy natural y justo, me transían el corazón, ¡pero debía yo acceder á ello? Titubeé un momento, pero después resuelto á todo, salí de la habitación, y procurando que no se oyeran mis pasos, me dirigí al gabinete donde solía encontrarse el niño. Estaba allí sentado junto á la mesa y reclinada la cabeza en ella, todavía se oían algunos ligeros gemidos que daban á comprender que había llorado. Frente á él se hallaba la criada; preguntela por la causa de aquel llanto y díjome que se había visto obligada á pegarle por ser muy revoltoso. Entonces yo lo cogí como para acariciarle y con disimulo lo saqué de la habitación y lo llevé á su madre. Esta al verle abrió los brazos y lo estrechó fuertemente contra su seno. Yo no pude sustraerme á la emoción y caí arrodillado al pie de la cama en un exceso de devoción piadosa; al poco rato me levanté y un espectáculo terrible me esperaba. Madre no había querido ir sola del mundo, se había llevado también la vida de su hijo. Aquel amoroso abrazo

había sido un abrazo supremo. Madre é hijo habían muerto.

Al ver aquel cuadro, creí perder la razón. Tuve primero ideas de huir, pero luego en un momento de lucidez extraña, no se por qué motivo ni con que intención, maquinalmente cogí el cadáver del niño y con las mismas precauciones que había tenido para no ser visto cuando lo fui á buscar, lo llevé al mismo sitio, sentándolo en la misma forma en que lo encontré. Después salí del cuarto del conde y subí al mío.

Cuando llegó aquí el doctor Santisteban, en su relación, tuvo que respirar un rato; luego añadió:

—Lo demás ya lo sabe V., ya sabe la sorpresa y el dolor del conde al enterarse de la terrible catástrofe, ya sabe V. el parecer de los médicos que han visto el cadáver del niño; todos están unánimes en que ha muerto por sofocación, por asfixia.

Ahora comprenderán V. que la doncella no es culpable de nada. Si hay algún culpable, soy yo, y por eso vengo á ponerme voluntariamente á su disposición.

El juez mirándole con admiración, le dijo con voz conmovida:

—Andad—hijo mío—Andad.

JOSÉ RAMÓS GARCÍA.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
FUNDADA EN 1863
VERITAS

EN EL BAILE.

¡Qué hermoso está el baile!... La diosa Locura
preside la fiesta, convida á gozar.....
Las máscaras gritan, bromean y corren
y ríen con risa ruidosa y jovial.

La orquesta acomete con vértigo alegre
las notas brillantes del rápido vals;
cual sombras errantes, parejas felices
dan vueltas y pasan, y vienen y van.....

Hay ojos sombríos que miran airados
surgiendo del fondo del negro antifaz,
hay ojos radiantes que brindan amores.
haciendo á los hombres perder el compás.

Al lado del joven que empieza su historia,
los viejos lascivos que lucen su frac.....

La risa los une, y al cabo la risa
ni clases respeta, ni sexo, ni edad.....

Promesas de goces agitan los pechos,
los labios febriles anhelan besar,
las copas se llenan, y chocan y cantan
la vieja y sonora canción del champaga.....

Las rojas cortinas del rojo antepalco
caen, siempre discretas, con gran majestad,
¡acaso ocultando los dulces misterios
del culto ferviente del clásico Pan!

Sofiendo en sus tiempos, del ruido alejada,
con máscara innoble cubierta la faz,
espera á la niña que sacia su gusto,
durmiendo entre tanto, la vieja mamá.

¡Qué hermoso está el baile!... De pronto á mi lado
descubro á una máscara con lindo disfraz,
me estrecha en sus brazos, me lanza al barullo,
me lleva al abismo..... ¡me dejo llevar!

¡Oh, no, no te quites, por Dios, la careta,
mujer adorable que escuchas mi afán!.....
¡Yo te amo cual eres: misterio, alegría,
pasión de un momento, ventura fugaz!

Prefiero fingirme tus frescas mejillas
á verlas marchitas, hundidas quizás;

EN EL BAILE.

prefiero fingirme que son encendidas
los labios amables que hablándome están.

Me basta el perfume que exhala tu aliento,
tus ojos me bastan de extraño brillar,
tu seno anhelante, tu talle obediente,
tus dulces promesas, tu risa triunfal.....

¡Oh, no; no te quites, por Dios, la careta!.....
Ya llevo el encanto del «¿cómo seré?»
de mil ilusiones el vago contorno
de un sueño adorable la dulce bondad.....

ANTONIO PALOMERO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

DAD AUTONOMA DE
CION GENERAL

OTEC
P
N
V